This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07586545 5

W.B.CHORLEY
LIVERPOOL

W.B. CONSLEY

THEATRO HESPAÑOL

POR DON VICENTE GARCIA
DE LA HUERTA.

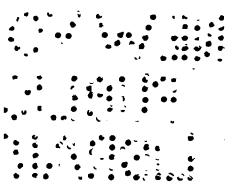
PARTE SEGUNDA.

COMEDIAS DE CAPA Y ESPADA.

TOMO IIII.

CON LICENCIA EN MADRID
EN LA IMPRENTA REAL
MDCCLXXXV.

NPL



EL AMOR AL USO,

COMEDIA

DE DON ANTONIO DE SOLIS.

3 acts

Y teme, que su enemigo,
á ser su cuñado, llegue;
que es lo sumo, donde sube,
quando un enemigo crece. Jorn. I.

ARGUMENTO.

Don Gaspar de Toledo, caballero mozo cortesano, tenia la propension de enamorar á todas las mujeres. Entre las varias que tenia entretenidas, era la principal Doña Clara de Castro, algo parecida á él en el genio, pues le correspondia al mismo tiempo, que entretenia á Don Diego de Chaves, hermano de Doña Isabél de Chaves, á quien cortejaba igualmente.

Con esta alternativa, y el genio dispuesto de Don Gaspar, que no perdonaba ni ahun á las criadas, ocurren varios lances de zelos entre Doña Clara y Doña Isabél, y entre el mismo Don Gaspar y Don Diego: hasta que desengañadas las damas le despiden; pero averiguando Don Mendo, padre de Doña Clara, que Don Gaspar era amante de su hija, le obliga á casarse con ella, no obstante tener concertado el casamiento con otro caballero, llamado Don Garcia; y al mismo tiempo éste pide á Don Diego, que le dé á su hermana.

PERSONAS.

DON GASPAR DE TOLEDO.

DON MENDO DE CASTRO.

DOÑA CLARA, *su hija.*

DON DIEGO DE CHAVES.

DOÑA ISABEL, *su hermana.*

DON GARCIA.

JUANA.

INES.

HORTUÑO.

MARTIN.

EL AMOR AL USO.

JORNADA PRIMERA.

Salen por una puerta D. Gaspar y Hortuño, y por otra Don Diego y Martin.

D. DIEGO.

¿Viste á Doña Clara bella?

D. GASPAR.

¿Viste á Doña Clara, dí?

MARTIN.

Digo, señor, que la ví.

HORTUÑO.

Digo, que estube con ella.

D. DIEGO.

¿Cómo admitió mi cuidado?

D. GASPAR.

¿Fue mi cuidado admitido?

MARTIN.

Quierete de lo perdido.

HORTUÑO.

Quierete de lo apretado.

D. DIEGO.

Vive en mi pecho adorada
su hermosura.

D. GASPAR.

A lo que entiendo,
de tres, que hoy estoy queriendo,
es la menos engañada.

D. DIEGO.

¿Y á mi papel respondió?

D. GASPAR.

Y respondió á mi papel?

MARTIN.

Esta es la respuesta de él.

HORTUÑO.

Esta respuesta me dió.

Da cada uno un papel á su amo.

D. GASPAR.

Que pagase, la escribí,
el amor, que la tenia.

D. DIEGO.

No creo la dicha mia.
Dice asi pues:

D. GASPAR.

Dice asi.

Lee Don Diego para si mientras lee Don Gaspar en alta voz.

Señor Don Gaspar, decidme:
¿de que vos seais mi amante,
qué culpa he tenido yo,
que quereis, que yo os lo pague?
¡Paga quereis! Ciertamente,
que yo soy tan ignorante,
que juzgué, que merecia,
que me quisiesen de valde.
Pero ya que ha de haber paga,
poned el precio tratable;
que muy caro y muy amado,
lo dixeron nuestros padres.
Decidme, en lo que estimais
vuestros suspiros constantes,
ahunque en lo poco que cuestan,
se vé, lo poco que valen.
Para amante de Palacio,
era bueno ese corage,
donde han de esperar un siglo,
sin esperar un instante.
Templad la colera pues
para el papel de adelante,
si no quereis encontrar
mas apriesa el Dios os guarde.

D. DIEGO *acabando de leer.*

¡Hay mujer tan desigual!
Nunca tal donayre ví.
¡Pero aquel que viene alli,
no es Don Gaspar! ¿Don Gaspar?

D. GASPAR.

¿Don Diego?

D. DIEGO *acabando de leer.*

Siempre que os veo,
deseo llegar á hablaros;
y en quantos pueden trataros,
es este comun deseo:
porque el gusto, con que hablais,
el garbo, con que sentís,
lo sutíl, que discurrís,
y lo bizarro, que obrais,
os han hecho merecer
de gran cortesano el nombre.

D. GASPAR.

Vos me haceis merced. Este hombre,
ó es necio, ó me ha menester. *ap.*

D. DIEGO.

Yo he menester, Don Gaspar:::

D. GASPAR.

Miren, si lo dixe.

D. DIEGO.

Que hoy
de un raro empeño, en que estoy,

me venga á desempeñar
vuestro ingenio.

D. GASPAR.

Bien podeis
seguramente mandarme.

D. DIEGO.

Volveis de nuevo á empeñarme
con la merced, que me haceis.
Sabed pues, que á cierta dama,
que ardor procurado ha sido,
por quien mi pecho encendido,
arde en invisible llama:
escribí ahier un papel,
pidiendo de mi cuidado
el premio, y ese criado
me trahe la respuesta de él.
Son versos; yo entiendo de esto,
lo que sabeis, Don Gaspar;
pues nunca supe pasar
lo ignorante por modesto.
Y asi he menester, que vos
á este papel respondais.

D. GASPAR.

Hare, lo que mandais.

D. DIEGO. *Dale su papel.*

Yo os buscaré.

D. GASPAR.

A Dios.

que yo soy tan ignorante:::
¡Qué es esto!

HORTUÑO.

Aguarda. ¿No es eso,
lo que leiste denantes?

D. GASPAR.

Lo mismo: y de Doña Clara
la letra. ¡Hay mas raro lance!

HORTUÑO.

¿Qué dices?

D. GASPAR.

Lo que has oído,
es lo cierto.

HORTUÑO.

Luego hace
á dos haces; y te viene
á tí *mutatis mutandis.*

D. GASPAR.

Extraño suceso ha sido.

HORTUÑO.

Dexame, sin enojarte,
soltar una carcajada,
que me estorba en el gaznate.

D. GASPAR.

¿A mí? Ríete por cierto;
que yo propongo ayudarte.

HORTUÑO.

Vén acá: ¿para qué finges,

que no sientes los pesares,
si entre aquel esfuerzo mismo,
con que esconde el corage,
se reconoce, que son
los zelos rabiosos canes,
que te están mordiendo el pecho,
y te halagan el semblante?

D. GASPAR.

Mira: verdad es, que ha sido
esta causa muy bastante,
para que qualquiera bobo
diera sus pocos de ayes.
¿Pero tú no me conoces?
¿No sabes mi humor? ¿No sabes,
que me quiero, que me adoro,
y no gusto de matarme?
¡Yo he de sentir á mis solas
de amor los necios achaques!
La hermosura solo es buena,
para quando está delante:
fuera de que, este papel
no tiene considerable
favor; y esta dama mezcla
lo honrado con lo galante:
y es en ella lo esparcido
seña de lo incontrastable.

HORTUÑO.

Lo que yo sé es, que la Clara

es clara, y habla en romance;
y, si he decir verdad,
viendo el papel en dos partes,
la quisiera preguntar,
á quantos traslados caes.

D. GASPAR.

Escriba, á los que quisiere;
esto pudiera enfadarme,
si yo no tubiera otra
dama, que me despenase.
¿Por qué piensas, que no puede
ser de sola una amante
un hombre? Porque en riñendo,
no hay qué hacer, y se deshace.
Nunca ha de haber un cuidado
solo, que pueda ensancharse
sin estorbo; mejor es,
que con otro se embarace;
que un cuidado ha muerto muchos,
y muchos no han muerto á nadie:
porque es cierto, ahunque los muchos
la imaginacion barajen,
que no hacen una mortal
muchas culpas veniales.
Yo por lo menos, Hortuño,
si tengo de hablar verdades,
quando en una parte estoy
rendido, y me dan pesares,

voyme á otra parte; que á mí
el amor mas penetrante
solamente de esta suerte
me pasa de parte á parte

HORTUÑO.

¿Sabes, lo que digo?

D. GASPAR.

¿Qué?

HORTUÑO.

Que sin duda de eso nace
el decirse en Madrid, que eres
persona de muchas partes.
Pero gracioso has estado.
No se te niegue, que sabes
el chiste, y yo por lo menos
me entretengo, de escucharte.

D. GASPAR.

¡Bufon, pierdesme el respeto!

HORTUÑO.

Dexa lo amo á una parte;
que preciarse de muy amo,
solo á un Vizconde le tañe,
y vamos al caso al fin.
¿Con quién has de despicarte?

D. GASPAR.

Con Isabél.

HORTUÑO.

Harás bien;

que por cierto, que es un angel,
y hará lo mismo que estotra,
quando tú menos te cates.

D. GASPAR.

Isabél es muy atenta,
y no vive de pesares
como estotra; solo tiene
una tacha muy notable.

HORTUÑO.

¿Quál es?

D. GASPAR.

Que me quiere mucho.

HORTUÑO.

¡Y esa es tacha!

D. GASPAR.

De las grandes.
Mira; yo no aconsejára,
pues que no nos oye nadie.
que tubiera satisfecho
ninguna dama á su amante;
que en banquetes y en amores,
en mujeres y en manjares,
no hay, desde estár satisfecho,
á estár harto, dos instantes.

Sale Don Garcia y un criado.

D. GARCIA.

Vé, Fábio, á lo que te digo.

y si á Don Gaspar hallares,
dile, que en anocheciendo,
en la Vitoria me aguarde.

CRIADO.

Yo voy. ¿Pero no es aquel
Don Gaspar?

D. GARCIA.

Dicha fue, hallarle.
Vé á lo demás. ¿Don Gaspar? *Vase el criado.*

D. GASPAR.

Don Garcia, Dios os guarde.

D. GARCIA.

Rato ha, que os ando á buscar.

D. GASPAR.

¿Pues que teneis, que mandarme?

D. GARCIA.

Todo el pecho he de fiaros;
mi amigo sois: escuchadme.
Bien sabeis, que ha pocos dias,
que despues de varios lances
de mi fortuna volví
á Madrid, porque mis padres
por algunas conveniencias
trataron, de desposarme
con una dama, á quien yo,
ahunque es su belleza grande,
no me inclino. Debame *ap.*
Doña Clara, el que yo calle

su nombre, quando confieso,
que no gusto de casarme.
Tambien os dixe, que yo
de otra hermosura era amante
tan rara, como imposible.

D. GASPAR.

Fueron palabras formales,
por señas, que yo intenté
saber la dama, y mudasteis
plática, desaliñando
todas mis curiosidades.

D. GARCIA.

Pues ya, amigo Don Gaspar,
está el caso de tal arte,
que es fuerza, que la sepais.

D. GASPAR.

Estaba, por no escucharles;
pero decid.

D. GARCIA.

Pues sabed,
que la que adoro constante,
y por quien hoy no me caso,
es Doña Isabél de Chaves.

D. GASPAR.

¡Doña Isabél!

HORTUÑO.

¡Bueno es esto!
Huera otra dama le sale.

D. GARCIA.

¿Pues qué os admirais?

D. GASPAR.

Me admiro,
de ver, lo que ponderasteis
lo imposible.

D. GARCIA.

¿No sabeis,
que el que me obligó á ausentarme
de esta Corte, fue Don Diego
su hermano por los pesares
antiguos, y que ahunque entonces
se dieron medios bastantes
para el pundonor, no sé,
si los admitió el corage?

D. GASPAR.

Bien sé, que sois enemigos,
y el Don Diego no ha un instante,
que estubo conmigo aqui;
pero las dificultades
no las llameis imposibles.

D. GARCIA.

Para el amor todo es facil.
Sabed pues, que aquesta noche
entro en su casa algo tarde;
y, como no es bizarria,
exponerme á algun desayre
por despreciar el peligro,

de vos quiero acompañarme.
Valime de una criada: *ap.*
mas no quiero confesarle,
que es mi amor tan despreciado,
que de estos medios se vale.
¿Qué me decís?

D. GASPAR.

Que os iré
sirviendo.

D. GARCIA.

Pues al instante,
que anochezca, os buscaré.

D. GASPAR.

En casa estoy.

D. GARCIA.

Dios os guarde. *vase.*

HORTUÑO.

¿Oye ucé, señor, ¿no es esa
la dama quita pesares?
¿No es la atenta, no es la fina?
Por vida de quien se harte,
quando estaba satisfecho,
y pasados dos instantes,
comerá:::

D. GARCIA.

Ya empezarás,
á decir mil disparates.

HORTUÑO.

Dí ahora, que no lo sientes.

D. GASPAR.

¿Qué he de sentir, ignorante?

HORTUÑO.

Que en las heridas de amor
te están echando vinagre.

D. GASPAR.

Hortuño, á menos mujeres
mas ganancia.

HORTUÑO.

Esos refranes
son de viejos, que no pueden,
y echan la culpa, al que saben.
Y bien, ¿qué piensas hacer?
¿En efecto ha de quedarse
de este modo?

D. GASPAR.

Que con ellas
verasme ciego, verasme,
interrumpida la accion,
y las voces desiguales,
quexarme, sin sentir mas,
que la gana de quexarme.
Y en tanto que esto se logra,
porque no entren los pesares,
á tomar mas posesion,
irme otro rato á otra parte.

HORTUÑO.

Plega á Dios, que á camas tres
no haya enfermo.

D. GASPAR.

En esta calle,
ha de vivir.

HORTUÑO.

¿Quién es ésta,
que quieres, sin darme parte?

D. GASPAR.

Ha pocos dias, Hortuño,
que la hablé, baxando al parque,
y la vine acompañando.
Es picara de buen arte,
poco porte, buen despejo,
bien prendida, no mal talle,
y es mejor el hacer hora;
que es cosa muy importante.

HORTUÑO.

Tienes en eso buen gusto;
pero ahora no la hables.

D. GARPAR.

¿Por qué?

HORTUÑO.

Porque está ocupada.
Yo lo sé.

D. GASPAR.

¿De qué lo sabes?

HORTUÑO.

De que á tí te dice mal;
y asi, no importa, mudarte.
Pide, tahur, otra suerte,
y no pidas otro naype.

D. GASPAR.

Ya á la casa hemos llegado;
entra pues en ella, y sabe,
si puedo entrar.

HORTUÑO.

¿Quál de aquestas
es la casa?

D. GASPAR.

Aquella grande,

HORTUÑO.

¿Y en qué quarto?

D. GASPAR.

En el postrero,
que cae hácia esotra callé.

HORTUÑO.

Vén acá, ¿y cómo se llama?

D. GASPAR.

Doña Juana.

HORTUÑO.

¡Juana! Tate.
¿No es una moza trigueña,
que tiene los ojos grandes,
y canta un poco?

D. GASPAR.

La misma.

HORTUÑO.

Pues usted pase adelante.

D. GASPAR.

Anda loco.

HORTUÑO.

Vive Christo,
que, si en tí no he de vengarme,
porque no es facil, señor,
en ella sí, porque es facil.

D. GASPAR.

¿Pues quién es ésta?

ORTUÑO.

Es mi moza.

D. GASPAR.

¡Qué dices!

HORTUÑO.

Lo que escuchaste.

D. GASPAR.

¿Pues esto, qué importa?

HORTUÑO.

¡Como!
No hagamos de esto donayre;
que ahunque es tuyo mi respeto,
mi respeto no es de nadie;
fuera de que esta mañana
ha salido, á acomodarse

con una ama, que ha buscado,
porque yo no puedo darle
el plato de Talabera,
sino de medio mogate.
No me ha avisado la casa,
ahunque quedó de avisarme;
y asi, ni ahun yo sabré de ella.
No hay sino echar otro lance,
pues eres tan infeliz,
que ni ahun á las tres hallaste
la vencida.

D. GASPAR.

¿Y eso llamas,
ser infelíz, ignorante?
Solo es dichoso en mujeres
aquel, de quien caso no hacen.

HORTUÑO.

Bien te consuelas.

D. GASPAR.

No es eso,
sino apurar las verdades.
Decia un hombre cortesano,
que el llamar en qualquier lance
á la casa de la dama,
no es accion que puede errarse;
porque hace lo que yo quiero,
si acaso la puerta me abre,
y si no me abre la puerta,

lo que me conviene, hace.

HORTUÑO.

¿Sabes, señor, lo que digo?
La Clara escribe á otro amante,
la Isabél habla de noche,
y Juana es mia; pues date
á otro oficio, porque aqueste
tiene muchos oficiales.

D. GASPAR.

Vén, Hortuño; que verás
rendidas las voluntades
de la Clara, la Isabél,
y la Juana á pocos lances,
con solo que yo recete
á la Clara unos pesares,
á la Isabél unos zelos,
y á la Juana unos reales.

HORTUÑO.

Anda, que si esta mañana
con tres damas madrugaste,
tres te faltan para tres,
y ahun no ha llegado la tarde.

Vanse, y sale Doña Isabél é Inés con mantos, y Don Garcia.

D. GASPAR.

Bella Isabél, dueño mio.

D. ISABEL.

Yo no he de pasar de aqui,

si no os quedais.

D. GARCIA.

No es en mí,
el seguiros, albedrío.
En vuestro propio desvío
está la dulce violencia,
que arrastra mi resistencia
con oculta mano. Pues
vuestro el imperio es,
¿cómo extrañais mi obediencia?
Errando mis pasos ván,
pero errando con disculpa;
que el hierro no tiene culpa
del impulso del imán.
Ayrados, señora, están
conmigo esos ojos bellos.
¿Mas quién podrá obedecellos,
si hasta llegar, á mirallos
causan hechizo en amallos
con la lisonja del vellos?
Salir de este coche os ví,
dando tan nuevos verdores
á este campo, que en sus flores
presumo, que os conocí.
Sin eleccion os seguí.
Si juzgais, que hubo eleccion
en tan voluntaria accion,
obra fue de esa beldad

el parecer voluntad,
lo que ha sido sujecion.

D. ISABEL.

Dexad, señor Don Garcia,
tan mal fundada fineza;
que deslucís la firmeza
con visos de la porfia.
Público este sitio es,
y á costa de mi opinion,
no es bien, que vuestra aficion
solicite su interés;
que el vulgo siempre se inclina
á juzgar con cierta fee,
y le parece, que vé,
ahun aquello que imagina.
Y asi la que ha de cuidar
de sí, en nada ha de exceder;
supuesto, que está el creer
tan cerca del sospechar.
Demás, que si estais tratado
de casar con Doña Clara,
cuya belleza es tan rara,
como lo habeis ponderado,
no os admireis, de que esté
hoy mi rigor tan extraño;
ni busqueis mas desengáño,
que saber, que yo lo sé.

D. GARCIA.

Señora, pues lo sabeis,
sabed, que ahunque se trató,
lo estoy resistiendo yo,
por vuestro amor.

D. ISABEL.

Mal haceis;
que todo lo habreis perdido.

D. GARCIA.

Mas quiero vuestro rigor,
señora, que su favor;
demás, que ella no ha admitido
la plática.

D. ISABEL.

A Dios pluguiera, *ap.*
que no me hiciera el pesar
de admitir á Don Gaspar,
y á todo el mundo admitiera.
Dexad pues, de acompañarme;
que esa dama es mi enemiga:
y no quiero, que se diga,
que os admito, por vengarme.

D. GARCIA.

Señora, si yo perdí
la libertad:::

D. ISABEL.

Que os queteis,
os suplico.

D. GARCIA.

Mal podreis:::

D. ISABEL.

Yo no he de pasar de aqui,
si no os quedais, Don Garcia,

D. GARCIA.

¡Mis afectos estorbar!

D. ISABEL.

Estaisme haciendo un pesar,
que toca ya en grosería.

Salen Doña Clara y Juana.

D. CLARA.

Bueno está el campo.

JUANA.

Los dias
de sol está muy ameno
de humanos arboles siempre
Leganitos.

D. CLARA.

Dame luego
esos papeles, si acaso *Daselos.*
yo no me acordaré de ellos;
que por no perder el campo,
no me detube á leerlos.

JUANA.

¡Tanto cuidado, señora,
te deben sus pobres dueños,

que han menester mi memoria,
para hablar tus pensamientos!

D. CLARA.

Como ha poco, que me sirves,
se te hará intratable y nuevo
el modo, con que yo trato
este animal imperfecto
del hombre, cuyos engaños,
dobleces y fingimientos,
estoy por decir, que son
ahun mayores que los nuestros.
¿Mas no es aquel Don Garcia?

JUANA.

¿Es alguno de los dueños
de estos papeles?

D. CLARA.

No, Juana;
pero es otro, á quien mis deudos
tratan de casar conmigo.
Y ella es Isabél. ¡Qué bueno!
¡Tambien las atentas hablan!

D. GARCIA.

Alli á Doña Clara véo; *ap.*
pesaráme, si me ha visto.

D. ISABEL.

Otra vez á decir vuelvo,
que no he de pasar de aquí,
Don Garcia.

D. GARCIA.

Ya me quedo.

D. ISABEL.

Quedaos, pues. ¡Mas Doña Clara
no es ésta! Ahunque se ha encubierto,
la he conocido. Sin duda,
que me obedeció por eso
tan apriesa Don Garcia.
Pues no le valdrá.

D. GARCIA.

Ahunque pierdo
la fortuna, de seguiros,
logre la de obedeceros.

D. ISABEL.

Hame obligado de suerte,
veros tan cortés y atento,
que os permito, que conmigo
vengais hasta el coche.

D. GARCIA.

Aquesto *ap.*
es peor.

D. ISABEL.

Tanta fineza
bien merece tanto premio.
Venid.

D. GARCIA.

Esto es ya preciso.

D. ISABEL.

De entrambos asi me vengò.

D. CLARA.

Anda, Juana, y no repares;
que me ha cansado este necio.

Ván pasando por delante tapadas.

D. ISABEL.

¡Qué vana!

D. CLARA.

¡Qué presumida!

D. ISABEL.

Si me ha conocido.

D. CLARA.

Pienso,
que no me vió.

D. ISABEL.

¿Don Garcia?

D. GARCIA.

¿Señora?

D. ISABEL.

Hasta aqui está bueno.
Ya os podeis quedar.

D. GARCIA.

Ahora
perdonadme; que no quiero.

D. ISABEL.

¡Qué sabroso queda el brazo,

despues de un tiro bien hecho!

Vanse Doña Isabél y Don Garcia.

JUANA.

¿No me dirás, quién es ésta?

D. CLARA.

¿Fueronse ya?

JUANA.

Ya se fueron.

D. CLARA.

Pues ésta, Juana, es la dama
de mas raro encojimiento,
la santa de nuestro barrio,
y aquella, con cuyos hechos
nos predican nuestras madres
cada dia dos exemplos.

JUANA.

¿Quieres dexar, que mis uñas
se regalen en su gesto,
ó que le diga á su moño
algunas cosas á pelo?

D. CLARA.

Yo te prometo, que en tales
ocasiones echo menos,
el ser una de vosotras,
que dais en qualquier suceso
á entender vuestra razon,
obrando, y no discurriendo:

porque es mucho mas bizarro
en toda la ley del duelo,
tener ingenio en las manos,
que manos en el ingenio.

JUANA.

La razon no quiere fuerza,
dice un refran, y es un necio;
que con fuerza una puñada
tiene cosas de argumento;
y asi es mayor la razon,
de quien arguye mas recio.

D. CLARA.

Dame ahora esos papeles,
por si con ellos divierto
este enfado.

JUANA.

¿Pues tú quieres
á este hombre?

D. CLARA.

Yo no quiero
á ninguno; que eso, amiga,
es cosa allá de otros tiempos;
pero, ahunque nunca se quiera,
enfandan estos sucesos;
qué no tiene la hermosura
otro caudal, que estos necios:
y asi qualquiera que falte,
ahunque en el numero dellos

parezca, que está de mas,
se siente por uno menos.

JUANA.

Dices bien; que cero es nada,
y con otros monta el cero.
Mas bien hay, en que escojer;
que ahora, á lo que yo veo,
dos son los de los papeles,
y este novio es el tercero,
que es un oficio muy propio
de los novios de este tiempo.

D. CLARA.

Ahunque esta mañana, Juana,
entraste en mi quarto, quiero
decirte, lo que me pasa,
que despues has de saberlo,
y fiandotelo ahora,
te ha de obligar el secreto.
Hoy, Juana, tan desvalida
estoy de amor, que no tengo,
sino es solo tres galanes.
¡De quien se ha contado esto!
El uno es éste, que has visto,
Don Garcia de Cisneros,
que muy atento á otra dama,
se toma, ahun antes de serlo,
posesiones de marido
con licencias de grosero.

El segundo es un hermano
de esta enfadosa, Don Diego
de Chaves, galán brioso,
y entendido caballero;
pero es hombre tan de veras,
tan finísimo y atento,
que parece de otro siglo,
y en vez de amor, pone miedo.
El tercero, amiga, es
un Don Gaspar de Toledo:::

JUANA.

¡Don Gaspar!

D. CLARA.

¿Pues le conoces?

JUANA.

Alguna noticia tengo
de él. Si aquesta supiera, *ap.*
que me galantea muy tierno,
desde el dia, que en el parque
me siguió; pero callemos.

D. CLARA.

Pues es un mozo, que tiene
muchas prendas, muy de aquello
que hoy se usa, fresco chiste,
buen gusto, florido ingenio.
Portase lucidamente,
escribe muy buenos versos,
no estimandolos en mucho,

que es la disculpa, de hacerlos.
Y en fin, á mí me parece
de suerte, que algun afecto
me mereciera, á no ser
incapáz de amor mi pecho:
pero yo tengo hecho voto
de no enamorarme, y pienso
redimir mi libertad
de este ocioso cautiverio,
donde no hay otras prisiones,
que las de los propios yerros.
País neutral del amor
soy entre todos aquestos
Príncipes devotos. Clara
me llaman, y lo parezco,
porque al modo de Venecia,
mi neutralidad conservo.
El qué mejor me estubiere,
será mi esposo; su tiempo
se vá llegando: no es bien,
que se apresure el deseo;
pues le basta su malicia
al dia del casamiento.
Pero vaya de papeles;
que gana de saber tengo,
lo que aquestos dos galanes
me responden á uno mesmo.

JUANA.

Cómo á uno!

D. CLARA.

Porque yo
escribí á uno, y volviendo
al otro, ví, que venia
bien á entrambos un contexto;
y asi trasladé el papel:
envié al uno primero
el original, y al otro
remití un traslado luego,
tocado al original;
porque llevase con esto
las mismas gracias, y entrambos
ganasen el jubiléo.
Abro, pues, el uno: escucha.
Este, Juana, es de Don Diego.
Para el otro te convido,
que es de Don Gaspar.

JUANA.

¿Son versos?

D. CLARA.

Versos son; habilidad
es, que hasta hoy no ha descubierto.

JUANA.

Para el gasto de su casa
qualquiera escribe.

D. CLARA.

Yo leo. *lee.*
Alma, ayrada está contigo:::
No me escribe á mí este necio;
al alma sin duda escribe
algun papel de su cuerpo. *lee.*
Clori, porque deseais:::
(Qué de veras, y qué en ello.) *lee.*
Agradadmela, y no vais:::
(Saladísimo concepto:) *lee.*
donde quiera el enemigo.
Ya me cansa; yo lo dexo;
tén allá. El de Don Gaspar
leamos; que estará lleno
de agudezas cortesanas.
Yo aseguro, antes de verlo,
que vendrá bien diferente
el segundo del primero. *lee.*
Alma, ayrada está contigo:::
Aguarda, Juana: ¡qué es esto!

JUANA.

Todos hablan con el alma.

D. CLARA *leyendo.*

Clori::: Pues éste es lo mesmo.

JUANA.

Aguarda, veré yo esotro,
mientras tú le vás leyendo.

D. CLARA *leyendo.*

Alma, ayrada está contigo
Clori, porque deseais;
agradadmela, y no vais
donde quiera el enemigo.
De parte de ella, alma, os digo,
que esteis con ella cobarde,
advirtiendo, que mas tarde
al premio habeis de aspirar,
si no quereis encontrar
mas apriesa el Dios os guarde.

JUANA.

Es lo mismo ello por ello.
Con su original concuerda
el traslado.

D. CLARA.

Absorta quedo.
Ellos se han comunicado
sin duda todo el suceso.

JUANA.

Traslado se dán las partes;
ordinario se hace el pleyto.

D. CLARA.

Dexame.

JUANA.

Dime, señora,
¿quál papel es mas discreto?
¿No vino bien diferente
el segundo, que el primero?

D. CLARA.

Vén, Juana; que la venganza
yo la encargaré á mi ingenio.
¿Pero no es mi padre aquel,
que hácia acá se acerca?

JUANA.

El mesmo;
y con él, si no me engaño,
viene Don Gaspar.

D. CLARA.

¡Qué es esto!
¡Mi padre con Don Gaspar!
Oh, quién hallára algun medio
para hablarle.

JUANA.

Vén, señora;
que es fuerza, que sienta vernos
en este sitio.

D. CLARA.

Tu, Juana,
te queda aqui, pues no hay riesgo
de que te conozca á tí,
habiendo tan poco tiempo,
que estás en casa; y si puedes
detenle; que yo me llego
hácia el coche, mientras pasa
mi padre, y al punto vuelvo. *vase.*

JUANA.

Anda, y descuida. No es malo
cometerme, que haga tercio
con el mismo, que me está
solicitando muy tierno.

Salen Don Mendo y Don Gaspar.

D. MENDO.

Esto, señor Don Gaspar,
como de paso os advierto,
porque despues no os quexeis,
si os habláre menos cuerdo.
Doña Clara está tratada
de casar: vuestros deseos
se notan ya, y honor limpio
se empaña con el haliento.
Yo lo he llegado á saber:
tocame el poner remedio;
pues ahora discurrid

allá para con vos mesmo,
si esta atencion es de honrado,
ó prolixidad de viejo,

D. GASPAR.

Que yo asisto á vuestra calle,
es verdad, señor Don Mendo.
¿Pero no sabeis, que es ella
de otras hermosuras centro?

D. MENDO.

Bien sé, que otros imaginan,
que asisten vuestros deseos
á Doña Isabél de Chaves,
que vive pared enmedio
de mi casa.

D. GASPAR.

Y ahun á entrambas. *ap.*
Yo, señor, nunca confieso
estas cosas.

D. MENDO.

No negarlas,
suele bastar. Yo suspendo
mi juicio, y vuelvo á deciros
sin determinado intento
de malicia ó de advertencia,
que soy Castro, y ahunque viejo,
esta sangre no es de aquellas,
que declinan con el tiempo. *vase.*

D. GASPAR.

¡Qué graciosa prevencion
para mi humor!

JUANA.

¿Caballero?

D. GASPAR.

¿Quién es?

JUANA.

Una mujer soy,
¿No me veis?

D. GASPAR.

Cómo he de veros:
(no parecece mala moza) 49.
si es vuestro manto tan necio,
que entre dos que bien se quieren,
se pone.

JUANA.

¡Ya nos queremos!
Cierto, que no lo he sentido.

D. GASPAR.

Ni yo tampoco lo siento;
pero dicen los Poetas,
que suele entrarse en el pecho,
sin que se sienta, el amor:
y si es de este modo esto,
quizá nos queremos bien,
sin saber, que nos queremos:
fuera de que es la hermosura

ahun en el manto avariento:::

JUANA.

No digais mas; que ya sé,
que pecais de lisonjero,
embaydor y mentiroso.

D. GASPAR.

Como de esas cosas peco;
pero pues teneis mis señas,
sepa yo, por quién me pierdo.

JUANA.

¿Quereislo ver?

D. GASPAR.

¿Lo dudais?

JUANA.

Miradlo bien.

D. GASPAR.

Bien lo veo.

JUANA.

Pues yo soy. *destapase.*

D. GASPAR.

¡Mi Juana hermosa!
No en vano estaba mi pecho
tan hallado.

JUANA.

Las lisonjas
dexad; que á traheros vengo
un recado.

D. GASPAR.

¡Tú, recado!
¿De quién es?

JUANA.

Del dueño vuestro.

D. GASPAR.

Será tuyo.

JUANA.

Ello dirá;
escuchame muy atento.
Mi señora Doña Clara
de Castro:::

D. GASPAR.

Ya ya te entiendo.
¿Has averiguado algo?
Anda: no me pidas zelos
de Clara; que ya pasó.
Lo que no ha sido en tu tiempo,
picará hermosa, no puede
agraviarte.

HORTUÑO *al paño.*

¡Qué es aquesto!
Por Dios, que me está mi amo
endureciendo el cabello.
¿Pues si es mi cabeza, cómo
de parte de él está el pelo?
Esto pasa ya de raya,

Aqui de todo mi ingenio.
¿Señor, señor? *llega alborotado.*

D. GASPAR.

¿Qué me quieres?

JUANA.

¡Hortuño! Valgame el cielo. *ap.*
¡Si me vió!

HORTUÑO.

Aprisa.

D. GASPAR.

¡Qué dices!
Acaba ya.

HORTUÑO.

Vengo muerto.
Hácia las cruces ahora
desafiados salieron:::
¿No los viste?

D. GASPAR.

¿Quién, borracho?

HORTUÑO.

¿Quién? Don Garcia y Don Diego.

D. GASPAR.

¡Qué dices!

HORTUÑO.

¿No sabes ya,
que son enemigos?

D. GASPAR.

Cierto,

que lo he temido. Anda apriesa.
Juana mia, luego vuelvo;
no te me vayas de aqui;
que mucho que hablar tenemos.

Hace que se vá Don Gaspar.

Vén, Hortuño.

HORTUÑO.

Si él traspone:::

D. GASPAR.

¿Te quedabas?

HORTUÑO.

No por cierto.

D. GASPAR.

Vén delante.

HORTUÑO.

Soy Lacayo.
Detrás voy bien.

D. GASPAR.

Acabemos.

HORTUÑO.

¿Pícara, infame, amos quieres?
Ponerte con amo, ofrezco. *Vanse.*

JUANA.

Facil disculpa tendré
yo con Hortuño, en sabiendo,
que es mi ama Doña Clara;
y ahora á buscarla vuelvo;

que tarda ya. Fuego amen
en los hombres de este tiempo.

Vase, y sale Doña Clara por otra parte.

D. CLARA.

¡Que hubiese de detenerse
mi padre en el paso mesmo,
de suerte, que me ha obligado
á volver aqui, torciendo
el camino! En este sitio::
Pero ya ni á Juana véo,
ni á Don Gaspar.

Sale Don Gaspar y Hortuño:

D. GASPAR.

¿Yo no digo,
que estás borracho?

HORTUÑO.

Esto es cierto;
ir los ví. ¿Si se habrá ido *ap.*
Juana ya? Por Dios eterno,
que está la infame aguardando.

D. GASPAR.

Si Don Garcia muy tierno
vá con una dama ahora
por ese campo, ¿á qué efecto
fue la hazañería?

HORTUÑO.

Asi
aguardáran los conejos.

D. GASPAR.

Apartate tú entretanto,
que, á hablar á esta dama, vuelvo.

HORTUÑO.

Bien sé yo, que no hablára,
sabiendo, que yo la veo.

D. GASPAR.

Mi bien, ¿he tardado mucho?
¡Oh, quánto gusto me has hecho,
en haberme aqui aguardado!

D. CLARA.

¡Cómo llega tan contento,
quando entendí, que enojado
llegára!

D. GASPAR.

Acaba; dexemos
los enojos, pues conoces,
que te adoro.

D. CLARA.

¡Qué es aquesto!

HORTUÑO.

¡Cómo mira! Bien sé yo,
que callará como un muerto.

D. GASPAR.

Quando me llamó este loco,

estaba, amiga, diciendo,
que es verdad, que á Doña Clara
quise bien en otro tiempo;
mas ya no la puedo ver.

D. CLARA.

¡Qué es esto que escucho, cielos! *ap.*

HORTUÑO.

Miren ustedes, si calla;
yo sé, lo que en ella tengo.

D. GASPAR.

¿La conoces, por tu vida?
¿No es cansada por aquello
de la presuncion? ¿No mata
aquel desvanecimiento?

D. CLARA.

Muerta estoy: no sé, qué hacer. *ap.*

D. GASPAR.

¿No me respondes? ¡Qué es esto!
¿Ahora el rostro me encubres?
Quita el manto; mas yo llego;
que con damas de tu porte,
no es delito lo grosero.
Dexa, picara::: ¡Señora!
Descubrela, y se turba.
¡Pues vos:::!

D. CLARA.

Yo pues.

HORTUÑO.

¡Cómo es eso!
Doña Clara es vive Christo;
echóme á perder los zelos.

D. GASPAR.

¡Señora:::!

D. CLARA.

Aqui importa mucho,
esforzar el sentimiento. *ap.*

D. GASPAR.

Sabe el cielo:::

D. CLARA.

No me toca,
saber, lo que sabe el cielo.
Lo que me toca es, deciros,
que éste es el lance postrero
de este amor; ya, Don Gaspar,
se rindió mi sufrimiento;
ya estoy resuelta, á salir
de este laberinto estrecho,
en que intentaron prenderme
vuestros engaños: y viendo,
que la ceguedad de amor,
no está, en ser los ojos ciegos,
sino en faltarles la luz,
que ha menester el objeto:
á soplos de mis suspiros
encender ahora pretendo

la luz de mi desengaño
en el fuego de mis zelos,
para que cobren mis ojos
lo que mis pasos perdieron.
Y qual suele caminante
ir temiendo con pie incierto,
en noche tempestuosa
para cada paso un riesgo,
y por no fiar turbado
la senda á su desacierto,
la misera luz desea
del relámpago violento,
ahunque ha de venir mezclada
con lo temido del trueno:
asi yo en esta confusa
ceguedad de mis afectos,
sin accion la obscuridad
de mi discurso penetro,
y por no errar el camino,
que busca el entendimiento,
la temerosa vislumbre
del desengaño agradezco,
porque viene envuelto en ella
el honor del escarmiento.

D. GASPAR.

Tened, y antes que se apague
de este desengaño vuestro
la luz, en ella leed

dos papeles, que hoy vinieron
á mi mano, sino es ya,
que la apagueis, por no verlos;
ó por hacer, que mis ojos
pierdan la luz, que adquirieron;
que como aquel animal,
que en el breve firmamento
de su frente es el carbunclo
estrella, cuyos reflexos
conducen al cazador
ambiciosamente atento,
y luego ingeniosa cala
el obscuro sobrecejo,
deslumbrandole la luz,
que le alumbraba primero:
asi vos, que en vuestra mano
llevais el esplendor bello
de la luz del desengaño;
y quando yo á ella me acerco,
me la escondeis ingeniosa,
dexandome asi mas ciego;
porque quando miro el daño,
con aquestos rayos mesmos,
que me alumbra la sospecha,
me deslumbrais el recelo.

D. CLARA.

Vos me llegasteis, á hablar
por otra.

D. GASPAR.

Vos á Don Diego escribisteis.

D. CLARA.

A mí misma,
que me estais aborreciendo,
me habeis dicho.

D. GASPAR.

A otro y á mí
escribís un papel mesmo.

D. CLARA.

Si le escribí, fue por solo
apurar vuestro secreto;
que temia, que los dos
os comunicabais necios
vuestro amor; y asi intenté
saberlo por este medio;
porque siendo esto verdad,
nada importaba, el perderos.

D. GASPAR.

Pues si yo os hablé tapada,
no fue, por no conoceros;
que bien supe, que erais vos;
mas con aquel fingimiento,
inutil venganza quise
tomar de vuestros desprecios;
porque sepais, lo que dais
la vez, que me diereis zelos.

D. CLARA.

No es disculpa.

D. GASPAR.

Ni la vuestra
lo es tampoco.

D. CLARA.

Pues dexemos
por entrambos este amor.

D. GASPAR.

Yo á dexarle estoy resuelto.
Eso sí; no mas pesares. *ap.*

D. CLARA.

Eso sí: no mas despechos. *ap.*
Fin habian de tener
tan ociosos devaneos.

D. GASPAR.

¿Cómo fundados en vos
pudieran durar mas tiempo?

D. CLARA.

No sabreis vivir sin mí.

D. GASPAR.

Nadie por esto se ha muerto.

D. CLARA.

Pues no me volvais á ver.

D. GASPAR.

¡Yo veros!

D. CLARA.

Dadme, de hacerlo

la mano.

D. GASPAR.

No hay para qué.
Sin la mano os lo prometo.

D. CLARA.

Gustoso vais.

D. GASPAR.

Sois ingrata.

D. CLARA.

Pues á Dios.

D. GASPAR.

Guardeos el cielo.

D. CLARA.

Pensará, quien esto viere, *ap.*
que es grande mi sentimiento.
Mas yo, no porque me duele,
porque me importa, me quexo.

Vase, ó hace que se vá.

D. GASPAR.

Pensará, quien esto oyere,
que estoy rabiando de zelos; *ap.*
pero yo siempre lo digo
mucho mejor, que lo siento.

D. CLARA.

¿No os vais?

D. GASPAR.

En el campo estoy.

D. CLARA.

En el campo estais ; mas quiero,
que el campo quede por mio.

D. GASPAR.

Por mí, ya queda por vuestro.

HORTUÑO.

¡ Quien no los oye á los dos!
Cada uno esta creyendo,
que engaña al otro , y entrambos,
pueden volverse el dinero.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Don Gaspar y Hortuño.

D. GASPAR.

¿Qué extraña melancolía
es esa, Hortuño?

HORTUÑO.

¡Ah señor,
quién tubiera tu alegría!

D. GASPAR.

¿Pues qué tienes?

HORTUÑO.

Tengo honor,
especie de hipocondría.

D. GASPAR.

¿Pues no sabrémos, por qué
te afliges, que andas ajeno
de tí mesmo?

HORTUÑO.

No lo sé.
Dime, señor, algo bueno,

quizá me divertiré.

D. GASPAR.

Yo pienso, al mirarte asi,
que estás quexoso de mí,
porque sirvo á Juana bella.

HORTUÑO.

Mucho mas me quexo della,
porque se sirve de tí.

D. GASPAR.

¿No echas de ver, pecador,
que, yo con llegarla á amar,
te califico el amor.

HORTUÑO.

Parecesme muy seglar
para Calificador;
y ahunque es mucha honra en fin,
que tú adores su belleza,
tengo la salud tan ruin,
que me dán en la cabeza
xaquecas de Medellin.
Tierno está tu amor, señor;
de acabado de nacer,
torcer se podrá mejor.

D. GASPAR.

No es mas facil de torcer,
quanto mas tierno el amor.
Quando el amor me ha durado,
se tuerce mas facilmente;

porque en la lid de un cuidado,
aquel será mas valiente,
que estubiere mas cansado.

HORTUÑO.

¿De suerte, que la darás,
quando se canse tu amor?

D. GASPAR.

Entonces la gozarás
sin riesgo.

HORTUÑO.

Entonces, señor,
darla á un criado podrás;
que á mí me tiene enfadado,
ver, que á tal extremo pasa
la vanidad que la has dado;
que la infame, ni ahun la casa,
donde vive, me ha avisado.

D. GASPAR.

Picaro, si á Juana vés
casi tu ama en mi amor
? ese modo de hablar es
de prenda de tu señor?

HORTUÑO.

Ya pensé, que era despues.
Mas ya que sufro el pesar,
dexame admirar por Dios,
de que á tres quieras amar,
siendo tantas dos.

D. GASPAR.

¿Con dos,
quién hay que pueda pasar?
Allá en la edad de solía
bastaban dos; mas hoy día,
¿quién sin su dama primera,
su segunda y su tercera
compone la compañía?
Y así, ahunque hoy están quexosas
de mis tres damas hermosas,
Clara hace el primer papel,
el segundo hace Isabél,
y Juana hace las graciosas.

HORTUÑO.

Buena está la compañía;
hasme hecho reir de gana,
con toda la pena mia;
eres sazonado: envia
por un vestido mañana.
¿En fin Juana hace graciosas?

D. GASPAR.

Hale cabido esa parte.

HORTUÑO.

Es menester con buen arte
hacerla muy buen partido,
pues sabes, que te ha servido.

D. GASPAR.

Bien está: de eso te dexa,

y acaba lo que empezaste
á decir. ¿En fin, hallaste
á Isabél por la rexa
de su casa?

HORTUÑO.

Si, Señor:
ella me llamó al pasar,
y empezóme á preguntar;
mas ahun falta lo mejor.

D. GASPAR.

Ya te escucho atentamente.

HORTUÑO.

Dirélo de buena gana.
¿Y quánto darás á Juana
el dia que represente?

D. GASPAR.

No te diviertas: acaba.

HORTUÑO.

Dixela pues muy fruncido,
que tú habias ya sabido,
que Don Garcia la hablaba;
y que andabas del pesar
tan melancólico y triste,
que era grima.

D. GASPAR.

Bien hiciste.

HORTUÑO.

¿Y quánto la piensas dar? . . . .

D. GASPAR.

Ya es frio ; adelante pasa.

HORTUÑO.

En fin , quiere esta señora,
que la veas.

D. GASPAR.

¿A qué hora?

HORTUÑO.

A las diez.

D. GASPAR.

¿Dónde?

HORTUÑO.

En su casa.

D. GASPAR.

¡En la casa de Isabél!
A esa hora está llamado
Don Garcia ; y yo avisado,
para que vaya con él.

HORTUÑO.

¿Tú no le has de acompañar?
Pues , para lograr su amor,
hurtale el cuerpo, señor,
quando te le dé á guardar.
Pero ahun falta mas: no pára
el caso ahí.

D. GASPAR.

¿Qué pasó?

ORTUÑO.

Que hablar con ella, me vió
la vecina Doña Clara.

D. GASPAR.

¿Qué dices?

HORTUÑO.

¡Qué raro chiste!
Porque, al pasar por la rexa,
me dió tanta de la quexa,
de lo que en el campo hiciste.
En fin quiere de una vez
cuentas contigo ajustar,
y, que la vayas á hablar,
dice.

D. GASPAR.

¿A qué hora?

HORTUÑO.

A las diez.

D. GASPAR.

De suerte, que á las diez hoy
de Isabél estoy llamado,
de Doña Clara avisado,
y con Don Garcia voy.

HORTUÑO.

Poco ucé de horas sabe;
y menos sabe de cuenta.
¿Tres veces diez no son treinta?
Pues en treinta todo cabe.

D. GASPAR.

No sé, cómo dispusiera,
que esta noche Don Garcia
no viese á Isabél.

HORTUÑO.

Será
gran negocio; pero espera.

D. GASPAR.

Gente, parece, que ha entrado
en casa.

HORTUÑO.

Si acaso fuesen
otros diez, fuerza será,
que echemos fuera los nueve.

Sale Don Garcia.

D. GARCIA.

¿Don Gaspar?

D. GASPAR.

¿Es hora ya?

D. GARCIA.

¿Adónde podre esconderme?

D. GASPAR.

¿De quién?

D. GARCIA.

¿De quién? De Don Diego,
que entró, á lo que me parece,
ahora en aquesta casa;

y, por si me ha visto enfrente
de la suya, adonde estube
parado, y por conocerme
me ha seguido, porque al vernos
juntos, algo no recele,
no quiero, que ahora me halle.
Procurad, que sea breve;
porque yo á su hermana hermosa
pueda vér, y vos hacerme
espaldas. *Escondese al paño.*

HORTUÑO.

Presto, que llega.

D. GASPAR.

¡A quién esto le sucede!

Sale Don Diego.

D. DIEGO.

Don Garcia, mi enemigo,
me han dicho confusamente,
que con Doña Clara hermosa
se casa, ó que la pretende;
y por saberlo mejor,
de este medio he de valerme.
Pero aqui está Don Gaspar.
¿Don Gaspar?

D. GASPAR.

¿Don Diego?

D. DIEGO.

Hacedme
merced, que solos quedemos,
y que nadie á veros éntre.

D. GASPAR.

Vete, Hortuño.

HORTUÑO.

Ya me voy.
¡Qué misterioso, que viene,
y luego querrá unos versos,
que es lo peor, que se quiere!

D. GASPAR. ap.

¡Qué prevenciones son estas!
¡Qué es aquesto! Si pretende,
porque mi amor ha sabido,
que yo Doña Clara dexe,
llevará muy buen despacho.
Decid, Don Diego.

D. DIEGO.

Atendedme.
Ahunque suspenso os tendré,
permitidme, que os acuerde,
que ha muchos dias, que somos
amigos; ya en las niñeces,
obrando la voluntad,
y ya en la edad mas ardiente,
la razon, que en nuevos lazos
nuestros corazones prende.

D. GASPAR.

Bien sé, que somos amigos;
ello es cierto. ¿Mas qué os mueve
á esta prevencion?

D. DIEGO.

Querer,
que la razon que os empeñe,
esté, Don Gaspar amigo,
primero, que lo que os ruegue.

D. GASPAR.

Sí; pero hay cosas, Don Diego,
que ni á un amigo se pueden
pedir.

D. DIEGO.

Lo que yo os suplico,
es posible y es decente;
y ahun es razon.

D. GASPAR.

Decid pues.
Mucho temo el responderle.

D. DIEGO.

Bien sabeis, que Don Garcia
por algunos accidentes,
es mi enemigo.

D. GARCIA.

¿Qué es esto?

D. GASPAR.

Bien lo sé.

D. DIEGO.

Y vos igualmente
sois amigo de los dos.

D. GASPAR.

Eso bien se compadece.

D. DIEGO.

Sí; pero hay muchas razones,
para que se privilegie
mi amistad en vuestro pecho.

D. GASPAR.

Sois mi amigo y mi pariente.
Decid. No es lo que pensé. *ap.*

D. DIEGO.

Pues, lo que pediros quiere
mi amistad, es, Don Gaspar,
que sepais mañosamente,
á qué dama Don Garcia
sirve, festeja y pretende;
que tengo algunos indicios,
y apurarlos, me conviene,
para salir de un cuidado,
que ahun temido se padece.

D. GASPAR.

Sin duda que estos indicios, *ap.*
son, de que á su hermano quiere.

D. GARCIA *desde el paño.*

Sin duda que, de que sirvo
á Isabél, noticia tiene.

D. DIEGO.

Si pretende á Doña Clara, *Ap.*
morir, ó darle la muerte.

D. GASPAR.

Yo, Don Diego amigo, ofrezco,
(esto es fuerza responderle)
hacer, lo que me mandais.
¿Pero qué razon os mueve?

D. DIEGO.

Eso, quando me digais,
lo que averiguado hubiereis,
la sabreis. Vuelvo á deciros,
que me importa, y que os merece
mi amistad esta fineza;
y ahora á Dios; porque tiene
mucho que hacer mi cuidado.
¡Oh qué mal mi amor ardiente *Ap.*
podrá halentar á Clara hermosa,
hasta apurar, lo que teme! *vase.*

Sale Don Garcia.

D. GASPAR.

¿Habeislo escuchado todo?

D. GARCIA.

Sí, amigo.

D. GASPAR.

¿Y qué os parece?

Sale Hortuño.

HORTUÑO.

Pareceme, que ha sabido,
quién á su hermana pretende,
y teme, que su enemigo
á ser su cuñado llegue;
que es lo sumo, donde sube,
quando un enemigo crece;
bien asi como culebra,
que camina para sierpe:
muda en la vejez el nombre,
pero no muda la especie.

D. GASPAR.

¿Tú tambien lo has escuchado?

HORTUÑO.

¿No era cosa suficiente,
que de mí se recatase,
para que no me durmiese?

D. GASPAR.

Lo que juzgo es, que esta noche
no es, amigo, conveniente,
que vais á vér á Isabél;
pues le escuhasteis, que tiene
mucho que hacer su cuidado.

D. GARCIA.

Decís bien: que ahunque desprecie
por mí el peligro, por ella,

es bizarría, el temerle.

D. GASPAR.

Bien es, estár advertido.

D. GARCIA.

Dicha tube en esconderme.
Quedaos con Dios; que ya es hora,
de dexaros.

HORTUÑO.

Lindamente
se ha dispuesto, que esta noche
libre mi amo se quede.

D. GASPAR.

Tened. ¿Y qué he de decirle,
si acaso á informarse vuelve
de la dama, á quien servís?

D. GARCIA.

Pues si el indicio que tiene,
es, que yo asisto á su calle,
podreis para encarecerle,
decirle, que Doña Clara
me tiene en ella asistente,
y hallará, si lo averigua,
fundamento.

D. GASPAR.

¿Pues le tiene
querer vos á Doña Clara?

D. GARCIA.

No importa, que no lo niegue.

Ella es la dama, con quien,
os dixe, que mis parientes
me trataban de casar. *vase.*

HORTUÑO.

¡Por vida de quien tantee,
otro mas á Doña Clara!
Tres á tres están voaceados.
Tambien la señora Aurora,
en su compañia tiene
sus primeros y segundos,
y sus terceros papeles.

D. GASPAR.

¿Qué importa, si sola admite
mi aficion?

HORTUÑO.

Dios te consuele.
¿Y si hicieres los graciosos,
como Juana?

D. GASPAR.

Necio eres.
Vamos de aqui, que es ya hora,
de vér á Isabél.

HORTUÑO.

¡Que intentes,
verla, con lo que ha pasado!

D. GASPAR.

Si buena ocasion no hubiere,
me iré á vér á Doña Clara.

HORTUÑO.

Vén acá; y si acaso diese
yo con la casa de Juana,
supuesto que la venére,
como á cosa de mi amo,
podré darla buénamente
de coces, con la mayor
reverencia que pudiere?

D. GASPAR.

Vuesamerced mirará,
lo que en eso le conviene.

HORTUÑO.

Lo que me consuela es,
que esa enfermedad que tienes,
ahunque es asi muy de hombres,
se ha de curar con mujeres. *vanse.*

Salen Doña Isabél é Inés con luz.

D. ISABEL.

¿Mi hermano ha vuelto á casa,
desde que anocheció?

INES.

Siempre se pasa
la media noche, y algo mas primero.

D. ISABEL.

¿Qué hora será?

INES.

Las diez.

D. ISABEL.

Esa hora espero.
¡Oh si ya Don Gaspar ahora viniese!
¿Hiciste ya de forma, que me viese?

INES.

Todo bien se concierta;
y ya, como ordenaste, está la puerta.
Si viene Don Garcia, ap.
que se ha valido de la industria mia,
para entrar, ha de ser la noche buena.
¿Pero ya no cobré? ¿Qué me da pena?

D. ISABEL.

¡Ah Don Gaspar! ¡Que hallando mis verdades
ingratitudes siempre y falsedades
en tu aficion, no puede mi cuidado
perder en lo advertido lo obstinado!
¡Que discurra tan mal mi entendimiento,
que se derrame el fruto al escarmiento!
¡Que esté amor tan de parte de mi daño,
que le apague la luz al desengaño!
¡Que mi error llegue á hacerse tan preciso,
que abrace el riesgo dentro del aviso!
¡Mas quién logró en tan nuevos sentimientos,
desengaños, avisos, y escarmientos!

Salen Don Gaspar y Hortuño.

HORTUÑO.

¡Que á entrar aqui te hayas atrevido;
y que habiendo á Don Diego antes oído,
de la hermandad ahun no te atemorices!
Yo no entiendo tu amor.

D. GASPAR.

¿Por qué lo dices?

HORTUÑO.

Porque en tu pecho despejado y vário,
está el amor pequeño y temerario.

D. GASPAR.

¿No vés allí á Isabél? ¿No es muy hermosa?

HORTUÑO.

Digo, que es milagrosa.
¿Empero Doña Clara y Doña Juana?

D. GASPAR.

Mira: ahunque Doña Clara es la Sultana,
y Juana es otra por aquel instante,
está delante, la que está delante.

HORTUÑO.

¿No llegas?

D. GASPAR.

Sí: verasme enternecido,
juntar algunas señas de rendido.

HORTUÑO.

¿No vienes querelloso
de Don Garcia?

D. GASPAR.

¡Ah, sí: que estoy quexoso!
No me acordaba: pues verasme airado,
juntar algunas señas de enojado.

INES.

Aqui está Don Gaspar.

D. ISABEL.

¡Oh quiera darme
algun halientoamor, para quexarme!

D. GASPAR.

Yo llego pues.

HORTUÑO.

Atienda aqui el oyente,
quán bien se siente, lo que no se siente.

INES.

¡Quien pudiera llegar hácia la puerta,
porque acá no se entrase, al verla abierta,
Don Garcia!

D. GASPAR.

Escusado
fuera ingrata, el haberme aqui llamado
quando una pena fiera
me tiene el pecho:::

D. ISABEL.

Inés, salte allá fuera.

INES.

¡Oh qué bien se ha dispuesto!
A Don Garcia avisaré con esto.)

D. GASPAR.

Si el enviar la criada,
es, porque esté avisada
para que á Don Garcia allá detenga;
segura estás: no hay que temer, que venga:
él propio me lo ha dicho.

D. ISABEL.

Inés, detente:
no te vayas: aqui has de estar presente.

INES.

Todo se erró.

D. ISABEL.

Decid, que ya os escucho.
Advertid, que fiais de mi amor mucho.

D. GASPAR.

Digo pues, ingrata, digo,
que bien escusado fuera,
el haberme aqui llamado,
quando es fuerza, que mi lengua
palabras solas pronuncie
templadas allá en mi pena;
que en llegando á nuestro oído,
mas que le informen, le hieran.
¿Pero vos no me llamasteis?
¿no ocasionais mi impaciencia?
¿A escuchar un agraviado
no venís? Pues salgan afuera

mis iras, sin que haya estorbo,
que sus ímpetus detenga;
pues con escucharme, á tiempo,
que está tan viva la ofensa,
tan discordes los sentidos,
y el alma tan descompuesta,
para que os pierda el respeto,
me dais tácita licencia;
que no temerá la injuria,
quien no ha temido la quexa.

D. ISABEL.

Templad, Don Gaspar, las iras;
moderad las impaciencias,
reprimanse los enojos,
las injurias se suspendan;
que dormidas las verdades
tienen mayor eloqüencia,
y el dolor dicho sin arte
arguye mayor terneza;
porque no está muy segura,
quando la razon halienta;
ni vive muy descuidada,
quando se adorna la pena.
Yo vengo á satisfaceros:
decidme vuestras sospechas;
que os dilatais el alivio,
quanto tardare en saberlas.
Decid pues: ¿A qué aguardais;

que ya me teneis atenta?
No os apasioneis.

HORTUÑO.

¡El otro
apasionarse! mi avuela: *ap.*
porque no la ha menester,
suele prestar la paciencia;
que no es tan gran majadero,
que lo que ha menester, presta.

D. GASPAR.

Digo pues, que ya he sabido,
ingrata, que te festeja,
te asiste, y ahun te merece
Don Garcia.

D. ISABEL.

Aguarda, espera;
que te vás precipitando,
y puede ser, que me ofendas
de suerte, que por castigo,
te dexe con tus sospechas.
Es verdad, que Don Garcia:::

D. GARCIA *al paño.*

Ahunque es mucho, lo que arriesga
mi amor, en entrar ahora
en esta casa, y no hay fuerza,
para impedir un deseo,
que lleva con mas violencia

al mayor riesgo; y asi,
habiendo encontrado abierta
la puerta, he querido ver,
si la criada me espera.
¡Pero aquel no es Don Gaspar!
¡No es Doña Isabél aquella!
¡Qué es esto!

D. ISABEL.

Quando sabeis,
quién soy, escusar pudierais
el tornar::: ¡Mas ay de mí!
Un hombre he visto, en la puerta
esconderse cauteloso,
Mi hermano es sin duda: muerta
estoy ya; pero el remedio
ha de ser de esta manera.
Digo, señor Don Gaspar,
que bien escusado fuera,
quando vos sabeis, quién soy,
tomaros esta licencia,
Si es, que buscais á mi hermano,
pudierais desde allá fuera
saber, si él estaba en casa.
Inés, toma tú esa vela,
y alumbra á ese caballero,
y cierra mejor la puerta. *vase.*

D. GARCIA.

¡Cielos, qué es esto que he oído!

HORTUÑO.

Para quien somos nos dexa.
Pero aguarda, que alli he visto
un hombre, que con cautela
se encubre.

D. GASPAR.

Sin duda alguna
que es Don Diego.

HORTUÑO.

Es evidencia.

D. GASPAR.

Y que ella, por conocerle,
usó aquella estratagema.

HORTUÑO.

Dices bien, y de la misma
te puedes valer.

D. GASPAR.

Ya es fuerza,

Sale Don Garcia al salir Don Gaspar.

salir fuera.

D. GARCIA.

¡Don Gaspar!

D. GASPAR.

¡Don Garcia!

HORTUÑO.

Esto es comedia.

D. GASPAR.

¡Ah traydora! Ella me vió *ap.*
y usó de aquella cautela,
por darle satisfaccion,
de que yo estaba con ella.

INES.

Ahora hubo de venir *ap.*
Don Garcia! Aqui se encuentran,
y me destruyen.

D. GARCIA.

¿Pues cómo,
Don Gaspar, estais en esta
casa, ó á qué habeis venido?

D. GASPAR.

El disimular es fuerza. *ap.*
A ver á Don Diego, vine,
porque, hallandome aqui cerca,
me pareció, que era bien,
que desde luego supiera,
lo que tenemos tratado
acerca de sus sospechas;
porque, sabiendolo ahora,
descansen las diligencias.

D. GARCIA.

Guardeos Dios; que es atencion,
como de vuestra advertencia.
En fin, amigo, encontrasteis
á mi Isabél?

D. GASPAR.

Encontréla;
y al preguntar por su hermano,
me volvió aquella respuesta,
que habréis oído.

D. GARCIA.

Pues vamos;
que no quiero, que nos vea
hablar, y juzgue, que yo
os doy de estas cosas cuenta.

D. GASPAR.

Bien decís. ¡Que me engañase *ap.*
Isabél! ¡Quién os creyera!
Mujeres, todas sois unas,
y la mejor como ésta.

INES.

Rabiando estoy, porque salgan. *ap.*

HORTUÑO.

Vén acá, señor: ¿te acuerdas?
¿Dí, vas ahora zeloso?

D. GASPAR.

Mira, yo te doy licencia,
para que digas, Hortuño,
que esta es verdadera pena,
si no la pierdo de vista,
en volviendo la cabeza.

Vanse, y salen Juana, y Doña Clara con luz.

JUANA.

Pasando se vá la hora.
Las diez y media son ya.

D. CLARA.

¿Sabes si mi padre está
recojido?

JUANA.

Si señora.

D. CLARA.

¿Mirastelo, Juana, bien?

JUANA.

Rato ha, que rezando estaba,
por señas, que colocaba
un bostezo en cada amen.

D. CLARA.

¿Y la seña has entendido?

JUANA.

¿Esta rexa no ha de ser
donde lleguen, y han de hacer
en la celosía ruido?
Pues no se ha hecho tal seña;
que á qualquier rumor incierto
me ha acercado, y ahun abierto
la ventanilla pequeña.

D. CLARA.

Mucho mi amor ha fiado

de tu pecho, Juana mia,
para ser el primer dia
hoy, que en mi casa has entrado.
Mas esto no es liviandad,
ahunque es verdad, que me agradas,
sino tener yo criadas
de menos capacidad;
porque he despedido una,
que mi confidente ha sido;
y asi, Juana, has succedido
tú en su primera fortuna.

JUANA.

Ahunque aquesto de fiar
algo á las criadas, sé,
que es una confianza, en que
se suele siempre lastar;
hacer puedes confianza
de mí, ahunque no lo merezco;
que tengo caudal, y ofrezco
sacarte de la fianza.

D. CLARA.

Gran resolucion ha sido,
la de atreverme á llamar
á mi casa á Don Gaspar.

JUANA.

¿Sabes, qué me ha parecido?
Que para tan despejada,
como te me representas,

en lo que esta noche ntentas,
estás muy embarazada.

D. CLARA.

Aunque vés mi condicion
tan galante y esparcida,
te prometo, que en mi vida
he dado esta permision,
sino es solo á Don Gaspar,
que, por hablar de buen gusto
alguna noche, este susto
he querido atropellar.
Y esto no es quererle yo;
que eso de que amor engaña,
abrasa y rinde, es patraña,
que algun ocioso inventó.
Amor es duende importuno,
que al mundo asombrado tray;
todos dicen, que le hay,
y no le ha visto ninguno.
¿A quién no causa fastidio
esta pasion amorosa,
no siendo amor otra cosa,
que una fabula de Ovidio?
¿Y qué importa, que se nombre
amor este devanéo,
si es confirmar el deseo,
y luego mudarse el nombre?
¡Valgate Dios por dolencia,

no acabada de entender!
¿Es esto mas de creer,
que está alli mi conveniencia?
¿No tira la voluntad,
geómetra superior,
todas las líneas de amor
al punto comodidad?
Yo no sé, si á mí me tiene
ciega, en lo que me aconseja;
pero bien sé, que me dexa
mirar, lo que me conviene.
Y si está en mi pecho fiel
algo mas privilegiado
hoy Don Gaspar, es que he hallado
mas conveniencias en él.
Porque el querer con fervor
á otro, es amor impropio;
y asi solo el amor propio,
viene á ser el propio amor.

JUANA.

¿Eso, señora, quién puede
negarlo, siendo tan justo,
y cosa de tan buen gusto,
esto del amar adrede?

D. CLARA.

Ya no hay, quien no quiera asi:
y en lo mas cierto se dá,
y todos lo afectan ya,

ya nadie llora por sí.
No hay como, para este intento
no afligir el corazon:
gastar la respiracion
en suspiros por el viento.
Perezca el gemir confuso,
falte el suspirar perplexo,
muera el amor á lo viejo,
y viva el Amor al uso. *ruido.*

JUANA.

Aguardate; que sospecho,
que en la ventana hubo ruido.

D. CLARA.

No se ha engañado tu oído.

JUANA.

Yo llego pues: dicho y hecho;
él es sin duda.

D. CLARA.

Pues vé,
y abre.

JUANA.

¡Quál se ha de quedar,
en viendome Don Gaspar! *ap.*
Pero yo me vengaré
con Hortuño.

D. CLARA.

Yo no creo,
que á Don Gaspar tengo amor:

pero todo mi valor
teme siempre que le veo.
Sale Juana con Don Diego, rebozado.
D. DIEGO.
Llegando á esa celosía,
para escuchar un instante,
propio cuidado de amante,
sentí, que aquí gente habia.
Creció con esto el cuidado,
llegué con él á la puerta,
y hallando, que estaba abierta,
resuelto hasta aquí me he entrado.
D. CLARA.
¿Viene, Juana?
JUANA.
Tras mí entró.
D. DIEGO.
¡Si fuese yo tan dichoso, *ap.*
que hablase á mi dueño hermoso!
Pero aquí está.
JUANA.
Bien sé yo,
que esto de encubrir la cara,
porque á mí me ha visto, es;
pues no me he de ir.
D. DIEGO *desembozandose.*
Llego pues.
¿Bellisima Doña Clara?

D. CLARA.

Valgame el cielo. ¿Quién es?

D. DIEGO.

Yo soy. ¿Pues no me conoces?

D. CLARA.

¡Pues cómo aquí:::!

JUANA.

No dés voces.

D. CLARA.

Todo se ha errado. Idos, pues.
Si viniese Don Gaspar, *ap.*
me pierdo. Mirad, Don Diego,
que vendrá mi padre luego.

D. DIEGO.

¿No está en casa?

D. CLARA.

Por juzgar,
que era él, se abrió la puerta.
Remediarlo de esta suerte *ap.*
intento; el empeño es fuerte.
No os detengais. Yo estoy muerta.

D. DIEGO.

Ya que mi suerte me ha dado:::

D. CLARA.

Don Diego, mi riesgo es mucho.

D. DIEGO.

Esta ocasion:::

D. CLARA.

No os escucho,

D. DIEGO.

De entrar:::

D. CLARA.

Habeisme enojado,

D. DIEGO.

A verte:::

D. CLARA.

Fue atrevimiento,

D. DIEGO.

Pronuncie:::

D. CLARA.

Ya es demasía,

D. DIEGO.

Mi voz:::

D. CLARA.

En vano porfia.

D. DIEGO.

Afectos:::

D. CLARA.

Daislos al viento,

D. DIEGO.

Adorar enternecido:::

D. CLARA.

Mi padre puede venir,

D. DIEGO.

Tu beldad:::

D. CLARA.

No os he de oír.

D. DIEGO.

Permite:::

D. CLARA.

Sois atrevido.

D. DIEGO.

Que diga:::

D. CLARA.

Alumbrale, Juana.

D. DIEGO.

Mi pasion.

D. CLARA.

Acabad presto.

D. DIEGO.

Porque yo::: ¡Pero qué es esto!
¿Llamaron á la ventana?

Ruido dentro en la ventana.

D. CLARA.

Mi padre sin duda ha sido.

D. DIEGO.

¿Tan presto hubo de venir?

D. CLALA.

¡Oh, qué bien hice en decir,

que mi padre habia salido!

JUANA.

El postiguillo han abierto.

D. CLARA.

¿Cómo lo dexaste asi?

JUANA.

Descuido fue.

Don Gaspar y Hortuño hablando al postigo.

HORTUÑO.

¿No vés?

D. GASPAR.

Sí,

HORTUÑO.

Gente suena.

D. GASPAR.

Ya lo advierto.

D. CLARA.

Valgame Dios. ¡Qué he de hacer!
Si salís, mi padre está
en la calle, y os verá;
y si os quereis esconder,
os han de ver, al pasar,
desde la calle. ¡Ay de mí!

D. DIEGO.

Pues éntre, y hálleme aquí
que yo te sabré librar.

D. CLARA.

Bien por Dios.

HORTUÑO.

Solo rumor
se escucha.

D. GASPAR.

Vuelve á tocar
la celosía.

JUANA.

Acabar;
que es demonio mi señor.

D. DIEGO.

¿Pues qué he de hacer?

D. CLARA.

Esconderte.

D. DIEGO.

¿Dónde?

JUANA.

Contigo iré yo.

D. CLARA.

¿Pues han de verle?

JUANA.

Eso no.

D. DIEGO.

¿Cómo ha de ser?

JUANA.

De esta suerte.

Ponese Juana delante de la celosía, y pasa Don Diego.

HORTUÑO.

Aqui hay maula. ¿Quieres ya
mas indicios?

D. GASPAR.

Estoy ciego.

JUANA.

Mientras yo escondo á Don Diego,
dí, que éntre; que abierto está;
que yo, porque el otro esté
lexos, y hables sin cuidado,
allá á lo mas apartado
del Jardin le llevaré.

Llega Doña Clara á la ventana, y responde Don Gaspar desde dentro.

D. CLARA.

¿Don Gaspar?

D. GASPAR.

Yo soy.

D. CLARA.

Entrad:
que abierto está.

D. GASPAR.

¿A qué, á morir?

D. CLARA.

Oídme.

D. GASPAR.

Ya no hay, que oír.

D. CLARA.

¿Pues qué quereis?

D. GASPAR.

Escuchad.

Sale Don Gaspar y Hortuño.

Repetirte, que ha seis meses,
que tubo mi amor principio,
que me hechizaron tus ojos,
que los apuré el hechizo,
que adoré tus perfecciones,
que dí el alma en sacrificio,
que sufrí muchos pesares,
que lloré muchos desvíos,
que perdí muchas finezas,
y que en fin el amor mio
tubo, para ser exemplo,
lo desdichado y lo fino:
fuera ociosa diligencia,
si lo hubieras entendido;
mas no debes de saberlo,
y asi quiero repetirlo.
Seis meses ha:::

D. CLARA.

Ya lo sé.

D. GASPAR.

Que mi pecho:::

D. CLARA.

No lo olbido.

D. GASPAR.

Ha intentado:::

D. CLARA.

¿Para qué
lo repites?

D. GASPAR.

Lo repito,
para que sepas, aleve,
que ya es remedió el hechizo,
que es la adoracion injusta,
que es desprecio el sacrificio,
que los desayres ofenden,
que provocan los desvíos,
que las finezas se cansan,
y que en fin el amor mio
lo desdichado aprovecha,
para corregir lo fino;
que, en llegando los agravios
á dexar de ser indicios,
las mas veces se confunde
dentro del pecho afligido,
con el ánsia de vengarlos,

èl afecto de sentirlos.

HORTUÑO.

Señores : ¡quién no lo vé *ap.*
tan colérico y perdido!
¿Vén ustedes, que lo dice?
pues ya se fue, quien lo dixo.

D. CLARA.

Dime, dime mas pesares.
Prosigue; obstenta mas brios:
acaba; venga tus iras:
anda, atropella conmigo:
cumple con tus desazones,
y echa á perder mis cariños;
pues es tu amor tan villano,
y eres tú tan mal nacido,
que del sufrimiento ajeno
te formas propios alivios.

HORTUÑO.

Aguarda, pobre señora: *ap.*
no te aflijan sus suspiros;
mira, que son contrahechos,
y te los pasa por finos.

D. CLARA.

¿No me respondes? ¿Qué temes?
Dime, qué te ha sucedido;
que mirandome te quedas,
ó sosegado ó remiso;
y temo buscarte atento,

para hallarte divertido.
Acaba, y dí, si te ofendo.
¿Por qué me miras?

D. GASPAR.

Te miro,
porque, como echo de vér
el modo, que usas conmigo,
mi voluntad se ha cansado,
mi memoria se ha ofendido,
y á los dos mi entendimiento
les ha enseñado su oficio.
Solo me falta, que hagan
exâmen los ojos mios,
y conozcan, no es amable
la ceguedad que han tenido;
y asi el estarte mirando,
no es ponderar el hechizo
de tu hermosura, ni dar
á mi ardor mas incentivo,
sino estár con las potencias
reduciendo los sentidos.

HORTUÑO.

Señor, advierte, que mientes
con mucha fuerza; pasito;
que hay muchos, que se han quebrado,
siendo enteros, con ahincos.
¿Es verdad, esto que dices?

D. GASPAR.

No sabré ahora decirlo.
Mucho puede esta mujer.

D. CLARA.

Todo sin duda lo ha visto. ap.
No sé, qué hacer. Don Gaspar,
todo quanto aqui me has dicho,
es cansarte, y no explicarme
tu dolor, ni mi delito.
Acaba de hacerme el cargo;
quexas busco, no gemidos;
no obscurezcas tu dolor,
por darle mucho artificio.

HORTUÑO.

Mira, que tienen sus voces
menos sustancia, que ruido.

D. CLARA.

¿Qué sientes?

D. GASPAR.

Ya nada siento.

D. CLARA.

¿Qué has visto?

D. GASPAR.

Ya nada he visto.

D. CLARA.

¿Qué quieres?

D. GASPAR.

Irme, y no verte.

D. CLARA.

Pues no te has de ir, sin decirlo.

D. GASPAR.

¡Me apuras! Pues vén aca.
¿Quién estaba aqui contigo?

D. CLARA.

¡Conmigo!

D. GASPAR.

Niegalo ahora.

D. CLARA.

¡Qué dices!

D. GASPAR.

Esto, que he dicho.

D. CLARA.

¿Estás en tí?

D. GASPAR.

Vive Dios,
que me estás dando motivo,
para que éntre yo, á buscarle,
ahunque atropelle contigo,
con tu padre y con tu honor.

D. CLARA.

¡Qué esto me haya sucedido
sin culpa! Mira, repara,
que ya son tus desvaríos
tales, que todo mi amor,
ahun no ha de poder sufrirlos.

D. GASPAR.

Vén acá Hortuño: ¿qué viste
por esta ventana? Dílo.

HORTUÑO.

Yo ví un sombrero y un moño,
por este viejo postigo.

D. CLARA.

¡Tú tambien!

HORTUÑO.

Yo no me atrevo,
quando lo contrario has dicho,
á decir, señora, mas
de lo que ví, voto á Christo.

D. CLARA.

Valgame Dios. ¡Qué diré! *ap.*

D. GASPAR.

Dí ahora, que es desvarío.

D. CLARA.

Don Gaspar, á una criada
dexé aquí: si esto no ha sido
embuste suyo, no sé,
qué responder.

HORTUÑO.

Tambien digo,
que la que ví, parecia
mujer de menos aliño.
¡Ah infame criada! Cierto,
que es cosa, sí, lo que has dicho,

para derramar sobre ella
un celemin de pellizcos.
¿Si Juana allá con su ama
hará ya tan buen servicio?

D. CLARA.

Aguarda, la llamaré,
y sabremos, lo que ha sido.

Sale Juana, y al salir, habla aparte con Doña Clara.

¿Juana?

JUANA.

Allá queda.

D. CLARA.

Perdona,
y haz tuyo aqueste delito;
pues no te importa. Acá fuera
te he menester.

HORTUÑO.

¡Jesu-Christo!
Juana es. Peor es esto.
¡A Doña Clara ha venido
á servir!

D. GASPAR.

¿No es ésta Juana?
¡Hay casos como los mios!

D. CLARA.

Vén acá; dí una verdad.

¿Quién estaba aqui contigo,
quando llamó Don Gaspar?

JUANA.

¡Señora:::!

D. CLARA.

No hay que encubrirlo,
pues lo vimos los dos juntos.

JUANA.

¡A quién esto ha sucedido *ap.*
delante de dos amantes,
que me están mirando esquivos,
no teniendo culpa alguna,
me he de confesar de vicio!

D. CLARA.

¿No respondes?

JUANA.

Yo, señora:::

D. CLARA.

No hay que temer, el decirlo.

JUANA.

Aqui estaba:::

D. CLARA.

¿Quién?

JUANA.

Un hombre,
que vá para mi marido.

HORTUÑO.

¡Cómo, cómo!

D. CLARA.

¿Y es bien hecho,
que padezca el honor mio
por vos? ¿Haslo visto ya,
Don Gaspar?

D. GASPAR.

¡Qué he de haber visto!
¡Pues esto quieres que crea!

Toma Hortuño la vela, y quiere entrar.

HORTUÑO.

Ustedes, por un tantito
perdonen.

D. CLARA.

¿Adónde vás?

HORTUÑO.

A matar este marido.

JUANA.

¿Hortuño?

HORTUÑO.

No hay que hortuñar.

D. CLARA.

Loco, aguarda.

HORTUÑO.

Vive Christo,
que no ha de decir, que yo
le dexé por escondido,
ó le perdoné por pobre.

que si es pobre, es mas delito.

D. MENDO *dentro.*

¿Martin, Fábio, no me oís?
¿Dónde estais? ¿Estais dormidos?

D. CLARA.

¡Mi padre! ¡Valgame Dios!

HORTUÑO.

Destruyóme el homicidio.

D. GASPAR.

¿Qué he de hacer?

D. CLARA.

Aprisa vete.

D. GASPAR.

A Dios.

D. MENDO.

¿No oís el ruido
á la puerta de la calle?
Presto.

HORTUÑO.

Cojieronnos vivos.
Ya no hay salir.

D. GASPAR.

¡Raro aprieto!

D. CLARA.

¡Valgame Dios! ¡Quién se ha visto
tan llena de sobresaltos!
¡Don Diego adentro escondido!
¡Don Gaspar aqui zeloso!

Mi padre allí vengativo!
¡Qué confusion!

D. GASPAR.

¿Pues qué quieres hacer?

D. CLARA.

Don Gaspar, rendido está todo mi valor.
El riesgo es grande y es mio.
Caballero sois: mirad
por mi honor: harto os he dicho.
Vén, Juana.

JUANA.

Vamos, señora.

D. CLARA.

Muerta voy.

JUANA.

Buena la hicimos. *vase.*

HORTUÑO.

Ya vienen.

D. MENDO *dentro.*

No han de escaparse; que en el jardin era el ruido.

Sale Don Mendo con espada, y criados con hachas.

D. MENDO.

Entrad con la luz. ¿Quién es?

D. GASPAR.

¿Señor Don Mendo?

D. MENDO.

¡Qué miro!
¿Don Gaspar?

D. GASPAR.

Tened la espada.

D. MENDO.

¿Pues cómo tan atrevido
habeis entrado en mi casa,
habiendo estado conmigo
esta tarde, y asentado,
que de vuestros desvaríos
es cómplice otra hermosura?

Sale Don Diego á una puerta.

D. DIEGO.

Del jardin, donde escondido
estaba, oyendo las voces,
salgo, á vér::: ¡Pero qué miro!
¡Don Gaspar aqui, y Don Mendo
con él! Aplico el oído.

D. MENDO.

¿No respondeis? ¿Qué decís?

D. GASPAR.

Gran remedio me ha ocurrido.
Si me escuchais, hablaré;
que estoy aqui sin delito.

D. MENDO.

Decid; que para mataros,
es prevencion, el oiros.

D. GASPAR.

Ya os dixe, señor Don Mendo
esta tarde, como asisto
en vuestra calle á otra dama.

D. MENDO.

Proseguid. Tengo entendido,
que es Doña Isabél de Chaves

D. DIEGO.

¡Mi hermana! Qué es lo que oído!

D. GASPAR.

Sabed pues, que entré esta noche
á hablarla, á tiempo que vino
su hermano; entróme siguiendo
al jardin, y fue preciso
arrojarme por las tapias
en el vuestro. Esto no ha sido
con intento de ofenderos;
y asi, volviendo á inquirirlo,
adonde os buscais ayrado,
os hallaréis compasivo.

D. DIEGO.

¡Qué es esto, que escucho, Cielos!
¡Yo en mi casa le he seguido!
¡Hay mas rara confusion!

HORTUÑO.

Linda mentira le ha dicho; ap.
pero es perro viejo.

D. MENDO.

Apenas,
lo que he de hacer, determino. ap.
Verdad es, que en el jardin
fue donde escuché el ruido,
y que en él tambien ví un hombre
desde mi quarto, y que vivo
pared enmedio, y que él es
de Isabél amante fino;
pero yo le hallo en mi casa;
y sin tener mas indicios,
no le he de dexar salir.
Si Clara se ha recojido,
y hallo en su quietud señales,
de ignorar este delito,
me daré por satisfecho:
Quiero, pues, ir á inquirirlo;
la puerta dexo cerrada:
seguro queda.

D. GASPAR.

Servios,
de que yo salga; que estoy
con cuidado del peligro
de esa señora.

D. MENDO.

Aguardad;

Toma la vela.

que al punto salgo, á serviros,
y á acompañaros.

D. DIEGO.

Aca
se acerca; yo me retiro.

Entra D. Mendo, por donde estaba D. Diego escondido.

HORTUÑO.

¿Qué es, lo que este viejo intenta?

D. GASPAR.

No es muy facil, prevenirlo.

Vuelve á salir Don Mendo alborotado, y cierra tras sí la puerta donde estaba Don Diego.

D. MENDO.

Valgame Dios. ¡Raro empeño!
Cierto es, lo que me ha dicho
Don Gaspar. Don Diego está
aqui dentro, que ha venido
por las tapias del jardin
tras él. Sin duda hay peligro
mayor. Señor Don Gaspar,
idos, por Dios: presto; idos.

D. GASPAR.

¿Qué traheis?

D. MENDO.

Qué he de traher,
si tras vos vuestro enemigo
ha venido.

D. GASPAR.

¿Quién?

D. MENDO.

Don Diego.

D. GASPAR.

¡Qué decís!

D. MENDO.

Que yo le he visto
aqui dentro.

D. GASPAR.

¡Vive Dios, *ap.*
que era él el escondido!
¡Oh ingrata! ¡Oh falsa! Tu engaño
supe por raro camino.

D. MENDO.

Vamos presto; que no quiero
que suceda de improviso
en mi casa una desdicha.

D. GASPAR.

Confieso, que estoy corrido.

D. MENDO.

Andad: abre ya la puerta,
Martin.

HORTUÑO.

Bueno es, dar él mismo
prisa, para que nos vamos.

D. MENDO.

¿No acabais?

D. GASPAR.

Voy sin sentido.

Vanse Don Gaspar y Hortuño.

D. MENDO.

Ya se fueron. ¡Oh, qué bien
se ha dispuesto! Ahora quito
la llave, para que salga
Don Diego; que en otro sitio
mas que se maten. Venid,
señor Don Diego.

Abre la puerta, y desde ella llama á Don Diego, y sale.

D. DIEGO.

Sin juicio
salgo. ¡Hay mas raros sucesos!

D. MENDO.

Y estimad, que tan remiso
os advierto, que en mi casa
habeis andado atrevido.

D. DIEGO.

Yo, señor:::

D. MENDO.

No os detengais.

D. DIEGO.

No vine:::

D. MENDO.

Ya lo he sabido.

D. DIEGO.

A ver:::

D. MENDO.

Estoy satisfecho.

D. DIEGO.

Porque yo:::

D. MENDO.

Nada he de oíros.

D. DIEGO.

Pues yo me voy.

D. MENDO.

Dios os guarde.
Alumbra, Martin.

D. DIEGO.

Preciso
es ya, que me dé venganza
la vida de un falso amigo. *vase.*

D. MENDO.

Bendito sea Dios, que ya
fuera estoy de este peligro.
Mañana mudo mi casa.
¡Jesus en lo que me he visto!
Si el hiermo tiene algo bueno,
es el vivir sin vecino.

JORNADA TERCERA.

Salen Don Gaspar y Hortuño.

HORTUÑO.

De verte, estoy admirado;
ni el fuego de amor te abrasa,
ni te consume el cuidado;
ni lo mismo que te pasa
parece, que te ha llegado?
¿De nada sientes dolor?
¿Haste visto el paladar?

D. GASPAR.

¿Para qué?

HORTUÑO.

Veamos, señor;
dexame por Dios mirar,
si eres:::

D. GASPAR.

¿Qué?

HORTUÑO.

Saludador.

D. GASPAR.

Loco estás.

HORTUÑO.

¿Quién te ha de ver
tratar, sin sentir bochorno,
con amor, que empieza á arder,
que no diga, que es hacer
la patarata del horno?
¿Y quién dirá, que no es
lo de la barra rugiendo,
si quando una dama vés,
cojes la hermosura ardiendo,
y la trahes entre los pies?
Sin duda, que tu amor fue
hijo de Venus bastardo,
pues no sabes guardar fé.

D. GASPAR.

Antes, Hortuño, la guardo
tanto, que nadie la vé.

HORTUÑO.

Eso: dente á tí, decir
una chanza, que no ignoras,
cómo la has de introducir;
pues no es para todas horas
esto, del hacer reir.
Hablemos con juicio un poco,
porque quisiera apurar
esta materia, que toco.

D. GASPAR.

No es muy facil el estar
en juicio yo con un loco.

HORTUÑO.

Quien no te vé tierno aqui,
alli ayrado, allá quexoso,
acullá fuera de tí,
siempre en el afan ocioso,
de andar de aqui para alli.
Ya te acredita de amante
el favor, y yá la ira:
tiñendose á cada instante
del color de la mentira,
camaleon tu semblante.
Valgate el cielo, señor.
No te acabo de entender.
¿Qué es esto?

D. GASPAR.

Todo es amor.

HORTUÑO.

¿Cómo el engaño ha de ser
amor?

D. GASPAR.

Por eso mejor.

HORTUÑO.

¿Pues no es amor un confuso
accidente apetecido,
un fuego en el alma infuso,

y un hielo al haliento unido?

D. GASPAR.

Si eso es amor, no es al uso.

HORTUÑO.

¿No es amor un leve ardor,
no es un daño procurado,
un apacible dolor,
y un dulcísimo cuidado?

D. GASPAR.

No es al uso, si es amor.

HORTUÑO.

¿Pues nó sabremos, quál es
amor al uso, señor?

D. GASPAR.

En mi pecho no lo vés?

HORTUÑO.

Explicamelo mejor.

D. GASPAR.

Oyelo pues.

HORTUÑO.

Dilo pues.

D. GASPAR.

Acreditar sin pena una pasion,
perder miedo y cariño á la beldad,
hacer su voluntad sin voluntad,
suspirar, sin dar cuenta al corazon.
No matarse, en pasando la ocasion,
llorar en ella por curiosidad,

formar de una mentira una verdad,
hacer de una palabra una razon.
Mudar de sitio en el primer vayvén,
arrojar los pesares por ahí,
recibir los favores al desden.
Y en fin, para acabar de estar en sí,
querer á todas las mujeres bien,
y mal á cada una de por sí.
Este, Hortuño, es el amor,
que se usa.

HORTUÑO.

Pues, señor,
mire uced, cómo ha de ser,
que á Juana no ha de querer,
ó la ha de querer mejor.
Ya que he llegado á ampararla,
y mirar por su remedio,
si se ha de tratar de amarla,
(en esto no ha de haber medio)
quererla mucho, ó dexarla.

D. GASPAR.

El quererla mucho, escojo.

HORTUÑO.

En verdad, que no te engañas.
¿Mas, qué has hecho de tu enojo?
¿Cómo te dexan pestañas
tantos pesares al ojo?

D. GASPAR.

Mira, ahunque anoche salí
ayrado con Isabél,
porque á Don Garcia ví
dentro en su casa, y con él
cumplió, dexandome á mí,
y ahunque tambien me hallé luego
con Doña Clara perdido,
porque entrando á hablarla ciego,
averigué, que habia sido
el que se escondió Don Diego:
sabe, qué á muy poco trecho
que andube, despues que yo
te envié, se halló mi pecho
de quanto le sucedió
con ellas dos, satisfecho:
de suerte, que si mi amor
ahier se trocó en desdén,
enojo, rabia y furor,
hoy á Isabél quiero bien,
y á Dóña Clara mejor.

HORTUÑO.

¿Pues como tantos consuelos
hallaste? Y siendo tan fuerte
el pesar, ¿quién tus recelos
satisfizo?

D. GASPAR.

De esta suerte

me hallé sin todos mis zelos.
Salí á la calle, despues
de aquel accidente raro,
que me sucedió en la casa
de Doña Clara, aguardando
á que saliese Don Diego,
para apurar todo el caso,
porque juzgué, que no era
posible, haberle llamado
Doña Clara al tiempo mismo,
que á mí me estaba esperando.
Salió pues, y á mí se vino
colérico y enojado,
porque escuchó la disculpa,
que me oyó contra el recato
de su hermana; procuré
reducirle, asegurando
sus sospechas, y en él mismo
ir ponderando mi agravio,
me dió á entender, que en la casa
de Doña Clara entró acaso,
que ella se enojó de verle,
que á la ventana llamaron,
que dixo, que era su padre,
y que él se escondió en el quarto
del jardin, con lo qual yo
vine á hallarme asegurado
de esta duda, y tan gustoso,

que me agradecí mi engaño.
Mas Don Diego, que ya entonces
mañoso me habia sacado
de la calle, me envistió
con el acero en la mano.
Hallóme con él, y apenas
se formó el primer reparo,
quando llegó Don Garcia;
y vino á hallarse obligado
Don Diego, á callar delante
de su enemigo su agravio;
y asi fingió, que los dos
nos estabamos burlando.
El se fué, y quedéme solo
con Don Garcia, y tratando
de Isabél, me confesó,
que se valió su cuidado
anoche de una criada,
para entrar, donde le hallamos,
sin que Isabél lo supiese.
De suerte, que en breve rato
saqué dos seguridades
de dos zelos; se trocaron
dos penas en dos avisos,
en dos gustos dos cuidados,
y yo en un sosiego inutil
me hallé muy desamparado
sin mi quexa; que el faltar

desazon en tales casos
viene á ser ocio, y el ocio
es grandísimo trabajo.

HORTUÑO.

¿Sabes, lo que decir quiero?

D. GASPAR.

¿Qué, Hortuño?

HORTUÑO.

¿Qué? Que es un diablo
muy entendido el que tiene
por su cuenta tus pecados.
¿Ahora, señor, me vienes
de nuevo embarraganado,
quando pensé, que tú harias
despues de dos desengaños,
una confesion bien hecha;
que sois los enamorados
tales, que habeis menester
reñir para confesaros,
porque qualquiera enfadillo,
que os dá la que estais amando,
es un gusano, que os pudre;
y asi, en habiendo acabado
de podríros, suele dar
tras la conciencia el gusano?
¿En fin quieres á Isabél?

D. GASPAR.

¿Eso quién puede dudarlo?

HORTUÑO.

¿Y á Clara?

D. GASPAR.

Como al principio.

HORTUÑO.

A la calle hemos llegado,
sin sentir. ¿Y á quál de todas
quieres con menos engaño?

D. GASPAR.

De mi Doña Clara hermosa
estoy casi enamorado.

HORTUÑO.

¿Y ha apedreado el campo Juana?

D. GASPAR.

Juana es ripio del cuidado.

HORTUÑO.

Daré voces. ¡Juana es ripio!

Sale Juana con manto.

JUANA.

Eso está muy mal hablado,
y pudiera el muy bribon,
saber ya, cómo me llamo.
¿Qué cosa es, que Juana es ripio?

D. GASPAR.

Juana hermosa, no hagas caso
de este loco, porque al fin
discurre como hombre baxo.
¿Qué piensas, que me decia?

Que, para quererte tanto,
como te quiero, eres ripio.

JUANA.

Aqueso mismo he escuchado.

HORTUÑO.

¡Señores, hay tal desdicha!
Juana, me lleven los diablos,
si no me has mudado el tono.

JUANA.

¿Qué tono he de haber mudado?

HORTUÑO.

Que yo dixe en falsete,
y lo oíste en contrabaxo.

D. GASPAR.

¿No callarás, majadero?

HORTUÑO.

En estas cosas no hay amo;
si como tú pan, tú comes
mi carne, que es mejor pasto.

D. GASPAR.

¿Pues, mi Juana, era hora ya,
de vernos? ¿Olbido tanto,
con quien te estima, y te quiere?

HORTUÑO.

¡Que esto escucho, y no me caygo!

JUANA.

¡Pues vos, señor, me echais menos
teniendo tan ocupado

el gusto!

HORTUÑO.

¡Y le pide zelos!
¿Para quándo son los palos?

D. GASPAR.

Tu amor, Juana, sabe hacerse
lugar en mi pecho.

JUANA.

Vamos,
á lo que importa. Mi ama
me envia á decirte:::

D. GASPAR.

¿Y quándo
la he de ver?

JUANA.

¿No dexarás,
que te lo diga de espacio?
¿Vés quál estás? Esta tarde
te quiere hablar en el caso
de anoche y satisfacerte,
de que Don Diego:::

D. GASPAR.

Ya me hallo
satisfecho, y sé, que está
sin culpa.

JUANA.

Pues acabados
los enojos, podrá usted

ir muy abierto de brazos,
muy tiernísimo de afectos,
y muy eficáz de halagos.

HORTUÑO.

Ya no puedo mas, señor.

D. GASPAR.

¿Qué quieres?

HORTUÑO.

Pues tienes tanto
de saludador, procura:::

D. GASPAR.

¿Qué?

HORTUÑO.

Que hoy estoy rabiando.

Salen Doña Isabél é Inés con mantos.

D. ISABEL.

Mi hermano, como te digo,
me tiene con gran cuidado;
porque desde anoche está
melancólico; y hablando
con equívocas razones
con Don Gaspar, me ha causado
recelos, de que ha entendido
mi amor, y por avisarlo
á Don Gaspar, he salido
en este trage, y dexando
en mi casa prevenido,
que si viniere mi hermano,

digan, que vino mi tia,
y me fuí con ella al prado:::
Pero aguarda. ¿No es aquel
Don Gaspar?

INES.

Sí, y está hablando
con una. ¿Sabes, quién es?

D. ISABEL.

¿Quién es?

INES.

Es, si no me engaño,
criada de Doña Clara.

D. ISABEL.

¿Sabeslo bien?

INES.

En el campo
juzgo, que la ví con ella.

D. ISABEL.

No me he de ir sin apurarlo.

D. GASPAR.

Juana, como no te enojes,
veré á tu ama.

D. ISABEL.

Temblando
estoy de cólera.

INES.

¡Y llegas,
á hablarle!

D. ISABEL.

Ya me empeñado.
¿Señor Don Gaspar?

D. GASPAR.

¿Quién es?

D. ISABEL.

Quien ya de vuestros engaños
quedará desengañada.

D. GASPAR.

¿Bella Isabél, cómo::: quándo?

JUANA.

Espero pues.

D. GASPAR.

Mi señora,
¿pues vos aqui? Estoy turbado.

HORTUÑO.

Vive Christo, que me huelgo.

D. ISABEL.

Yo tengo un poco que hablaros;
y asi puede esa criada
irse.

JUANA.

Mi reyna, yo hablo
por mi, no como criada
de nadie.

D. ISABEL.

Lo que he dudado,
he de apurar de esta suerte.

A Doña Clara de Castro,
vuestra señora, direis,
que una tapada os ha enviado
noramala, y que con ella
lo mismo hiciera.

HORTUÑO.

A lo largo
la han tendido: entre una ronca,
y una clara está mi amo.

JUANA.

Si aqui estubiera mi ama,
ya que vos la habeis nombrado,
os supiera responder.

D. ISABEL.

Inés, lo que sospechamos,
es cierto.

INES.

Cayó la pobre.

D. GASPAR.

Juana, repara::: ¡Hay enfado
como éste! Mira, que ahunque
es el indicio tan claro:::

D. ISABEL.

Satisfaced la criada;
que yo me iré á no estorbaros,
ó á no sentirlo ó sentirlo,
como pide vuestro engaño.

D. GASPAR.

Aguarda, advierte:::

D. ISABEL.

¿Esperar?

D. GASPAR.

Oyeme primero un rato,
Yo quiero satisfacerla; ap.
que Juana sabrá callarlo
por el interés. ¿Hortuño?

HORTUÑO.

¿Señor?

D. GASPAR.

Tenme tú cuidado,
de que Juana no se vaya.

HORTUÑO.

Está bien.

INES.

¡Que estos bellacos
se usen, y las mujeres
tan diferentes seamos!

D. GASPAR.

Es verdad, que esta criada
me estaba, Isabél, hablando,
allá de cosas pasadas;
pero yo estoy tan postrado
á tus ojos, que no hay gusto
para mí, que ser tu esclavo.
De mejor gana dixera

á Doña Clara otro tanto.

Salen Don Diego y Martin.

D. DIEGO.

Digo pues, que me pasó
todo, lo que te he contado,
y que ello he colegido,
que Don Gaspar, profanando
nuestra amistad, quiere á Clara;
que haberle en su casa hallado
anoche, haberse valido
con su padre de un engaño,
y de otro engaño conmigo,
son evidentes y claros
indicios. ¿Mas no es aquel
Don Gaspar?

MARTIN.

El es, y hablando
con una mujer está.

D. DIEGO.

Tente; que, si no me engaño,
es Doña Clara; que aquella,
que alli está con el criado
descubierta, es la criada,
que anoche me escondió, quando
entré en su casa. Esto es cierto.
Desde aqui disimulados
podrémos ver, en qué pára.

D. ISABEL.

Despues de tal desengaño,
¿qué disculpa podrá darme
vuestro amor? Pero mi hermano
está en la calle.

D. GASPAR.

¡Qué dices!

D. ISABEL.

Inés, cubrete.

INES.

Temblando
estoy ya.

D. ISABEL.

No nos ha visto;
que divertido está hablando
con Martin. Mejor será,
que os vais aprisa.

D. GASPAR.

¿Y si acaso
te ha visto, te he de dexar?

D. ISABEL.

No es este trage, que traygo,
conocido, y si os vé aqui,
es fuerza, hacernos reparo.

D. GASPAR.

Pues yo me voy.

D. ISABEL.

Bien pagais

tan costosos sobresaltos.

D. GASPAR.

Mi amor volverá por sí.

D. ISABEL.

Idos pues.

D. GASPAR.

Bien se ha trazado.
Hortuño, ya que no puedo,
sin ser de Isabél notado,
hablar á Juana, con ella
te puedes quedar un rato,
hasta enviarla reducida
á callar, lo que ha pasado,
y ofrecerla cien escudos,
si vieres, que es necesario. *vase.*

HORTUÑO.

Sí será.

JUANA.

Por no enojarla,
se vá: buena me ha dexado.

MARTIN.

El se ha ido.

D. DIEGO.

Ya lo veo;
pero ella se ha quedado,
y por áfirmarme bien,
en si es Doña Clara, guardo
mis iras para despues.

D. ISABEL.

Inés, él muestra cuidado,
porque no se vá, y me vuelve
á mirar de quando en quando;
mas ya se acerca. ¡Ay de mí!
Anda: pasemos de largo.

Pasa uno por delante de otro, mirando mucho, y haciendose cortesías.

D. DIEGO.

No parece Doña Clara.

MARTIN.

Eso estaba reparando.

D. ISABEL.

Por si ha reparado, es bien,
que algunas calles torzamos,
antes de volver á casa.

INES.

Bien has dicho.

D. ISABEL.

¡Amor tirano,
si en este susto pudiera,
alcanzarte mi cuidado!

Vanse las dos.

D. DIEGO.

¡Hay mas raras confusiones!
La una criada ha dexado;

¿Si ha sido, por deslumbrarme?
Pues no han de poder lograrlo;
que por salir de esta duda,
y porque luego su engaño
no me niegue lo que he visto,
la he de ir siguiendo á lo largo,
hasta ver, dónde entra. ¡Amor,
dexame este desengaño!

Vanse Don Diego y Martin por donde se fue Doña Isabél, y quedanse mirando Hortuño y Juana.

HORTUÑO.

Mucho he temido este lance. *ap.*
¿Si sabré hacerme enojado?

JUANA.

Hortuño se queda bueno. *ap.*

HORTUÑO.

Lo que temo es, estas manos *ap.*
de demonio, que nacieron
inclinadas á sopapos.

JUANA.

¿Hortuño, cómo no llegas,
á hablarme? ¡Retiro tanto!
¿Ya no me vés? Vén acá;
dime, en qué entiende tu amo:
no me niegues lo que sabes,
pues sabes, que sé pagarlo.

¿Viene muy tarde de noche?
¿Anda muy enamorado?
¿Se acuerda á veces de mí?
¿Me quiere de quando en quando?
Un vestido tienes cierto,
si haces como buen criado.
¿Tiene muchas?

HORTUÑO.

Sí, señora:
muchas tiene: ahora son quatro;
pero todas se le quedan,
si no es la de Hortuño.

JUANA.

Es llano.
Tiene muy buenos aceros
esa hoja.

HORTUÑO.

No son malos;
ahunque un mordiente, que tiene
le echa á perder el recazo.

JUANA.

Guarnecela bien: no importa.

HORTUÑO.

Tambien se le ván formando
algunas vueltas.

JUANA.

¿De qué?

HORTUÑO.

¿De qué? De coces y palos.

JUANA.

De ese modo faltará
en la pendencia.

HORTUÑO.

Veamos.
Ya no puedo sufrir mas.
Pase acá la infame. *agarrala.*

JUANA.

Paso,
por Dios, que me has hecho añicos
con la mano todo el brazo.

HORTUÑO.

Esto es juego.

JUANA.

Pues, si es juego,
no quiero probar la mano.

HORTUÑO.

Escusar esa probada,
no es posible.

JUANA.

Hablemos claro.
Señor Hortuño, usted tiene
de racion catorce quartos
y un pan; y de quitacion
lo que le sisa á su amo.
Yo, ahunque soy tan linda moza,
mil menesteres humanos
tengo; conviene á saber,

cómo, ceno, visto y calzo;
usted guarda el real, que ahorra
tan lindamente guardado,
que por ahorrado que esté,
no dexa de estar esclavo.
Si usted vé algun vestidillo,
y alhaja, que no ha comprado,
se mesura, y pide cuenta,
pero no cuenta con pago.
Si algun regalo me trahen,
se porta en él tan taymado,
que conmigo tiene hocico,
y boca con el regalo.
Pues, señor mio, estas cosas
no son por arte del diablo;
ó hacer el milagro usted,
ó no hacer tantos milagros.

HORTUNO.

¡Valgame Dios! Qué gran fuerza
trahe consigo el hablar claro.
Digo, Juana, que ya estoy
confundido siete estados
debaxo de tu razon,
y de hoy mas te ofrezco y mando,
de gastar la cortesía,
ya que otra cosa no gasto.
Pasarme pienso á cuchillo
la imaginacion, y caso

que pasarmela resuelva
en lo mejor de mis cascos,
si hubiere bien que comer,
haré, que miro á otro cabo.

JUANA.

De ese modo vivirémos.

HORTUÑO.

Pues de este modo vivamos.

JUANA.

¿En fin no has de pedir zelos?

HORTUÑO.

Yo no, Juana. ¿Tú has de darlos?

JUANA.

Eso yo te lo prometo.

HORTUÑO.

Pues la mano.

JUANA.

Pues la mano.

HORTUÑO.

Valgame Dios. ¡Qué gran fuerza
trahe consigo el hablar claro!

JUANA.

A Dios.

HORTUÑO.

A Dios. Ah, sí, Juana:
aqui me dixo mi amo,
que te ofrezca cien escudos,
si callas, lo que ha pasado:

mira tú, lo que has de hacer.

JUANA.

¡Escudos! Sabré callarlo.
¿Y vendrán presto?

HORUTÑO.

Eso no;
pero serán bien mandados.

JUANA.

Yo pensaba callar ya;
pero ya que me has hablado
con claridad, á mi ama
la he de contar todo el caso.

HORTUÑO.

Valgame Dios. ¡Qué gran fuerza
trahe consigo el hablar claro!

Vanse, y salen Doña Clara y Don Mendo.

D. CLARA.

¿Señor?

D. MENDO.

Esto ha de ser, no hay replicarme.

D. CLARA.

Yo te he de obedecer. ¿No es escusarme,
el discurrir, señor, con tu licencia.

D. MENDO.

No toca el discurrir á la obediencia,

Tu esposo, Don Garcia
quexa tendrá de la tardanza mia;
pues estando tratado
de casar, tanto tú lo has dilatado,
que el vulgo, que indiscreto,
sin vér la causa, juzga del efecto,
dirá, no averiguando, en qué consiste,
que de los dos el uno se resiste;
y quando esto no sea,
que alguno de los dos no lo desea,
Pues cómo he de honestar el dilatarlo;
pues basta para culpa, el abreviarlo.

D. CLARA.

Señor, la dilacion que yo te pido,
es, solo hasta que mas introducido,
el cariño en los dos, (¡que mal le engaño!)
sino mas fino, esté menos extraño;
que es negociar, que falte la firmeza,
ir sin fineza la mayor fineza.

D. MENDO.

Amor, que es tan amigo del recato,
no ha menester preambulos del trato;
y quando á la razon siga el sentido,
no vá arrastrado, sino conducido.
Yo estoy viejo, tú Clara eres hermosa,
la guarda del honor es peligrosa;
y ahunque es tal tu cordura,
que fiarsele puede tu hermosura,

tambien puede fiarsele, que advierta,
que en edad tan prolixa y tan incierta,
no se puede llamar afecto ciego,
este inquieto anhelar por el sosiego.

D. CLARA.

¿Señor:::?

D. MENDO.

Ya tu respuesta he prevenido.
Es razon esto. Habráte convencido.
Yo voy por Don Garcia:
todo se debe á la firmeza mia. *vase.*

D. CLARA.

¡Hay mas rara violencia!
¡Que he de hacer voluntad de la obediencia!
¡Y que mi padre con imperio injusto
introduzca preceptos en mi gusto!
¡Y quiera disponer, que mi albedrío
se rinda al suyo, y que parezca mio!
Pues esté pertináz en su porfía,
ó padezcalo yo, con Don Garcia,
no me ha de vér, casada;
que esta accion dura mucho, para errada.
¡Oh si viniese Juana! ¡Oh si viniese
con ella Don Gaspar! Para que viese
el aprieto, en que estoy: y satisfecho
de las injustas dudas de su pecho,
me ayudase al remedio, si le tiene,

tanta resolucion. Mas Juana viene.

Sale Juana.

D. CLARA.

¿Juana?

JUANA.

¿Señora mia?

D. CLARA.

Gran deseo tenia
de que vinieses. ¿Dí, qué te ha pasado
con Don Gaspar?

JUANA.

Yo traygo buen recado.

D. CLARA.

¿Hallastele? ¿Dixistele la hora,
en que me puede ver?

JUANA.

Pobre señora.

D. CLARA.

Nunca le he deseado
con mas afecto.

JUANA.

Lástima me ha dado.

D. CLARA.

¡No me respondes! ¿Qué te ha sucedido?
¿No le has hallado?

JUANA.

Sí; pero perdido.

D. CLARA.

¿Pues qué no te han escuchado?

JUANA.

Mejor fuera.

D. CLARA.

¿Pues qué no quiere verme?

JUANA.

Mas valiera.

D. CLARA.

Pues despename, y dí lo que ha pasado.

JUANA.

Escucha atenta, y lo diré cantado.
A darle satisfaccion
de sus zelos, fuí, señora:::

D. CLARA.

Presto; que no estoy ahora,
Juana, para relacion.

JUANA.

Atajasteme; que ya
iba en un Romance:::

D. CLARA.

Dí.

JUANA.

¿Quiereslo mas breve?

D. CLARA.

Sí.

JUANA.

¿Sí? Pues vaya por acá.
Llegué á hablarle, y halléle menos ciego
de zelos, que pensé; porque Don Diego,
todo lo que pasó, le habia contado;
y apenas yo le dixe tu recado,
quando llegó furiosa una tapada.

D. CLARA.

¿Qué dices?

JUANA.

Oye pues; que esto no es nada.

D. CLARA.

¿Y le habló?

JUANA.

Sentidisimas razones.

D. CLARA.

¿Y él escuchó?

JUANA.

Y la dió satisfacciones.

D. CLARA.

¿Y conocióte?

JUANA.

Sí; porque muy fiera,
me trató mal diciendome, que hiciera
lo mismo con mi ama Doña Clara.

D. CLARA.

¡Cómo! ¿Qué dices?

JUANA.

Fue vergüenza rara,
la que pasé.

D. CLARA.

¿Y pudiste conocella?

JUANA.

No fue posible.

D. CLARA.

¿No fueras trás ella?

JUANA.

No me dexó el criado,
que me ofreció muy falso y muy taymado,
de parte de su amo unos doblones,
porque no te dixese sus trayciones.
Mas soy fiel, y tu amor me compadece;
y él diz que manda, pero no obedece.

D. CLARA.

Diera la vida por saber, quien era
la dama.

JUANA.

¡Lleve el diablo, quien tal diera!
Vivamos con un poco de cuidado,
que ella vendrá á las manos.

D. CLARA.

¿Quién ha entrado?

Salen Doña Isabél é Inés alborotadas.

D. ISABEL.

¿Sube?

INES.

Sí, pienso, que sube.

D. ISABEL.

Señora, si el sér quien sois,
os obliga, á qué ampareis
una mujer como yo,
sabed, que me ha sucedido:::

D. CLARA.

¿Doña Isabél?

D. ISABEL.

Sí, yo soy;
que ahunque nos hemos tratado
tan poco, es fuerza, que vos
me favorezcais.

D. CLARA.

¿En qué?

D. ISABEL.

Mi hermano Don Diego (estoy
sin haliento) me ha seguido;
y habiendo torcido yo

algunas calles, volvia
á mi casa) (¡Qué temor!)
y al querer entrar en ella,
le volví á vér, y por no
aventurarlo, me entré
en vuestro zaguan (¡ay Dios!)
para aguardar, que pasase.
Mas no solo no pasó,
pero se ha entrado trás mí.
La vida vuestro favor
me importa; un hermano es,
quien me sigue: la ocasion
es decente: yo me escondo.
Entra Inés.

D. CLARA.

Tened por Dios.
¿No es preciso, que él os busque,
si, como decís, os vió?

D. ISABEL.

No hará; que no me ha podido
conocer; que mi temor
le hizo seguirme, y si os vé,
pensará, que fuisteis vos.

D. CLARA

¿Pues cómo ha de juzgar eso,
hallandome, como estoy?

D. ISABEL.

Bien dices: esto ha de ser;

(mucho discurre el temor,)
con solo hallar ese manto
en vuestras manos.

JUANA.

Ya entró
en la antesala.

D. ISABEL.

Anda, Inés.

D. CLARA.

¡A quién esto sucedió!

Escondese, y dexa el manto en las manos de Clara, y sale Don Diego.

D. DIEGO.

Niega, ingrata: niega, ingrata,
que justos mis zelos son.

D. CLARA.

Tén, Juana, ese manto.

D. DIEGO.

Dí,
que se ha engañado mi voz
Qué mis ojos han mentido
y que lo mismo, que estoy
tocando, no es evidencia,
sino engaño é ilusion.

D. DIEGO.

Señor Don Diego, ¿qué es esto?

¡Hay mas rara confusion!
Advertid::: (No sé, qué hacer ap.
pues no he de decirle yo,
que es su hermana la escondida)
que engañado (¡hay turbacion
como esta!) habeis entrado
en mi casa.

D. DIEGO.

Bien por Dios.
¿Luego tú piensas, ingrata,
que desde que se apartó
tu amante, no te he seguido?

D. CLARA.

Con amante la encontró. ap.

D. DIEGO.

Vén acá: ¿no te acababas
de quitar, quando entré yo,
el manto? ¿No se le tiene
puesto esa criada? ¿No
os ví yo con Don Gaspar
en esa calle á las dos?

D. CLARA.

¡Con Don Gaspar!

D. DIEGO.

Sí; negadlo.

D. CLARA.

¡Luego la que se escondió ap.
es la misma, que vió Juana!

¡Hay desengaño mayor!

JUANA.

¿Luego ésta es la del reto?
Pagarame, lo que habló.

D. DIEGO.

Ya en fin, Doña Clara, ya
desengañado mi amor
se resuelve á abrir los ojos,
que vuestro engaño cegó.

D. CLARA.

Sin duda, señor Don Diego,
que os quita vuestra pasion
la memoria, de que hablais
conmigo: volved en vos,
¿Qué promesa teneis mia?
¿Qué caricia, ó qué favor,
para dár á vuestras quexas
tanto afecto ó tanta voz?
Si un papel os escribí,
fue, que entonces me importó:
volvedmele ya; y no hagais
veras, lo que burlas son.
Idos pues á no mas verme.

D. DIEGO.

¡Con esa resolucion,
me hablais!

D. CLARA.

Es cuerda y precisa.

D. DIEGO.

Pues porque penseis, que estoy
desengañado, el papel
que decís, volverá hoy
á vuestra mano sin falta.

D. CLARA.

Será, hacerme gran favor.

D. DIEGO.

Yo os lo ofrezco.

D. CLARA.

Yo lo acepto.

D. DIEGO.

Pues yo voy por él.

D. CLARA.

A Dios.

D. DIEGO.

A Dios, pues que en Don Gaspar
vengará mi pundonor
el modo, de disculpar
culpas de vuestra aficion.
Yo le quitaré la vida,
por si en ella os hallo á vos. *vase.*

D. CLARA

Oís: ya que vais resuelto,
á matar ese traydor,
venid á mí, si os faltáre
corage, acero ó razon.

JUANA.

¡Qué te parece, señora!
¿En fin está en esta sala
la que me envió noramala?
Calla pues; que yo éntro ahora.

D. CLARA.

Aguarda; el paso deten.

JUANA.

¿A qué? No me dexarás.

D. CLARA.

¿Pues qué quieres? ¿Dónde vás?

JUANA.

¿Dónde voy? A quedar bien.

D. CLARA.

Mira, si nos oye.

JUANA.

No;
que á lo mas hondo, su miedo
la hizo, entrar.

D. CLARA.

Pues habla quedo;
que mi agravio imaginó
la venganza mas cruel.
¿Vendrá ahora Don Gaspar?

JUANA.

Ya no es posible tardar.

D. CLARA.

Venguemonos de ella y de él.

Pues dexame, en tanto ir,
á medio matar un gato;
porque la demos un rato
de gato á medio morir.

D. CLARA.

No nos oyga:::

JUANA.

No se asome:::
Ah, sí: ¿quieres, que de paso,
éntre ahora, á ver si acaso
tiene tinta la redoma?

D. CLARA.

Tú verás, que á su despecho,
en viendo yo á este villano,
he de escribir con mi mano
mis venganzas en su pecho.

JUANA.

Pues mira: ya que tan rara
venganza quieres urdir,
si el pecho le has de escribir,
hazle la cruz en la cara.

Sale Hortuño.

HORTUÑO.

¿Cé, Juanilla?

JUANA.

Hortuño viene.

HORTUÑO.

¿Puede entrar mi amo?

JUANA.

Sí.

Dí, que mi ama está aquí.

D. CLARA.

Mi venganza se previene.

JUANA.

¿Cómo la has de encaminar?
Ya estoy rabiando por vella.

D. CLARA.

Tú, Juana, te entra con ella,
y, en viniendo Don Gaspar,
haz, que se llegue á esta puerta,
mientras duráre este lance:
y porque, á verla no alcance,
puedes correr la antepuerta.

JUANA.

Yo lo dispondré; que ya
estoy al cabo.

D. CLARA.

Ah, sí, Juana:
Lucía esté á la ventana,
para avisar.

JUANA.

Bien está.

HORTUÑO.

Vase Juana, dexando corrida una cortina, y sale Don Gaspar y Hortuño.

D. GASPAR.

Allí está.

HORTUÑO.

¿No llegas?

D. GASPAR.

Sí.

HORTUÑO.

¿Y vienes en fin muy tierno?

D. GASPAR.

Cada dia quiero mas
á esta mujer.

HORTUÑO.

Segun eso
Juanilla:::

D. GASPAR.

Por hoy es tuya.

D. CLARA.

Sobra muchísimo tiempo.

D. GASPAR.

Si alguna vez, prenda hermosa,
si alguna vez, dulce dueño,
te merecieron mis ansias,
piedad ó atencion:::

D. CLARA.

¡Qué bueno!

D. GASPAR.

hoy por mas afectuosas
se merecen:::

D. CLARA.

A buen tiempo.

D. GASPAR.

mas piedad, mas atencion.

D. CLARA.

¡Si estará Isabél oyendo! *ap.*
Porque, si ella no lo escucha,
se echa á perder todo esto.

Sale á la puerta Doña Isabél y Juana.

D. ISABEL.

¿Fuese ya?

JUANA.

Sí; ya podeis
salir. Pero un caballero
está hablando con mi ama.
Esperad.

D. ISABEL.

¡Qué es lo que véo!
Don Gaspar es. ¡Qué esto sufro!

D. GASPAR.

Digo pues, hechizo bello
de mis ojos, Clara hermosa:::

D. CLARA.

Ya la he sentido en el puesto; *ap.*
diga mucho de esto ahora,
que ya es bueno, y á buen tiempo.

D. GASPAR.

Digo pues, que de mis dudas
vuelvo otra vez satisfecho,
á hacer, que mi corazon
se abrase en mejor incendio.
No sé, que añade en los ojos
el gusto, adorado dueño,
que hoy me pareces mejor,
que ahier; pero ya lo entiendo.
Hoy te miro con amor,
y ahier te miré con zelos,
y ahunque tu belleza es una,
mi atencion es otra, puesto
que ahier los ojos ayrados,
y hoy amorosos y tiernos,
ahier veían lo hermoso,
mas hoy véen lo lisonjero.

D. CLARA.

Si alguna vez regalaron
mentidos estos requiebros,
es hoy, porque ando á buscar
el sonido y no el afecto.

D. ISABEL.

Sin vida estoy.

JUANA.

No es mal como
el que lleva la del reto. *ap.*

D. CLARA.

¿En fin ya:::? Vamos echando
mas tosigo en el veneno.
¿Ya en fin, satisfecho vienes
de tus injustos recelos?

D. GASPAR.

A tus pies vuelvo rendido.

D. CLARA.

¿Ya yo prometerme puedo
tu firmeza?

D. GASPAR.

Será eterna
la adoracion de mi pecho.

D. CLARA.

Mira, que me ofreces mucho.

D. GASPAR.

Es mucho mas, lo que quiero.

D. CLARA.

¿Y he de ser yo sola, quien
te merezca esos afectos?

D. GASPAR.

¿Eso dudas?

D. CLARA.

No te espantes;
que es poco, lo que merezco.

D. GASPAR.

¿Tú desconfias, bien mio?

D. CLARA.

Juralo pues, y creerelo.

D. GASPAR.

Faltenme esos ojos, Clara,
si no me muero por ellos.

D. CLARA.

Guardete Dios; que del modo,
que si lo viera, lo creo.

D. ISABEL.

Ya no puedo sufrir mas.

JUANA.

Ya se irrita; no es malo esto.

D. GASPAR.

Pareceme, que á esa puerta
anda gente.

D. CLARA.

Raro medio *ap.*
de acabar esta venganza, *turbada.*
me ha ocurrido. Si::: allá dentro
las criadas::: ¿Don Gaspar::: ?
yo á nadie escondido tengo.
Sí::: Juana::: porque yo, como:::
¿Tú no lo vés?

D. GASPAR.

¡Qué es aquesto!

D. CLARA.

Con turbarme, he de empeñarle,
en que apure, lo que quiero. *ap.*

D. GASPAR.

¿Pues quién te ha dicho, que tú
tienes á nadie encubierto?

D. CLARA.

Nadie; pero te conozco,
y desde anoche te temo.

D. GASPAR.

Pues vive Dios; que he de ver
hasta el menor aposento
de la casa.

D. CLARA.

¿Para qué?

D. GASPAR.

Porque en tu semblante veo
señas de tu culpa.

D. CLARA.

¿No
echas de ver (habla quedo)
que si algun amante mio,
aqui te estubiera oyendo:::

D. GASPAR.

Que se saliera á matar,
conmigo, dirás. ¿No es esto?
pues ya es antiguo:::

HORTUÑO.

Señor,
Don Diego es sin duda : entremos,
antes , que pueda achacarse,
Juana , maridos ajenos.
Vén conmigo.

D. CLARA.

Aguarda.

D. GASPAR.

Aparta.
De este modo::: ¡Mas qué es esto!

Corre la cortina , y halla á Doña Isabél, y quedase turbado : van saliendo, y queda enmedio de las dos.

D. CLARA.

Bien se ha hecho.

D. ISABEL.

Muerta salgo.

D. GASPAR.

¡Isabél!

HORTUÑO.

Lindo Don Diego.

D. GASPAR.

¡Pues cómo, Isabél! ¡Pues , Clara,
de qué suerte (á hablar no acierto)
juntas os hállo á las dos!

D. CLARA.

Por ver esto.

D. ISABEL.

Por ver esto.

HORTUÑO.

Mirenle, y luego dirán,
que está la virtud enmedio.

D. CLARA

Ya, falso, alevoso amante:::

D. ISABEL.

Ya, ingrato, vil caballero:::

D. CLARA.

que este desengaño he visto:::

D. ISABEL.

que este desengaño veo:::

D. CLARA.

no podrán vuestras trayciones:::

D. ISABEL.

no podrá el engaño vuestro:::

D. CLARA.

deslumbrar:::

D. ISABEL.

desvanecer:::

D. CLARA.

Mis sospechas.

D. ISABEL.

Mis recelos.

D. CLARA.

Mujeres, escarmiento.
Fuego, fuego en los hombres.

D. ISABEL.

Fuego, fuego.

D. CLARA.

¿No me dexareis hablar?
¿He de quexarme con eco?

D. ISABEL.

Decid; que yo guardaré
mis enojos para luego.

D. CLARA.

Pues yo digo:::

D. GASPAR.

Clara hermosa:::

D. CLARA.

No hay Clara: atended.

D. GASPAR.

Ya atiendo.

D. CLARA.

Pensarás, ingrato amante,
que á mí me hace novedad,
el ver esta variedad
en tu pecho y tu semblante.
Pues no: ninguna se espante,
ni otra accion del hombre espere,
que el que mas gime, y se muere
por vencer nuestro desden,

dice, lo que quiere, bien;
mas no dice, lo que quiere.
El hombre menos traydor,
atrás nuestro engaño dexa,
y está, el ser mejor su quexa,
en que se quexa mejor.
Nosotras, nuestro dolor
no le sabemos decir:
sentirle sí, hasta morir.
¿Pero qué viene á importar,
si nos falta el ponderar,
que es el alma del sentir?
Hoy pues dexa mi pasion
en las quexas, que dá al viento,
la voz de mi sentimiento,
mas no la de mi razon;
y qual suele en la prision
ser lima mas provechosa
la sorda, asi en esta ociosa
prision de ese Dios rapáz,
viene á ser mas eficáz
la quexa menos ruidosa.
Diestro can, que embravecido
venga su cólera ardiente,
usa del rabioso diente
primero, que del latido.
Antes de herir el oído,
mata el rayo: consideren

pues, los que enojos tubieren,
que quexas de una pasion
truenos y latidos son,
que avisan, pero no hieren.
Y asi, ahunque ayrada me vés,
sin mas señas, que irritarme,
advierte, que el no enojarme,
mi mayor venganza es.
Este amor nos cura pues:
mujeres, cese el abuso
de amar, como amor dispuso;
muera el favor y el desden:
y desde hoy mal haya amen,
la que nó entráre en el uso.

D. ISABEL.

Mal haya, amiga, mil veces:
no mas vanos rendimientos.

D. CLARA.

Imitemos sus trayciones.

D. ISABEL.

Sus dobleces imitemos.

D. CLARA.

Y vos, traydor:::

D. ISABEL.

Vos, ingrato:::

D. CLARA.

fementido:::

D. ISABEL.

falso:::

D. CLARA.

necio:::

D. ISABEL.

para quien sois, os quedad.

D. CLARA.

no me veais mas. Idos presto.

LAS DOS.

Mujeres, escarmiento;
Fuego, fuego en los hombres, fuego, fuego.

Detienelas Don Gaspar.

D. GASPAR.

Aguardad; no habeis de iros:
que ya, que en tan grande aprieto
es fuerza, que me declare,
ó lo pierda todo, quiero,
que tú, Isabél, me perdones,
y tú, Clara, mis afectos
admitas, porque desde hoy
eres mi absoluto dueño.

Salen Juana é Inés.

JUANA.

Señora, tu padre ha entrado
por la puerta falsa, y pienso,
que con Don Garcia sube,

y pienso, que está acá dentro.

D. ISABEL.

¡Con él viene Don Garcia!
Pues yo me voy, porque, puesto,
que ya he perdido á este ingrato,
con el despicarme pienso;
y no es bien, que me halle aqui.
Vén, Inés. ¡Pero qué véo!
Mi hermano por acá viene.

D. CLARA.

¡Hay mas peligros!

Salen Don Mendo y Don Garcia.

D. MENDO.

¡Qué es esto!
¿Quién, Don Gaspar:::?

D. GASPAR.

Soy perdido.

Sale Don Diego con un papel.

D. DIEGO.

Ya, ingrata, á traherte vengo
el papel. ¡Pero qué miro!
¡Don Gaspar! ¡Mi hermana, cielos!
¡Qué es esto!

D. GARCIA.

¡Aqui mi Isabél!
¡Don Gaspar aqui! ¡Hay sucesos

mas raros!

D. CLARA.

¡Yo estoy sin vida!

D. ISABEL.

A mí me falta el haliento!

D. MENDO.

Esto ha de ser. Don Garcia,
todos estamos suspensos;
pues venga lo que viniere,
oíd; que yo soy primero.
Vos, que os habeis de casar
con Doña Clara, aqui dentro
veis á Don Gaspar. No dudo,
que os hallareis con recelos;
pues sabed, que Don Gaspar
á Isabél está queriendo.

D. GASPAR.

¡Cómo á Isabél! ¿Qué decís?

D. MENDO.

Que, si ha entrado aqui, es por eso;
porque anoche á mi jardin
saltó desde el de Don Diego.

D. DIEGO.

Eso no: pierdase todo;
que tambien yo soy primero.
Don Gaspar está delante, *echando mano.*
y dirá, lo que hay en eso

D. GASPAR.

Don Diego, aguardad un poco;
que si os hallo muy resuelto,
no lo diré; mas por mí,
y por vuestra hermana, quiero
decir la verdad. Anoche
no entré en casa de Don Diego;
pero me empeñé, en decirlo,
por salir de aquel aprieto.

D. GARCIA.

Al cuerpo me ha vuelto el alma.

D. MENDO *echando mano.*

Pues de esa suerte mi acero
vengue el honor de mi hija.

D. GASPAR.

Tened; que pues que no hay medio,
sino darla yo la mano,
yo se la doy desde luego.

D. MENDO.

Eso es ya preciso.

D. GARCIA.

Y yo,
si la de Isabél merezco,
seré felíz.

D. DIEGO.

Yo lo soy
en que ella tenga tal dueño,
y que con eso se afirme

la amistad en nuestros pechos.

HORTUÑO.

Y yo me caso con Juana,
porque se acabe con esto
el Amor al uso, pues
el casarse es á lo viejo;
y humilde su Autor os pide,
que perdoneis nuestros yerros.

BIEN VENGAS MAL, SI VIENES SOLO,

COMEDIA

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

Si suceden
dos daños, es el menor,
el que ha de elegirse siempre. Jorn. III.

ARGUMENTO.

Enamorado Don Diego de Silva de Doña Ana, hija de un caballero llamado Don Bernardo, habiendo visto en poder de su dama el retrato de Don Juan de Lara, que la habia entregado en depósito con otros papeles de éste Doña Maria, hermana de otro caballero llamado Don Luis, para evitar se los tomase éste, que estaba receloso de su conducta, por considerarla causa de la muerte que á su puerta misma habia dado Don Juan á otro caballero, primo del propio Don Diego, concibe éste extraordinarios zelos, pensando ser aquel retrato de algun amante de Doña Ana. Aumentanse estos zelos con la casualidad de haber visto el mismo Don Diego á Don Juan una noche en la misma casa de Doña Ana; porque Don Bernardo su padre le tenia recojido en ella, para libertarle de las pesquisas de la Justicia. Pero concurriendo todos una noche en casa de Don Bernardo, se descubre la verdad, y el engaño que padeció Don Diego; y dandose satisfacciones, se casa éste con Doña Ana, y Don Juan con Doña Maria.

La escena es en Madrid.

PERSONAS.

DON DIEGO DE SILVA.

DOÑA ANA.

DON BERNARDO, *su padre.*

DON JUAN DE LARA.

DOÑA MARIA.

DON LUIS.

INES, *criada.*

JUANA, *criada.*

GUZMAN, *criado.*

ESPINEL, *criado.*

BIEN VENGAS MAL, SI VIENES SOLO.

JORNADA PRIMERA.

Salen Don Luis y Guzman en trage de noche.

GUZMAN.

Al amor, tiempo y fortuna,
todo es posible, señor.
No hay cosa, que á su rigor
se defienda.

D. LUIS.

Si no es una,
Una sola es imposible.

GUZMAN.

¿Y quál juzgas?

D. LUIS.

La mujer,
quando dá en aborrecer,
que es su condicion terrible:
si yá con fuerza suprema,
el gusto y la bizarría
hace del rigor porfía.
y hace del agravio tema.

GUZMAN.

A la opinion respondiera,
defendiendo, las que son
de aquesa regla excepcion,
si yá tan tarde no fuera.
Entrate á acostar; que el Alba
en los brazos de la Aurora
aljofar y perlas llora;
y los páxaros con salva
despiertan al sol.

D. LUIS.

¡Qué poco
descansará mi dolor!

GUZMAN.

Siempre duerme poco amor.

D. LUIS.

Por lo que tiene de loco.

GUZMAN.

Entremos en casa presto;
que yo, como no he querido,
estoy al sueño rendido.

Cuchilladas dentro.

D. LUIS.

Vamos pues. ¡Pero qué es esto!

GUZMAN.

El ruido adelante pasa.

D. LUIS.

¿Es dentro de casa?

GUZMAN.

Sí.

D. LUIS.

Cuchilladas (¡ay de mí!)
á estas horas en mi casa!
Quien son, tengo de mirar.

GUZMAN.

Ya ellos nos dicen, que son
hombres de honra y de opinion.

D. LUIS.

¿Porque?

GUZMAN.

Riñen, sin hablar.

D. LUIS.

Entra conmigo.

GUZMAN.

Sí haré;
mas ya á la calle han salido.

Salen riñendo Don Juan y otro.

D. LUIS.

Cubierto y desconocido,
mejor la ocasion sabré *ap.*
de mi agravio y mi deshonra.
Por caballeros, si acaso *á ellos.*
un hombre, que sale al paso
con obligaciones de honra,
algunas treguas previene,
á vuestro acero:::

Cae el uno dentro del vestuario.

UNO.

¡Ay de mí!
Muerto soy.

D. JUAN.

Ya á mí, de aqui
ausentarme, me conviene.

D. LUIS.

Caballero, á mí tambien
me conviene, el deteneros,
hablaros y conoceros;
que en esta calle, no es bien,
que nos dexeis empeñados
á un notable desconcierto,
en poder de un hombre muerto.

D. JUAN.

Caballeros embozados,
si el advertir, si el mirar
á un hombre ya tan restado,
en vuestro necio cuidado
no ha merecido lugar,
dadmele por mí; pues no
os vá nada, en conocerme,
ó el lugar habré de hacerme
con aquesta espada yo:
que, ahunque sois dos, vive Dios,
que aqui no me dais cuidado:
que un hombre de bien, restado
una vez, vale por dos.

D. LUIS.

Si restado en un theatro
sangriento el hombre de bien,
importa por dos, tambien,
los dos valdremos por quatro.
Tambien estamos los dos
restados; tambien tenemos
los dos valor, y os habemos
de conocer, vive Dios.

D. JUAN.

Justicia debeis de ser;
que tanto esfuerzo habeis puesto,
en conocerme; y supuesto,
que ello, hidalgos, no ha de ser,

y que yo lo he de estorbar,
como pueda: ya que aqui,
no habeis de pensar de mí,
que lo haré, por escusar
la pendencia; sino solo,
por guardarme y encubrirme,
disponeos á seguirme;
que desde este al otro polo,
mi halientoo llegar desea,
si asi me puedo encubrir;
que, quien me ha visto reñir,
poco importa, que me vea
correr; pues haciendo alarde
de valiente y recatado,
verá, que huye de halentado,
quien no huyera de cobarde. *VASE.*

D. LUIS.

Siguele, Guzman.

GUZMAN.

Apenas
el viento podrá.

D. LUIS.

¿Qué haremos,
en tan dudosos extremos
de desdichas y de penas?

GUZMAN.

Señor, si el riesgo miramos,
que en esta calle tenemos

muerto un hombre, mal hacemos
en estár en ella. Vamos
á casa; pues lo que aqui
puede detenernos, es,
saber quién es, y despues
ello se sabrá; que asi,
encubrirse, no es posible:
y al fin seguros sabremos,
lo que ahora no podemos,
sin la evidencia infalible
de encontrarnos aqui (y mas,
si amanece) alguien, què oyó,
que de tu casa salió
la pendencia.

D. LUIS.

Tú me dás,
Guzman, el mejor consejo,
si mi pena y rabia fiera,
para admitirle, estubiera.

GUZMAN.

Al tiempo tus dudas dexo.

D. LUIS.

No me determino en esto;
porque en grande riesgo estoy,
si me quedo y si me voy.
¡Ay, hermana, en qué me has puesto!

Sale Espinel.

ESPINEL.

Ya la calle sosegada
de la pendencia se vé;
agora salir podré,
sin recelarme de nada.

GUZMAN.

Otro hombre solo ha salido
de casa.

D. LUIS.

¡Ay rigor cruel!

GUZMAN.

¿Qué hemos de hacer?

D. LUIS.

Saber de él,
lo que habemos pretendido.
¿Quién vá?

ESPINEL.

Si ese acero ya
ocupado el paso tiene,
pregúnte: ¿quién se detiene?
y, no pregúnte: ¿quién vá?
Pues no vá un hombre; que aquí,
no tiene, por donde pueda;
y mas, que se vá, se queda.

D. JUAN.

Diga, quíen es.

ESPINEL.

Esto sí.
Agora, que ha preguntado
en forma, responderé,
quien soy, he sido y seré.

D. LUIS.

Decid presto.

ESPINEL.

Soy criado
de un honrado caballero
Andaluz y Granadino
que á la Corte á un pleyto vino,
con mas amor, que dinero.
Este aqui gastando pasa
la vida: y fue de su llama,
causa, señor, una dama,
que vive en aquesta casa.
Hoy, que en ella hemos entrado,
á acechar por una rexa
de ese patio, que no dexa
mayor lugar el cuidado
de un caballero, que es
su hermano, un hombre se entró
trás nosotros, que obligó,
ó atrevido ú descortés,
á decirle: ¿qué esperaba?
El, ó galan ó celoso
de la dama, muy brioso,

le respondió : que allí estaba,
porque en el mundo no habria,
quien del puesto le quitáse,
estorbáse ó no estorbáse.
Entonces la bizarría
de mi amo respondió
con el acero: riñeron,
y hasta la calle salieron.
Lo demás, no lo ví yo;
porque entre el confuso ruido,
entre el rigor impaciente,
yo, como no soy valiente,
me quedé en casa escondido:
porque fuera cobardía,
reñir, con quien solo estaba,
dos; y que donde me hallaba,
hubiese superchería.
Esta es la trágica historia.
Y, pues habeis entendido,
quien soy yo, seré y he sido,
aquí paz, y despues gloria.

D. LUIS.

Valgame el cielo. ¡Qué haré?
Mi duda en tus manos dexo,
Guzman.

GUZMAN.

Señor, mi consejo
es ahora, el que antes fué.

Retiremonos del daño,
que aqui tan preciso es,
te satisfarás despues,
si con este desengaño,
te pudieres consolar:
pues si este hombre mas supiera,
mas dixera.

ESPINEL.

Si dixera;
mirad, si hay que preguntar,
que sino, me atrevo á ir
sin licencia de los dos.

D. LUIS.

Estoy por matar, por Dios,
á este hombre.

GUZMAN.

Eso es decir,
quién eres; y mejor es,
no darse por entendido,
sino cuerdo y atrevido
salir á todo despues.

D. LUIS.

El nombre al punto declara
de tu amo.

ESPINEL.

Eso al instante;
que soy doncel de Clarante.
Llamase Don Juan de Lara,

D. LUIS.

No le conozco.

ESPINEL.

Es favor
del cielo: al mismo pluguiera,
que yo no le conociera.
¿Pero no me dais, señor,
licencia?

D. LUIS.

De mala gana.

ESPINEL.

Yo tan obediente soy,
que de muy buena me voy. *vase.*

D. LUIS.

¡Ay honra mia! ¡Ay hermana!
Mas tu acuerdo he de tomar:
á la fortuna dexemos
este suceso; y entremos
en casa, á disimular
las penas y los enojos,
haciendo á nuestros agravios
estrecha carcel los labios,
ultima linea los ojos.
Yo fingiré mis desvelos,
porque es un despertador
de las horas del amor
el hombre que pide zelos.
Y asi, en callar y fingir,

mas el dolor se acrisola,
que zelos de la honra sola
una vez se han de pedir.

VANSE.

Salen Doña Ana é Inés.

INES.

¡Qué ayrosa te has levantado!
Esta vez sola, señora,
no hiciera falta la aurora,
quando en su cristal nevado
dormida hubiera quedado;
pues tu luz correr pudiera
la cortina lisonjera
al sol, siendo sumillér
de uno y otro rosiclér,
deydad de una y otra esfera.
Bien el concepto Hespañol
dixera, viendote ahora:

D. ANA.

¿Qué?

INES.

Que en tus ojos, señora,
madrugaba el claro sol:
dixera, al ver tu arreból,
quien á tu rigor se ofrece,
quien tus desdenes padece,
Don Luis:

D. ANA.

¡La lengua deten;
que eres la primera, en quien
la alabanza desmerece.
Tu discurso, dando igual,
Inés, el gusto y enfado
fue caballo desbocado:
corrió bien, y paró mal.

INES.

No te precies de leal
tanto; porque no ofendió,
á quien tu amor mereció,
mi voz. ¿Qué mujer se enfada,
señora, de ser amada?

D. ANA.

Yo sola, Inés; porque yo
temo en pensarlo, que ha sido
ofendido aqui el honor.

INES.

Las ceremonias de amor
ese escrupulo han tenido
en el pecho del marido;
pero en el galan no es justo;
que uno es honor, y otro es gusto;
y no advertir, es error,
lo que hay del gusto al honor.

D. ANA.

¡Qué argumento tan injusto!

Ofender, Inés, no es bien
lo que ha de quererse, y piensa,
que quien al gusto hace ofensa,
se le hará el honor tambien;
que si en el alma se ven
gusto y honor, quien provoca
su ofensa atrevida y loca,
al alma ofende; y no es justo;
porque el agravio del gusto,
tambien al alma le toca.
Yo (bien lo sabes) ya oí
á Don Diego, yo le amé;
eleccion y fuerza fue;
fuerza, porque me rendí;
y eleccion, porque me ví
con sus prendas estimadas
gustosa; y asi me enfadas;
y es tiranía, pensar,
que hayan las amas de amar
al gusto de sus criadas.

Salen Doña María y Juana.

D. MARIA.

¡Qué descuidada estarias
de tener, bella Doña Ana,
visita tan de mañana!
Dete Dios muy buenos dias.

D. ANA.

Si tú los rayos envias
del dia al amanecer,
es fuerza, que hayan de ser
muy buenos. Dame los brazos.

D. MARIA.

Serán nudos, serán lazos,
á quien no pueda romper
la muerte.

D. ANA.

Vén al estrado.

D. MARIA.

No: bien estamos aqui. *Toman sillas.*
Sientate, porque de tí,
vengo á fiar un cuidado
tan grande, que me ha dexado
con vida; porque no fuera
gran cuidado el que pudiera
darme á mí la muerte, pues
la pena que mata, es
la pena mas lisonjera.

D. ANA.

Que es el rostro, oí decir,
en el gusto ó la pasion,
un papel del corazon,
donde se suele escribir
la pena; y si yo argüir
puedo de tí alguna cosa,

sin duda es pena dichosa,
la que tu pecho recibe,
pues en tu rostro se escribe
con jazmín, clavel y rosa.

D. MARIA.

Ay amiga, muerta vengo,
y solamente de tí
me atrevo á fiar aquí
un gran disgusto, que tengo.

D. ANA.

Ya para oír, me prevengo;
prosigue.

D. MARIA.

Conmigo lucha
la vergüenza, porque es mucha,
y muchas las ansias mias.

D. ANA.

Bien sabes, de quien te fias.
Dí: no temas.

D. MARIA.

Pues escucha.
Yo, bellísima Doña Ana,
(que ya negarte no es bien
secretos, que tantas veces
á mí misma me negué)
Yo::: (no sé, por donde empiece;
pero qué importa, si sé,
por donde acabe (¡ay de mí!)

Yo ví, yo quise, yo amé:::
Ya no tengo que dudar,
ni tú tienes que saber,
pues en que yo ame se cifran,
por decirlas de una vez,
quantas desdichas pudiera
repetir y encarecer.
No fue la mayor de todas,
con ser tan grande, el querer,
sino las que se siguieron
á la primera: porque
nunca viene solo un mal;
y asi, en el mundo se vé,
que del mal qne viene solo
se debe dar parabien.
El favor que mereció
de mí un caballero, fue
dar licencia á ojos y oídos,
para oír, y para ver,
lo turbado de la voz,
lo advertido de un papel.
Mirabale pues de dia,
de noche le hablaba pues
por una rexa, á las horas
que mi hermano, amante fiel
de tu hermosura, rondaba
tu calle; que ya lo sé
todo, pues hasta esto debo

agradecerte tambien.
Anoche, estando conmigo,
sentimos, Doña Ana, que
á la rexa se acercaba
con lento y turbado pie
un hombre: causó á los dos
grande novedad, por ser
dentro de casa la rexa
donde hablabamos; si bien,
á mí me dió el corazon,
que era un caballero, á quien
(y fue la verdad) habia
muchos años mi desdén
desengañado. Don Juan,
en viendole, se fue á él.
Pocas razones se hablaron,
que yo apenas escuché,
quando el acero los dos
de la causa hicieron Juez.
Mira tú, valído éste,
mira tú zeloso aquel,
cómo los dos reñirian:
y bien se dexa entender,
que con zelos y favores,
dicen, que se riñe bien.
Salieron pues á la calle,
donde::: (¡Ay amiga! no sé
cómo prosiga) cayó

muerto el uno. Echa de ver,
pues que yo quedé con vida,
que el aborrecido fué:
si bien es fuerza, que sienta
el caso por mí y por él;
que al fin le costó el quererme
la vida, y no fuera ley
humana, que hasta las aras
le acompañase cruel.
Vino mi hermano á este tiempo;
lo que vió, yo no lo sé;
lo que ha sospechado, sí;
pues aunque se quiso hacer
desentendido, me dió
con acciones á entender
su sentimiento; que agravios
no se disimulan bien.
Con esto, apenas el dia
empezaba á amanecer,
quando vine, á darte parte
de mi desdicha, y tambien
á fiar de tí mi alma,
mi honor, mi vida y mi ser.
Lo que tú has de hacer por mí,
lo que de tí quiero, es,
que con secreto me guardes
estos papeles, que vén
tus ojos, y este retrato,

que no es bien, que en mi poder
estén prendas, que descubran
los extremos de mi fee,
quando zeloso mi hermano
de ellos pudiera saber
su agravio, porque hablan mucho
una pluma y un pincél.
Secretario de mi amor,
tu pecho, amiga, ha de ser,
archivo tu corazon:
guardame secreto en él,
y no leas por tu vida,
ahunque en tu poder estén,
los papeles, que te doy;
porque ahunque discreto es
su dueño, á una necedad
la dá estimacion tal vez
la ocasion, en que se dice,
y no es discreto un papel,
sino en manos de su dueño:
que á quien desde afuera vé,
como ignorante de amor,
nada le parece bien.

D. ANA.

Bien pudiera, amiga hermosa,
tu pena en la condicion
mas dura hacer impresion,
por tuya, y por amorosa.

Mira, le que hará en un pecho,
que te quiere; y finalmente,
que ya por tan propia siente
tu desdicha, satisfecho
de que perderá por fiel
la vida y alma por tí;
mira, qué quieres de mí;
mira, lo que quieres de él;
porque guardarte un retrato,
dos papeles, y un secreto,
son acciones, te prometo,
á que el pecho mas ingrato
no se pudiera negar,
quanto mas, amiga, el mio,
que sin razon, ni albedrío,
tan obediente ha de estar
á tu gusto; y pues que sabes,
que ésta es sencilla verdad,
no fio la voluntad
á juramentos mas graves.
Y dime, para que yo,
sin temer, ni dudar nada,
de todo quéde informada,
¿qué escandalo se causó
en la calle, y qué se dice
del muerto, y qué hicieron de él?

D. MARIA.

Aquel asombro cruel,

aquel estrago infelice
en una silla llevaron
á su casa ; y solo sé,
que la voz entonces fue,
de que acaso le mataron
en la calle, sin que alguno
dixese cómo, ni quién:
que no se sabe:::

D. ANA.

Está bien;
y ya el fracaso importuno
sucedido, dicha ha sido,
no darte la culpa á tí,
y haberse callado asi,
que de tu casa ha salido
la pendencia.

D. MARIA.

En este estado
está mi pena hasta hoy;
y porque es tarde, me voy;
que no me dexa el cuidado,
que he trahido, sosegar.

D. ANA.

Pesame, de que haya sido
cuidado, el que te ha trahido,
y con tanta causa, á honrar
mi casa ; solo te pido
en noble satisfaccion

de la amistad y aficion
con que siempre te he servido,
me avises, de quanto pase;
que ya vés, cómo me dexas.

D. MARIA.

Mis lagrimas y mis quexas
quiso amor, que mitigase
á tus umbrales; y asi
á consolarme vendré
de todo á ellos.

D. ANA.

Ya sé,
que me dexas prenda aquí,
que te traherá alguna vez,
porque estando el dueño ausente,
podrá el retrato:::

D. MARIA.

Detente,
porque hago al Cielo Juez,
que ahunque le estimo y le quiero,
y pudiera traherme, ya
tu amor, Doña Ana, será
el que me trayga primero. *vanse.*

D. ANA.

¿Inés?

INES.

¿Señora?

D. ANA.

¿Has oído
todo lo que pasa?

INES.

Sí;
y dudar eso de mí,
pregunta escusada ha sido
por dos razones.

D. ANA.

¿Y son?

INES.

La una, porque sirviendo,
era forzoso, que viendo
á mi ama en conversacion,
yo me llegase á escuchar,
lo que hablaba; que ésta es
ley nuestra, porque despues
tubiese que murmurar.

D. ANA.

Hablando quedo, decia
una dama, que llamaba
su criada, y no mentia;
que lo que mas quedo hablar
era lo que mas sentia.

INES.

Es la segunda razon,
para haberlo yo sabido,
haber con Juana tenido

aparte conversacion;
y nosotrás no tenemos
otra cosa de que hablar,
sino solo de contar
todo aquello que sabemos
de nuestras amas; y así,
por dos partes lo supiera:
pues Juana me lo dixera,
quando no lo oyera aquí.

D. ANA.

¿Pues ya que todo lo sabes,
no mirarémos, Inés,
quién aquel Adonis es,
que causa extremos tan graves
en condicion tan altiva?

INES.

El retrato lo dirá.

D. ANA.

Tén los papeles allá.

Dale unos papeles, y vé el retrato.

INES.

Descubre esa imagen viva,
á quien pincél y color
dán alma, para que aquí
sepa hablar. Mas ¡ay de mí!

D. ANA.

¿Qué ha sido eso?

INES.

Mi señor.

D. ANA.

Ten: guarda el retrato luego.

INES.

Cobrate; que te has turbado.

D. ANA.

No estoy en mí: tén cuidado.

INES.

Entre bobos anda el juego;
mas leyendo un papel viene:
no trahe recelo de nada.

Salen Don Bernardo leyendo un papel, y Espinel.

D. ANA.

Parece, que no le agrada,
lo que la letra contiene.

D. BERNARDO *leyendo.*

La vida me vá, el hablaros con secreto, y no me importa menos; esperadme en vuestra casa, y procurad estar solo en ella.

Don Juan de Lara.

D. BERNARDO.

En extraña confusion
me ha dexado este papel.

¡Qué querrá decirme en él
Don Juan, que la prevencion,
y la brevedad declara
gran secreto, y gran cuidado!
¿Decidme, vos sois criado
del señor Don Juan de Lara?
Pero no me respondais,
hasta que solos estemos,
porque temo los extremos,
que él escriba, y vos mostrais.
¿Ana, tú estabas aquí?

D. ANA.

Que acabases de leer
esperé, para saber
de tu salud y de tí.

D. BERNARDO.

Yo estoy bueno: vete ahora;
porque me importa, quedar
solo; que tengo que hablar
con este hidalgo.

INES.

¡Ay señora,
qué haré del retrato!

D. ANA.

Inés,
esperar adentro un rato
á mi padre; que el retrato
ya le verémos despues.

vanse.

D. BERNARDO.

Decidme ahora, soldado,
¿sois criado de Don Juan?

ESPINEL.

Mis desdichas lo dirán.

D. BERNARDO.

¿Qué es esto, que le ha pasado;
que con tantas prevenciones
me escribe?

ESPINEL.

Yo no lo sé;
porque á esas horas me hallé
rezando mis devociones.
Anoche le sucedió
allá no sé qué desmán.

D. BERNARDO.

Mocedades de Don Juan
serian.

ESPINEL.

Mas pienso yo,
que vejeces.

D. BERNARDO.

¿Fue de amor
la causa?

ESPINEL.

Si te confieso
la verdad, amor fue.

D. BERNARDO.

¿Y eso
no es mocedad?

ESPINEL.

No, señor,
sino vejéz.

D. BERNARDO.

¿Qué pasó?

ESPINEL.

No lo sé; pero yo infiero,
que dió muerte á un caballero.

D. BERNARDO.

¿Qué decís?

ESPINEL.

Lo que él contó.

D. BERNARDO.

¡Muerte á un caballero!

ESPINEL.

Sí.

D. BERNARDO.

¿Y esta no fue mocedad?

ESPINEL.

Heregía es en verdad,
creer eso.

D. BERNARDO.

¡Cómo asi!

ESPINEL.

A Caín traygo por Juez:

la Fé en la Escritura advierte,
que no es mocedad, dar muerte,
sino la mayor vejéz.

D. BERNARDO.

¡Qué gracias, señor, tan frias!
Dexadlas ya: porque son,
para quien habla en razon,
necias las bufonerías;
y decidme, donde queda
Don Juan.

ESPINEL.

En San Sebastian
espera un coche Don Juan
de un amigo, donde pueda
venir acá; que no quiere,
porque no os canseis por Dios,
que fuesedes allá vos;
y asi criado de aviso
vine yo.

D. BERNARDO.

Pues vamos presto;
que no quiero, que de alli
salga, y suceda por mí
un disgusto.

ESPINEL.

Ya es en esto
la diligencia escusada;
que Don Juan del coche sale.

Sale Don Juan.

D. JUAN.

Besoos la mano, señor
Don Bernardo.

D. BERNARDO.

Dios os guarde,
señor Don Juan.

D. JUAN.

Novedad
os habrá hecho muy grande
el papel, y la visita.

D. BERNARDO.

Estilo extraño, y lenguage;
pero dispuesto á serviros
con mi hacienda, con mi sangre,
con mi honor, y con mi vida.

D. JUAN.

Tomad silla, y escuchadme.
Ya sabeis el amistad, *sientanse.*
que profesais con mi padre,
señor Don Bernardo, y ya
sabeis, que es fuerza ampararme
por él, por vos y por mí
en qualquier desdicha ó trance,
que me suceda: por él,
por las grandes amistades,
que los dos teneis cursadas

en las escuelas de Marte,
donde, á ser buenos amigos
aprenden, los que no saben:
por mí, porque hoy en la corte
no tengo en mi amparo á nadie:
por vos, porque sois quien sois,
y es fuerza, que pechos tales
amparen y favorezcan,
á quien humilde se vale
de su favor; y asentado,
que habeis, señor, de ayudarme
por él, por vos y por mí,
voy con el caso adelante.
Anoche, por no cansaros,
con ocasiones muy grandes
á las puertas de una dama
principal, ilustre y grave,
á un caballero, señor,
dí la muerte en una calle.
De este suceso, no sé,
si se ignora, ó si se sabe
el agresor; y asi estoy
en este caso cobarde;
porque hay criados, que fueron
de mi amor participantes.
Si me estoy en mi posada,
es muy posible, buscarme,
hallarme en ella, y prenderme.

Si pretendo, que me guarde
Iglesia ó Embaxador,
es darme luego por parte,
y culparme yo á mí mismo;
y asi quisiera á una parte
ni pública ni secreta
unos dias retirarme.
Con esto estaré á la mira,
seguro, que no me hallen,
si me buscan; y si no
me buscan, aventurarse
puede poco, en esconderme;
que ahunque pudiera indiciarme
la fuga, no es en la corte
caso posible, ni facil,
á un forastero echar menos.
No tengo de quien fiarme,
sino es de vos; ved ahora,
dónde podré estar; y amparen
vuestros años á un rendido
huesped, que de vos se vale,
amigo, criado, y esclavo,
que llega á vuestros umbrales,
que en vuestras manos se pone,
y que á vuestras plantas yace.

D. BERNARDO.

Vos discurristeis tan bien
á riesgos y hostilidades,

que á mi discurso, Don Juan,
poco ó nada le dexasteis,
que hacer por vos. Bien decís;
pues estando en una parte
retirado, podré yo
secretamente informarme
de todo lo que se dice,
ó se imagina, ó se sabe;
y conforme esto, veremos
lo que convenga; y pues tales
discursos no me dexaron
lugar á mí, de mostrarme
en esta parte advertido,
liberal en esta parte,
quiero hacer algo por vos;
y asi, en tanto que ahora pase
la furia, ha de ser mi casa,
Don Juan, la que os tenga y guarde.
No teneis que disculparos;
que fuera necio desayre,
venir á mí por consejo,
y volveros, sin tomarle.

D. JUAN.

Dadme mil veces los brazos.

D. BERNARDO.

Solo ahora falta (escuchadme)
que los criados, que os vieron
ahora entrar, se desengañen

de que os volvisteis; y asi
es el desvelo importante.
Despedid ese cochero:
demos la vuelta á otra calle,
y entraremos, sin que os vean.

D. JUAN.

Para todo es bien, que halle
favor, el que en vos le busca. *vase.*

D. BERNARDO.

Ya os sigo; salid delante.
¿Ana?

D. ANA *saliendo.*

¿Señor?

D. BERNARDO.

Ese quarto
baxo, que á esta quadra sale,
se aderece; que tenemos
huesped. A Dios.

D. ANA.

El te guarde.

Sale Inés.

INES.

¿Se fue, señora?

D. ANA.

Se fue.

INES.

Puesto, que solas estamos,

este retrato veamos
de aquel Adonis, porque
muero, por verle.

D. ANA.

¿Y en eso
qué te vá?

INES.

Graciosa estás;
saber una cosa mas,
que contar despues.

D. ANA.

Confieso,
que es curiosidad, que á mí
me ha movido; muestra pues
ese retrato.

INES.

Este es. *ruido.*

D. ANA.

Mas mira, quién anda alli.

INES.

¡Ay señora!

D. ANA.

¿Qué?

INES.

Don Diego,
que como á tu padre vió
salir fuera, en casa entró.

D. ANA.

Ahora á mas penas llego;
pues de verme á mí con él,
gran disgusto me prometo,
ó he de romper el secreto.
Lance será mas cruél,
si le vee, que si le viera
mi padre.

INES.

Ahun bien, que sabemos
la escapatoria.

D. ANA.

¿Qué haremos?

INES.

Lo mismo que antes.

D. ANA.

Espera;
que ahora yo le esconderé.
¡Mas ay!

INES.

Qué fué?

D. ANA.

Caerseme al suelo. *caesele.*
Si le alzo, daré recelo.

INES.

Pondréle yo encima el pie.

D. ANA.

Pues no te apartes de ahí.

INES.

El pisarle, no dilato.

D. ANA.

Valgate Dios por retrato.

Sale Don Diego.

D. DIEGO.

Luego que á tu padre ví,
Ana hermosa, me atreví
á entrar á verte, y no ha sido
poco, pues me ha sucedido,
una desdicha tan fuerte,
que á mi primo han dado muerte.
¡Ya verás, si lo he sentido!
¿Pero cómo me recibes
tan cruél? ¿Qué novedad
divierte tu voluntad?
¿ó por qué enojada vives?
Que en tu rostro hermoso escribes,
penas y enojos; turbada
estás al color negada
de tus mexillas, ¿Qué ha sido?
¿Qué tienes? ¿Qué ha sucedido?

D. ANA.

Engañaste: porque nada
me suspende, ni divierte.
¿Qué novedad es en mí
turbarme, de verte aqui

con el riesgo, que se advierte,
si mi padre:::?

D. DIEGO.

De otra suerte,
Doña Ana, me recibias
otras veces, y tenias
el mismo riesgo que ahora.
¡Oh, cómo el alma no ignora:::!

D. ANA.

Prosigue.

D. DIEGO.

¡desdichas mias!

D. ANA.

¿Qué vés tú, de que lo arguyas?

D. DIEGO.

La lengua aqui pronunció
desdichas mias, por no
decir:::

D. ANA.

¿Qué?

D. DIEGO.

mudanzas tuyas.
Y para que al fin concluyas
de una vez, en darme muerte,
quedate con Dios, y advierte,
que en sentimiento tan justo,
para no verte con gusto,
tengo por mejor, no verte.

D. ANA.

¡Asi, Don Diego, te vas!
Espera.

D. DIEGO.

O me tengo de ir,
Doña Ana, ó me has de decir,
de qué tan turbada estás;
que en tu semblante me dás
muestras de gran sentimiento.

INES.

Yo te lo diré; oye atento.

D. ANA.

¿Qué has de decirle, si aquí
no hay nada?

INES.

Fia de mí;
que hablarte verdad intento.
Está triste mi señora,
y es muy justa su querella.

D. DIEGO.

Calla, Inés: el labio sella.
Ya que mi vida no ignora,
que has tenido causa ahora
de estar triste, dí, ¿quál es?
Retirate tú allá, Inés,
y dirasme luego á mí
esa ocasion, porque así,
si no conforman despues

los dos dichos, sabré yo,
que me tratas con engaño.
Para ver un desengaño,
esta industria me enseñó *ap.*
la Justicia.

D. ANA.

Pues llegó
á ese exâmen tu cuidado;
retirate aqui á este lado,
y diréte lo que ha sido.
¿Oyes, Inés?

INES.

Ya he entendido.

Lleva á Don Diego hácia adelante, y hace señas á Inés.

D. DIEGO.

¿Qué la dices?

D. ANA.

¿Yo la he hablado?
Porque no pienses de mí
esto, antes digo, que quando
contigo esté aparte hablando,
no se quite ella de allí.
Clavada has de estar ahí,
Inés.

Ponese Inés sobre el retrato.

D. DIEGO.

Pues dime en secreto,
¿quién ocasionó este efeto
de tu tristeza?

D. ANA.

Aqui ha sido
un enfado, que he tenido
con mi padre, y te prometo,
que, porque son niñerías
caseras, he resistido,
el que tú lo hayas sabido;
porque fueran boberías,
contarte, á tí demasías,
del que á ser viejo llegó,
si se gastó, ó no gastó,
cosa que, si en casa pasa,
es buena dentro de casa,
mas para contada no.

Aparta á Doña Ana, y llama á Inés.

D. DIEGO.

Ya tú has dicho. ¿Inés?

INES.

No puedo
dar paso adelante yo.
Mi señora me mandó,
que me estubiese á pie quedo;
tengo á sus preceptos miedo;

de aquí no me he de quitar:
como Tudesco he de estar
resistiendo hielo y fuego.
Lleguese el señor Don Diego,
si tiene que preguntar.

D. ANA.

Vete.

INES.

¿Quieres tú?

D. ANA.

¿Pues no?
Y si sospecha tubiste,
donde Inés estaba (¡ay triste!)
me quedaré agora yo.
Hablala allá.

D. DIEGO.

¿Quién causó
la tristeza de Doña Ana?

INES.

¡Qué le diré! Esta mañana:::

Vuelve Doña Ana al puesto de Inés, quiere cojer el retrato, y velo Don Diego.

D. ANA.

¡Oh, si ya cojer pudiera
el papel, sin que me viera!

D. DIEGO.

Aguarda, que no fue vana

mi sospecha. ¿Qué papel
es este, que está en el suelo?

INES.

¡Papel!

D. DIEGO.

Sí.

D. ANA.

Valgame el cielo!
¡Qué sospecha tan cruel!

D. DIEGO.

¿Pero, si saberla de él
puedo, por qué á dudar llego?

INES.

Dímos con todo en el fuego.

D. ANA.

Temor, el alma me robas.

INES.

Pareceme, que entre bobas
andubo esta vez el juego.

D. DIEGO.

Retrato es, y dice asi
el papel, en que está envuelto:
enviandole á su dama
con un retrato: Soneto.

Quando sutil pincél me repetia,
yo en vos, hermoso dueño, imaginaba:
y tanto en vos mi amor me transformaba,
que en vos el alma, mas que en mí vivia.

Y asi, quando volver quiso á la mia,
ya en dos mitades dividida estaba;
y ella, entre dos semblantes, ignoraba,
á qual de aquellos dos asistiria.
Asi el retrato, á quien el alma muestro,
(partiendole mi amante desvarío)
por parecer ser mio, vá á ser vuestro;
Y por ser vuestro, ya parece mio:
porque el pincel le iluminó tan diestro,
que retrató tambien el albedrío.

El castellano epigrama
es docto, elegante y cuerdo
y de conceptos y voces
florido, elegante y crespo.
Abrió con llave de plata,
para cerrar el concepto
con llave de oro. Advertido,
guardó rigor y precepto.
En retrato y en papel
iguales se compitieron,
pincel y pluma: retrata
el pincél gala en el cuerpo,
brio y perfeccion: la pluma
pinta en el alma el ingenio.
Tomad Soneto y retrato,
y goceisle, ruego al cielo,
en vida del nuevo amante,
por muchos años y buenos:

y á Dios, que las quexas fueran
buenas sobre amor y zelos;
pero sobre agravios no:
y estos son agravios ciertos.

D. ANA.

¿Ha dicho vuesa merced?
Pues escuche ahora atento,
diré yo.

D. DIEGO.

¿Qué has de decir?

D. ANA.

Mis disculpas, con que puedo
satisfacerte.

D. DIEGO.

Podrás
poco ó mal. Y asi no quiero
escuchar satisfacciones,
que me maten.

D. ANA.

Yo me acuerdo,
de que otra vez me dixiste,
Don Diego, en un caso de estos:
dame una satisfaccion;
que ahunque sepa yo de cierto,
que es mentira, lo creeré,
engañandome á mí mesmo,
porque te disculpes tú.

D. DIEGO.

Es verdad: yo lo confieso.
¿Mas sabes tú lo que vá
desde sospechas de zelos
á evidencias?

D. ANA.

¿Quáles son?

D. DIEGO.

Turbarte tú, lo primero:
engañarme, lo segundo:
hallar el retrato puesto
á tus pies; que, ahunque pintado,
te reconoció por dueño.

D. ANA.

Turbarme yo, no fue culpa.

D. DIEGO.

¿Pues qué pudo ser?

D. ANA.

Respeto,
que debes agradecerme:
ponerle á mis pies, troféo
de tu amor; pues, porque entrabas,
hice de él tanto desprecio.

D. DIEGO.

A todo has de hallar razones:
yo me rindo; y desde luego,
si quieres satisfacerme,
me daré por satisfecho,

á trueco, de que me dexes
ir.

D. ANA.

Pues oye, y vete luego.

D. DIEGO.

¿Qué querrás decirme? Que este
retrato es de un caballero,
que vino á ver tu padre,
que se le cayó en el suelo.
Querrás decirme, que ha sido
un tratado casamiento,
y que tu padre le traxo,
quizá porque es forastero?
Querrás decirme, que fue
de una amiga; que por miedo
de su padre ó su marido,
te le traxo á tí en secreto.
¿Quál de estas cosas eliges
por disculpa? Díla presto;
que, porque me dexes ir,
la que tú escojieres, creo.
¿Quieres mas?

D. ANA.

No quiero mas;
que ya solamente quiero,
que te vayas.

D. DIEGO.

¡Que me vaya!

D. ANA.

Que te vayas; pues fue cierto,
que si te detube, fue,
por decirte de secreto
la verdad; ya tú la sabes:
una es de las que has propuesto:
y asi ni tú que saber,
ni yo que decirte, tengo.

D. DIEGO.

Ya que yo he dado las armas,
Doña Ana, contra mí mesmo,
solo una cosa te pido;
y es:::

D. ANA.

No temas; díla presto.

D. DIEGO.

Que, pues tienes tres disculpas,
en que escojer, y yo creo,
que es lo mismo una que otra,
que elijas el casamiento,
que es, de los tres, menor mal.

D. ANA.

¿Pues no fuera mas mal, siendo
el galan que le perdió?

D. DIEGO.

No; porque es claro argumento,
que una mujer principal
nunca dixo, galan tengo,

y tengo marido, sí:
con que son mayores zelos
de marido, quanto vá
de ser dudoso, á ser cierto;
pues aquesto es, sospecharlo,
y esotro fuera, saberlo.

D. ANA.

Pues ni zelos de marido,
ni de galan son, ni fueron;
que una amiga me le dió.

D. DIEGO.

Tomaste el mejor consejo.

D. ANA.

Sí; que es decir la verdad.

D. DIEGO.

Pues dime, quál es, supuesto
que ya lo sé.

D. ANA.

Es imposible.

D. DIEGO.

¿Por qué?

D. ANA.

Importame el secreto.

D. DIEGO.

¿Importa mas que mi vida?

D. ANA.

Baste decir, que no puedo,
decirlo.

D. DIEGO.

No es grande amor amor, que guarda silencio.

D. ANA.

Importan honras y vidas los secretos.

D. DIEGO.

Yo lo creo, Mas honras y vidas saben aventurarse, queriendo.

D. ANA.

Las propias sí.

D. DIEGO.

¿Y es ajena la mia?

D. ANA.

No: mas por eso te desengañé.

D. DIEGO.

No hicieras, si yo no diera el remedio. U díme, quién es la amiga, ó no lo creeré.

D. ANA.

No puedo.

D. DIEGO.

Mujer eres, e poco importa, que descubras un secreto.

No aspires, Doña Ana, á ser
el prodigio de estos tiempos.

D. ANA.

Quien fue prodigio de amor,
sabrá, serlo del silencio.

D. DIEGO.

No quiere, la que á su amante
no descubre todo el pecho.

D. ANA.

No es noble, quien le descubre,
quando vá una vida en ello.

D. DIEGO.

¿En fin no lo has de decir?

D. ANA.

No.

D. DIEGO.

Pues en nada te creo.

D. ANA.

Valgate Dios por retrato,
en qué confusion me has puesto.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Don Bernardo y Doña Ana.

D. BERNARDO.

No lo he podido excusar,
y hospedarle, me conviene.

D. ANA.

Un hombre, que en casa tiene
una hija por casar,
bien excusarse pudiera
á huesped, que es tan galan.

D. BERNARDO.

Tengo al padre de Don Juan
obligaciones, y fuera
el hombre de mas vil trato
del mundo, si lo negára
yo, y en su ausencia faltára
á honras y deudas, ingrato.
Acuerdome, que le debo
la vida; y un traydor cruel
me mata, si no es por él:

mira, si en vano me muevo.

Sale Don Juan.

D. JUAN.

De mi aposento salí
con ánimo, de llegar
á vuestros pies, á pagar
la merced que recibí,
con razones solamente;
que con obras no podré,
y en mirandoos, me turbé.
Confieso, que dignamente;
porque al dar satisfaccion
de dicha y merced tan alta,
falta voz á la voz, falta
á la razon la razon.
Y ya, que gracias no puedo
dar, daré quexas de vos,
señores; pues de los dos,
con causa ofendido quedo:
pues al temor que me indicia,
huyo persona y hacienda,
que la justicia me prenda;
y entrambos, sin ser justicia,
me prendeis. Y no es, sospecho,
sino verdad, la que veis;
pues hoy los dos me poneis
en obligacion, que el pecho
satisfacer no pudiera,

si con la vida pagára:
y ésta á pagar no llegára,
con mil vidas, que tubiera.

D. BERNARDO.

Señor Don Juan, cumplimientos
de ociosas urbanidades
ofenden las amistades
sencillas, sin fingimientos.
Esta es vuestra casa; en ella
os servirán: no la hagais
prision; pues tan libre estais,
que teneis las llaves de ella.

D. ANA.

No, señor: no digais tal:
dexad, que en esta ocasion
haga la casa prision,
pues le vá en ella tan mal.
Muy bien se lo ha parecido;
razon debe de tener;
pues que prision viene á ser,
donde está tan mal servido.

D. JUAN.

Que es prision, yo lo confieso
otra vez, y con razon,
donde vive el corazon,
y el entendimiento preso.

D. BERNARDO.

Bien es, que yo entre los dos

ponga paz.

D. JUAN.

Y yo la pido;
que me confieso rendido.
¿Espinel?

Sale Espinel.

ESPINEL.

Gracias á Dios,
señor, que he llegado, á verte
con vida.

D. JUAN.

¿Qué ha sucedido?

ESPINEL.

Todo el caso se ha sabido.

D. JUAN.

¿De qué suerte?

ESPINEL.

De esta suerte:
Para cojer los caminos,
y saber, lo que pasó,
de aquella calle prendió
la Justicia á los vecinos.
No faltó, quien con verdad
diese al punto el desengaño.
¡Oh bien haya un ermitaño,
que vive sin vecindad.
Y aquesta noche pasada,

la Justicia nos rondó
la posada: al fin entró
en ella de mano armada.
Preguntó por tu aposento;
y diciendole, que habias
faltado de él muchos dias,
le mandó abrir al momento:
y viendo, que era un estrago,
la ropa desenvolvieron
muy corridos; porque dieron,
como dicen, golpe en vago.

D. BERNARDO.

Esperadme; que yo iré,
á informarme con buen modo
en la Provincia de todo;
que yo sé, que lo sabré.
Tú no te salgas de aqui,
Espinel; que fuera error.
Preso, como tu señor,
has de estar; porque, si allí
hoy te hubieran conocido,
buen descuido habiamos hecho,
confiando de tu pecho.
Esta es la hora, que ya
te hubieran dado tormento.

ESPINEL.

¡Tormento á mí! Lindo cuento.

D. BERNARDO.

¿Pues no?

ESPINEL.

El tormento se dá
á hombrecillos de nonada;
porque á mí, ahunque me cojieran,
sé bien, que no me le dieran.

D. BERNARDO.

¿Porqué?

ESPINEL.

Es cosa averiguada.
No tienes, que preguntarme.

D. BERNARDO.

¿Eres hidalgo?

ESPINEL.

Sí soy;
mas sin esa causa, hoy
sé yo otra, para librarme,
mejor.

D. BERNARDO.

¿Quál es?

ESPINEL.

Yo la sé;
y basta decir, que á mí
no me le dieran.

D. BERNARDO.

¿Ah, sí?
¿Eso sabes?

ESPINEL.

Sí.

D. BERNARDO.

¿Por qué?

ESPINEL.

Pues tanto aprietas, lo digo:
confesára yo al momento,
y no me dieran tormento.

D. BERNARDO.

Buen criado y buen amigo.

ESPINEL.

No hay amigo ni criado;
que en llegandome á doler,
vive Dios, que han de saber
Papa y Rey, quanto ha pasado.

D. JUAN.

No hagais caso de esto vos;
que si en la ocasion se viera,
diferentemente hiciera.

ESPINEL.

No hiciera tal, vive Dios.

D. BERNARDO.

Ahora bien, quedad aqui,
en tanto que mi cuidado
vuelve de todo informado. *vase.*

D. ANA.

Mucho me pesa, que asi
esta posada os reciba,

y halleis lo primero en ella
tal pesar.

D. JUAN.

Doña Ana bella,
antes fue bien, que aqui viva
tan vecino del consuelo;
pues en esta casa he hallado
á mis desdichas sagrado.

D. ANA.

Guardeos Dios. *vase.*

D. JUAN.

Guardeos el cielo.

ESPINEL.

¿Pues así la dexas ir?

D. JUAN.

¿Qué he de hacer?

ESPINEL.

¿Qué? Detenella,
enamoralla, y con ella
engañar y divertir
el retiro y la prision.
Desconsolado viviera
en ella yo, si no hubiera
mujeril conversacion.
Donde hay mujer, no hay pesar.

D. JUAN.

Sí, ¿pero no echas de ver,
que esta mujer no es mujer?

ESPINEL.

Yo no, si á considerar
me pongo su talle y cara.
Vuelve, y echarás de ver,
que es mujer, y muy mujer.

D. JUAN.

Espinel, mira y repara,
en que es mujer, en quien vive
de un grande amigo el honor,
que me ofrece su favor,
que en su casa me recibe,
que sus espaldas me fia,
que su hacienda no me niega,
que sus secretos me entrega,
que su opinion me confia;
conocerás luego aqui,
que esta mujer no es mujer;
pues que nunca lo ha de ser,
á lo menos para mí.

ESPINEL.

Ahun bien, que en leyes de honor
no llegan á los criados
titulillos tan honrados,
y podrán tener amor
en la casa del Sofi,
del Persa y del Preste Juan.

D. JUAN.

No podrán.

ESPINEL.

¿No?

D. JUAN.

No podrán;
y por Dios, que si de tí,
que miras en casa, sé,
una esclava, que te mate,

ESPINEL.

Fuera grande disparate;
pero no la miraré,
si es eso, quanto procuras,
pues puedo, sin ofenderte,
enamorar.

D. JUAN.

¿De qué suerte?
Dilo.

ESPINEL.

Enamorando á obscuras.
Mochuelo seré de amor.

D. JUAN.

Mi amistad sirva de exemplo:
que esta casa ha de ser templo
de las aras del honor.

ESPINEL.

¡Si ese decoro tubiera
Gonzalo Bustos de Lara
en su prision, quánto errára!
Pues Arlaxa no le oyera;

no oyendole, no se hallára,
si mejor se considera,
preñada la Mora harriera;
no estandolo, no llegára
á parir; y no pariendo
la enamorada Morilla,
no naciera Mudarrilla;
y su ilustre sangre, entiendo,
que por vengar se quedára;
no vengandose tambien,
no hubiera en el mundo, quien
á Ruy Velazquez matára;
no matandole, viviera
con vida y alma traydora
aquel bellaco; asi ahora
mira tú ¿qué bueno fuera?
Atrevete tú tambien,
galantea en lance igual;
que tal vez un grande mal
viene por un grande bien.

D. JUAN.

Hoy de la opinion te sales
de todos; no digas tal;
porque un mal fiero y fatal,
es nuncio de muchos males;
y asi no llego á sentir
tan rendido á mi destino
el mal, Espinel, que vino.

ESPINEL.

¿Pues quál?

D. JUAN.

El que ha de venir. *vanse.*

Sale Don Diego.

D. DIEGO.

Amante, que ha de volver
con mas sentimiento y quexas,
á pedir satisfacciones,
¿para qué se vá sin ellas?
¿Para qué, quien ha de verse
humilde, tiene soberbia?
¿quien ha de buscar, se esconde?
¿quien ha de rogar desprecia?
Y al fin, al fin ¿para qué,
quien ha de volver, se ausenta?
¿Para que en estos umbrales
jure con lagrimas tiernas,
de no volver á pisarlos,
si apenas lo dixe, apenas
lo pronuncié, quando al punto
el juramento quisiera
quebrantar? Y es la verdad;
pues, al tiempo que la lengua
dice, que no ha de volver
á esta calle y á estas rexas,
sin saber, quién me ha trahido,

me vuelvo á mirar en ellas.
¿Con qué ocasion entraré
á hablarla, porque no véa
en mí tanto rendimiento?
¿Diré, que vengo á dar quexas
de que:::? Pero no; que amante
que llega á quexarse, muestra
sentimientos. ¿Pues diré
no mas, de que vengo á verla?
Sí; que en hombres como yo,
y en mujeres de sus prendas,
la correspondencia, es bien,
que viva, ahunque el gusto muera.
Pero es achaque á lo antiguo;
que nadie hay ya, que no sepa
las amistades que tienen
en pie las correspondencias.
Mas ella viene; yo quiero
hablarla aquí, sin que entienda,
(ocasion me dá el retrato)
que siento tanto su ausencia.
Corazon, esto se llama,
sacar fuerzas de flaqueza.

Retirase á un lado, y salen Doña Ana é Inés.

INES.

Digo, que Don Diego entró
en casa.

D. ANA.

Albricias te diera,
si no fuera poco precio
el alma de tales nuevas.
¡Qué gusto me has hecho, Inés!

INES.

¿Si tú misma lo confiesas,
por qué, dí, no le llamaste;
puesto que el quexoso era,
y con razon?

D. ANA.

Necia estás,
Inés; que la gracia es esa,
que teniendo él la razon,
yo tiranice la quexa;
y él sin quexa, y con razon,
sin que le llame, se venga.

D. DIEGO.

Novedad os habrá hecho *llega.*
la visita: mas es fuerza,
venir ahora á cansaros;
que á no serlo, no viniera;
y asi, os ruego, que me oygais.

D. ANA.

¿Ola, Inés?

INES.

¿Señora?

D. ANA.

Llega
silla á aqueste caballero;
que visitas como éstas
de tan grande cumplimiento,
y que al fin se hacen por deuda,
(pagarme tiene la entrada) ap.
no se reciben sin ellas.
Sentaos, y decid ahora,
qué mandais; que si no yerran
idéas, de haberos visto
alguna vez, se acuerda.

D. DIEGO.

Sí habeis visto; y no me espanto,
que no conozcais las señas;
porque me visteis dichoso,
y ya los favores truecan
las desdichas.

D. ANA.

De eso mismo
he visto yo una comedia.
Pero en efecto, señor,
¿qué buena venida es ésta?

D. DIEGO.

Un recado, que os trahía
de un caballero, quisiera,
que oygais.

D. ANA.

Pues ya os escucho; proseguid.

D. DIEGO.

Estadme atenta.

D. ANA.

Decid.

D. DIEGO.

Don Diego de Silva:::

D. ANA.

Tened un poco la lengua.
¿Quién es ese caballero?

D. DIEGO.

No os puedo dar la respuesta;
que no sé, quién es. Si vos
me preguntárais, quién era,
yo lo dixera.

D. ANA.

Está bien.
¡Don Diego!; ya se me acuerda.
¿Y qué dice el tal Don Diego?

D. DIEGO.

Dice, señora, que besa
vuestras manos. Vive Dios,
que estoy mudo. *ap.*

D. ANA.

Yo estoy muerta; *ap.*
pero beberá el veneno,

de quien visita por fuerza.

D. DIEGO.

Y que viendo, que el amor
con alas de fuego vuela
tan veloz, que dexa atrás
al tiempo, y esto se prueba
por muchos años de afecto,
de amor y correspondencia,
(ahun este instante de tiempo
quiere el cielo que se pierda)
olbidado de su agravio,
dexando aparte las quexas,
(miente la voz, si lo dice;
miente el alma, si lo piensa) ap.
este retrato os envia,
este soneto os entrega,
lamina y papel, que amor
obró con tal sutileza,
que excedió el ingenio y arte;
porque no es razon, que tenga
prendas él de vuestro gusto
en depósito de ausencia;
y dice mas, que os lo envia
para testimonio y prueba,
de que ya no sentirá,
que vuestras manos le tengan;
que el tiempo que dilató
remitir la tal preséa,

fue, porque entonces temia,
que le diera alguna pena,
saber, que en vuestro poder
estubiese; mas hoy llega
á tan grande desengaño,
viendo la mudanza vuestra,
que él os le dá, y yo le traygo;
porque mùjer, que asi dexa
acreditada su culpa
en manos de la sospecha,
que no dá satisfacciones
á justificadas quexas,
que estima el honor en poco,
que no teme sus ofensas,
que hace de la presuncion
determinada evidencia,
y que no busca culpada
á quien con rigor se ausenta,
ni quiere, ni ha querido;
y asi la olbida y la dexa;
porque mujer sin amor,
¿qué se pierde, en que se pierda?

Levantase Don Diego.

D. ANA.

Eso mismo, sin quitar
y sin poner una letra,
le dixo en cierto romance

Bras á su querida Menga.
Mas, Don Diego, ya que es tiempo,
que hablemos todos de veras,
volved á tomar la silla;
y quando por mí no sea,
á quien el recado trahe,
toca llevar la respuesta.
Yo soy quien soy; vos teneis
de mí muy bastantes muestras,
pues sabeis un favor mio,
quántos desvelos os cuesta.
Pesame, que en tanto tiempo
de amor y correspondencia,
como vos decís, no hayais
conocido por las señas
mi condicion, tan altiva,
que en sus presunciones llega
á competir rayo á rayo
con el sol y las estrellas,
á quien en número y luces
han vencido mis finezas.
Y ya que tan al principio
está la voluntad nuestra,
en esta parte no mas
volveré, á informaros de ella.
Yo os dixe, que ese retrato
me dió una amiga, y que es fuerza,
callar el nombre. No hice

en esto mas diligencias,
para que vos lo creyeseis,
porque la verdad se prueba,
sin mas testigos de abono,
que con ser la verdad mesma.
Dadme, que hubiera mentido
en la disculpa primera:
que yo os hubiera buscado,
y con extremos hubiera
acreditado el engaño;
que, como mentira fuera,
la misma desconfianza
no me dexára tan quieta,
hasta que la hubieseis vos
creído; y es verdad tan cierta,
que tenemos las mujeres
tanto gusto, de que crean
nuestras mentiras los hombres,
que solamente por esta
ocasion hubiera hecho
yo mayores diligencias.
La verdad, es la que os dixe.
Si vos no quereis creerla,
parte es tambien de verdad,
el haber dudado de ella;
porque, si fuera mentira,
con mas ventura naciera:
mas como no las usamos,

no me espanto, que os parezca
imposible en mí, el decirlas,
como en vos, el conocerlas.

D. DIEGO.

Decidme, quién es la amiga,
y os creeré.

D. ANA.

Sí lo dixera,
si os importára, el saberlo.
Mas quien viere aqui, que es fuerza,
que me olbide, quien no siente,
que yo este retrato tenga,
¿para qué ha de saber nada?

D. DIEGO.

Por esa razon, por esa
merezco mas la disculpa.

D. ANA.

No entiendo, cómo ser pueda.

D. DIEGO.

Amante, que dice agravios,
zeloso, que dice quexas,
olbidado, que valdona,
aborrecido, que afrenta,
desesperado, que injuria,
y triste, que desespera:
ese siente, ese se abrasa,
ese estima, ese desea,
ese obliga, ese pretende,

ese se rinde, ese ruega;
porque á la lengua los zelos
les dieron esta licencia.

D. ANA.

Cobardes deben de ser,
pues se valen de la lengua.
Mas dama, que satisface,
y ofendida, no se quexa,
agraviada, no se enoja,
valdonada, no se venga,
despreciada, no aborrece,
aborrecida, no dexa;
esa perdona, esa admite,
esa disimula ó zela,
esa adora y esa estima,
esa quiere y esa precia;
que es vil mujer, la que á un hombre
descubiertamente ruega:
porque tiene la mujer
tan altiva preeminencia,
que han de buscarla quexosos,
y entonces con mas finezas;
y ahun plegue á Dios, que nos hallen
de la suerte, que nos dexan.

D. DIEGO.

Y si volviera á buscaros
al instante la fineza
de un amante, ¿de qué suerte

os hallára?

D. ANA.

Con mil quexas,
de que de mí se creyesen
tan declaradas baxezas.

D. DIEGO.

Quien quiere, teme.

D. ANA.

Es verdad;
y es bien, que quien quiere, temá
perder el bien; pero no
mudanzas tan manifiestas.

D. DIEGO.

¿Pudiera desenojaros,
quando rendido volviera?

D. ANA.

No volverá, quien me dixo:::

D. DIEGO.

No lo digas; cierra, cierra
los labios. ¿Mas si volviese?

D. ANA.

No sé, entonces lo que hiciera.

D. DIEGO.

¿Dierasle una blanca mano,
para que jurase en ella
con homenage de amor,
el no hacerte mas ofensa?

D. ANA.

Para que jurase, sí.

D. DIEGO.

¿Qué mano le dieras?

D. ANA.

Esta.

D. DIEGO.

¡Qué dicha! *toma la mano.*

INES.

Gracias á Dios,
que llegamos á la venta.

D. DIEGO.

¿Y el retrato?

D. ANA.

Tenle tú,
hasta que al dueño le vuelva.

D. DIEGO.

Eso no; porque llevarle,
sería entrar la sospecha
en mí; quedate con él,
y á Dios; que temo, que venga
venga tu padre.

D. ANA.

Guardete el cielo,
como mi vida desea.

D. DIEGO.

¿Podré fiarla á tus ruegos?

D. ANA.

Sí; que entonces fuera eterna.

D. DIEGO.

Y ahun será, para adorarte,
poco tiempo, ahunque lo sea.
A Dios. ¡Oh qué dulces paces! *vase.*

D. ANA.

A Dios. ¡Oh qué dulces guerras!

INES.

Gracias á Dios, que ya estamos
en paz. Y gracias á Dios,
llegó el tiempo, en que las dos
ese retrato veamos.
Descubre este encanto, esta
sombra; sepamos, quien fue,
quien sin qué ni para qué,
tantos disgustos nos cuesta.

D. ANA.

Bien dices. ¡Ay Dios! *mirando el retrato.*

INES.

¿Qué ves?

D. ANA.

¡Cómo decirlo dilato!
¿Inés, dime, este retrato,
de nuestro huesped no es?

INES.

Sí, señora; y el estar
por una muerte escondido,

conviene con haber sido,
el que en aqueste lugar
nos contó Doña Maria.

D. ANA.

Si esto acaso se escuchára
en una farsa ¿faltára
quien dixese, que no habia
sido posible causar
tantas cosas un sujeto?
Que estoy rendido, prometo,
á un pesar y otro pesar.
¿Inés, qué tengo de hacer,
viendome en esta ocasion
en tan grande confusion,
sin elegir, sin saber,
qué camino es el, que siga,
que seguro puerto halle;
pues es forzoso, que calle,
lo que es forzoso, que diga?
Si callo á Don Diego yo,
que está en mi casa escondido
un hombre, que retraido
vive en ella, ¿cómo no
se ha de ofender con razon,
quando lo llegue á saber,
de que yo pude tener
alma, vida y corazon
para saber un secreto,

quando en pecho enamorado
no hay secreto reservado?
Si con diferente afecto
se lo digo, ¿quién podrá
satisfacerle de mí,
sabiendo, que un hombre aquí
á todas horas está;
y mas si adelante pasa
el temor, y llega á ver
el retrato en mi poder,
y el caballero en mi casa?
Callar aquí, no es amar;
y este yerro vendrá á ser
el primero, que mujer
haya hecho por callar.
Hablar aquí, (¡triste quedo!)
es advertirle; y no es justo:
porque es de mi padre gusto,
que yo remediar no puedo.
Despertar estos desvelos,
es hacer de noche y dia
una contínua porfía
de agravios, penas y zelos.
Hablar y callar temí;
y hablar y callar deseo.
Conmigo misma peleo:
defiendame Dios de mí.

INES.

Pues, señora, el desengaño
viva, donde hay voluntad.
La verdad siempre es verdad,
y el engaño siempre engaño.

D. ANA.

Que la verdad es verdad,
confieso; pero tambien
con la verdad yerra, quien
castiga la voluntad.

INES.

Calla; que viene el señor
huesped de espadilla allí.

D. ANA.

¿Por qué le llamas así?

INES.

Porque es huesped matador.

Salen Don Juan y Espinel.

D. JUAN.

Un cuidado os vengo á dar.

D. ANA.

No será el primer cuidado,
que vos, Don Juan, me habeis dado.

D. JUAN.

Pesarame, de llegar,
á ser tan necio, que fuese
causa yo; porque no es justo,

dar cuidado ni disgusto
en esta casa.

D. ANA.

No os pese
de eso á vos; porque no ha habido
causa, para haberos dado
este cuidado cuidado:
ahunque para mí lo ha sido.
¿Y qué mandais en efecto?

D. JUAN.

Solo os quisiera pedir,
porque me importa salir
aquesta noche en secreto,
á ver una hermosa dama:::
(Perdonad; qué la licencia
ha dado en vuestra presencia
la disculpa de quien ama)
que vos se la deis á Inés,
de abrir la puerta.

D. ANA.

¿Tan grave
cuidado es este? La llave
da al señor Don Juan despues,
para que pueda salir;
que yo sé en fineza tal,
no de buen original,
como se suele decir,
empero de buen retrato,

que hareis, en verla, muy bien;
porque sé, que os quiere bien,
y hareis mal, en ser ingrato.
¿Y al fin hoy quereis salir?

D. JUAN.

Al punto que espíre el dia.

D. ANA.

¿Solo vos, ó en compañia?

D. JUAN.

Espinel conmigo ha de ir;
porque delante de mí,
si acaso acierto, á encontrar
la ronda, pueda escapar.

ESPINEL.

¿Mientras me prenden á mí?
Muy buena piedad, por Dios.

D. JUAN.

Y tambien quiero llevalle,
porque se quede en la calle,
mientras hablamos los dos.

ESPINEL.

¡Yo en la calle! ¿Quién te ha dicho
que soy valiente? Detente;
que tenerme por valiente,
es un valiente capricho.

D. JUAN.

¿Qué valentía es, estár,
para avisar, si alguien viene?

ESPINEL.

Pues vamos; que ya previene
una industria singular
mi ingenio. No solo quiero
avisarte diligente;
mas de un Esquadron de gente
guardar aquel barrio entero.
Un alma no ha de pasar
por la calle: no, señor,
ni otras diez al rededor;
que yo las quiero guardar
con mi capa y con mi espada
no mas; venza á la fortuna
la industria; y hoy para una
que yo tengo fabricada,
convido á vuesas mercedes.
Hombre no me pasará;
porque yo haré::: Pero allá,
dixo Agraxes, lo veredes.

Ruido dentro.

D. JUAN.

La puerta abrieron, por Dios.

D. ANA.

Es verdad, y pasos siento.

D. JUAN.

Espinel, á este aposento
nos retiremos los dos. *Vanse.*

INES.

Doña Maria es.

D. ANA.

Leal
vendrá este instante, este rato,
á solo ver un retrato,
donde está el original.

INES.

¿Y piensas decir, que aquí
está Don Juan?

D. ANA.

¿Para qué?
En decirselo, no sé,
si acierto: en callarlo, sí;
porque si su gusto es,
que ella sepa donde está,
puesto que ha de verla, allá
podrá decirlo despues.

INES.

¿Y le has de callar tambien
de su retrato el suceso?

D. ANA.

¿Para qué ha de saber eso?

INES.

Parecióme aquí, que quien
te fió su amor aquí,
saber el tuyo podia.

D. ANA.

Siempre fue doctrina mia,
que nadie tenga de mí
que callar; con que así yo,
que á saber secretos vengo
de todas, que callar tengo;
¿mas ellas de mí? eso no.

Salen Doña Maria y Juana.

D. MARIA.

Las visitas de amigas
dan mas gusto y contento,
sin mayor cumplimiento.

D. ANA.

Mas en eso me obligas;
porque las amistades,
han de ser sin urbanas vanidades.
¿Cómo estás?

D. MARIA.

Estoy buena;
y siempre á tu servicio.

D. ANA.

Tu hermosura dá indicio,
de que acabó la pena.
¿Cómo vá? ¿Qué hay de nuevo?

D. MARIA.

Apenas, á contartelo, me atrevo.
Dos amantes tenia

á un tiempo juntamente;
y uno muerto, otro ausente,
los dos perdí en un dia.

D. ANA.

En nosotras es cierto,
que el ausente contamos por el muerto.

D. MARIA.

No, porque de mi olbido
se quexe el del retrato;
mas, porque tan ingrato
conmigo ha procedido,
que á mí tambien se esconde,
sin avisarme, cómo, quándo ó dónde.

D. ANA.

El quizá lo desea;
hallarte procura:
podrá ser por ventura,
que aqui te escuche y vea
el mismo del retrato.

D. MARIA.

Sin él me iré, por no mirarle ingrato.

D. ANA.

¿Qué, nada de él supiste?

D. MARIA.

Na, ni aun de aquel criado,
que aqui se habia quedado,
con quien la ausencia triste,
á ratos divertia;

ya tampoco sé de él.

D. ANA.

¡Qué tyranía!

D. MARIA.

Busquéle; pero en vano.
Esto hay en esta parte,
de que pueda avisarte.

D. ANA.

Y dime: ¿de tu hermano,
cómo están los recelos?

D. MARIA.

Muy malos.

D. ANA.

¿Cómo asi?

D. MARIA.

Matame á zelos.
Si supiera, que habia
llegado aqui, no hubiera,
quien en casa cupiera.

D. ANA.

¿Pues él de mí podia
tener sospecha alguna?

D. MARIA.

Como á eso me ha trahido mi fortuna.
De tí no sospechára,
cosa, que indigna fuera;
pero de mí tubiera

quexa evidente y clara,
sabiendo que he salido
á la calle Mayor, y aqui he venido.

INES.

Ahunque es cosa muy vieja
quando la voz ocasion toma,
esto del Ruin de Roma,
y el lobo en la conseja,
tu hermano en casa ha entrado.

D. MARIA.

Escondame este quarto.

D. ANA.

Está cerrado.

D. MARIA.

Abierto está.

D. ANA.

Detente.

D. MARIA.

¿Pues salesme al encuentro?

D. ANA.

Sí; porque es entrar dentro
mayor inconveniente,
que verte aqui tu hermano.

D. MARIA.

¿Mayor inconveniente?

D. ANA.

Sí; y es llano.

D. MARIA.

Poco de mí confias.

D. ANA.

Es mucho lo que guardo.

D. MARIA.

Ya en esconderme tardo.

D. ANA.

Pues en corto venias,
cubrete con el manto,
que no ha de conocerte.

D. MARIA.

¡Ay cielo santo!

Tapanse D. Maria y Juana retirandose, y sale D. Luis.

D. ANA.

¿Señor Don Luis, qué es esto?

D. LUIS.

Es la ocasion en que un rigor me ha puesto;
No dudo yo, señora
Doña Ana, que tengais esta locura
ó atrevimiento ahora;
pero mi amor exâminar procura,
si á la osadia sigue la ventura.
Si me he atrevido á veros,
sin temer enojaros, y que ayrada

me hableis, fue, por ver, que en ofendepoco aventúro ó nada, [ros,
pues que siempre conmigo os ví enojada.

D. ANA.

¿Señor Don Luis, ya vuestro estilo pasa
de galan á grosero. ¿Con qué intento
entrais en esta casa,
donde ahun veloz el viento
recela introducir un pensamiento?
¿Qué dirá esta señora
amiga, que ha venido á visitarme,
viendoos entrar tan atrevido ahora
en mi casa?

D. LUIS.

Que quise aventurarme
á morir; ya esa dama recatada
sabrá, lo que es amor.

D. MARIA.

Estoy turbada.

Sale Don Diego á la puerta.

D. DIEGO.

Seguí á Don Luis, zeloso de miralle,
estar en en esta calle;
y á tanto el dolor pasa,
que despues le ví entrar dentro de casa;
y asi desesperado,
sin reparar en nada, aqui he llegado.

INES.

¡Don Diego :::!

D. ANA.

¡Ay triste!

D. MARIA.

La ventura mia
le traxo.

D. DIEGO.

Ahunque no ha sido cortesía
introducirse, quando
dos en conversacion están hablando,
esta vez fuera necio, si no fuera
descortés.

D. ANA.

¡Muerta estoy!

D. DIEGO.

Y de manera
mi poco ingenio precio,
que he de ser descortés, por no ser necio.
Vaya pues adelante
la plática: mi vista no la espante.

D. LUIS.

Señor Don Diego, que llegueis ahora?
(de cólera estoy loco)
á la conversacion, importa poco,
pues lo público de ella no se ignora;
mas, que llegueis, pensando,
que haceis disgusto en el llegar:::

D. ANA.

Temblando
estoy.

D. LUIS.

Importa mucho;
y así:::

D. MARIA.

¡Cielos, qué escucho!

D. LUIS.

á quien imaginare,
que á mí me hace pesar, quando llegare
á ser el sol, en solo un pensamiento,
un átomo, un intento,
una imaginacion, sabré:::

D. DIEGO.

Salgamos
de aquí, porque no estamos
bien entre damas, para responderos.

D. LUIS.

Calle la lengua, y hablen los aceros.

D. ANA.

¿Ah Don Diego? ¿Ah señor?

D. LUIS.

Veníos conmigo. *vase.*

D. DIEGO.

Guiad vos; que ya os sigo.

D. ANA.

No seguirás; detente.

D. DIEGO.

Suelta, ó harás, que alguna accion intente
contra tanto respeto.
Suelta, Doña Ana.

D. ANA.

Ya ningun efecto,
que ha de ofenderme, espero,
como tú no le sigas.

D. MARIA.

Si es que acaso te obligas *llega.*
de ruegos de mujer, por caballero,
por noble y por amante,
detenga tu furor, el ver delante
una mujer.

D. DIEGO.

Solicitais en vano,
tenerme todas ya.

D. MARIA.

Ved, que es mi hermano.

INES.

Pues nada le detiene, *ap.*
esto le detendrá. Mi señor viene.

D. ANA.

Ya no puedes salir sin riesgo mio.

D. DIEGO.

Pues en este aposento me desvío,
hasta que salir pueda,
y la ocasion el cielo me conceda

de vengar mis agravios y mis zelos.

D. ANA.

Ahun mayor confusion es ésta, cielos.
No entres aqui; detente, espera, aguarda.

D. DIEGO.

Todo te aflige, todo te acobarda:
temores te concedo,
si me voy, si me escondo, si me quedo.
Si me voy, te parece,
que á la muerte mi cólera me ofrece;
si me estoy, que me encuentra
tu padre, que ya entra: [esto,
si me escondo, tambien. ¡Qué ha de ser
quando en tres confusiones estoy puesto.

INES.

Bien puedes sosegarte;
que yo, por detenerte y reportarte,
y porque no salieses, he fingido,
que mi señor venía; pero ha sido
engaño.

D. ANA.

Bien has hecho,
Inés, que el alma le volviste al pecho:
ya para ir tras Don Luis, señor, es tarde:
sosiega.

D. DIEGO.

¿Con indicios de cobarde,
cómo un hombre pudiera

sosegar, si otra causa no tubiera,
que aqui le detubiese?
Yo he de saber, aunque al honor le pese,
qué inconveniente habia,
de entrar á este aposento: quién temia,
que tu padre le halláse.

D. ANA.

¡Qué á tal extremo mi desdicha pase!

D. DIEGO.

¿Por qué el pecho turbado,
torpe la lengua, el corazon helado,
el labio temeroso,
suspensa el alma, el animo dudoso,
no sé si es mayor daño,
seguir mi muerte, ó ver el desengaño
de esta sospecha vil. Valedme cielos,
porque mi agravio aflige mas mis zelos;
y asi, de dudas lleno,
Tantalo de veneno,
teniendo á mi despecho
al cuello un lazo y un puñal al pecho,
ignoro en mal tan fuerte,
habiendo de morir, quál es mi muerte.

D. ANA.

Don Diego, si me estimas,
si á obligarme te animas,
crée de mí, que te adoro,
que siento tu dolor, tu pena lloro;

que agradarte pretendo,
que no puedo agraviarte, ni te ofendo;
y no quieras saber, por qué he tenido
reservado ese quarto, pues no ha sido
ofensa tuya.

D. DIEGO.

Dasme mas recelo
con tantas prevenciones: vive el cielo,
que he de saber, quién el retrete esconde

D. MARIA.

A mi gusto su enojo corresponde,
porque saber deseo,
qué encanto es el que aquí:::

D. ANA.

Mi muerte véo.
Mi bien, señor, Don Diego,
mira:::

D. DIEGO.

Todo soy rabia: todo fuego.

D. ANA.

que me pierdo, y te pierdes de ese modo.

D. DIEGO.

Donde me pierdo yo, pierdase todo:
que he de entrar, á apurar en dudas tales
mis penas, mis desdichas y mis males,
publicando mi voz en tanto dolo,
que con bien vengas mal, si vienes solo.

JORNADA TERCERA.

Salen Don Juan embozado, y Don Diego, con las espadas desnudas, y tras ellos Doña Maria tapada y Doña Ana y las criadas.

D. DIEGO.

No os encubrais, caballero;
que es en vano, vive Dios,
porque á riesgo de mi vida
tengo de saber, quién sois.

D. JUAN.

En vano lo solicita
osado vuestro valor,
porque de mi vida al riesgo
tengo de callarlo yo.

D. MARIA.

Llega presto.

D. ANA.

Caballeros,
tened las armas por Dios;
mirad, que está de por medio,
poniendo paces, mi honor.

¡Asi atropellais mi fama!
¡Asi mi reputacion!
¡Asi á una ilustre mujer
quereis destruir los dos!
Por lo que puede acabar
mansamente la razon,
sin perder nadie, ¿quereis,
que todo lo pierda yo?
Don Diego, escucha, si pueden
las alas del corazon
enviar deshalentadas
algun socorro á la voz:
y vos, ilustre Don Juan,
generoso huesped, vos
no tengais á liviandad,
dar esta satisfaccion
á quien ahun no es mi marido:
y pues noble y cuerdo sois,
ya habreis visto, que esto es,
(no sé si lo diga) amor:
amor tan sin esperanza,
que es verdad, que no llegó
á tener de los deseos
zelos siquiera el honor.
Mas, quando se vé culpada
una mujer como yo,
siendo un átomo de ofensa
sombra de una presuncion,

todo lo ha de aventurar,
que para aqueso nació,
la que es principal mujer,
con honra y obligacion,
para tener que perder,
quando llegue la ocasion.
Defendiendo yo esta puerta,
y estando encerrado vos
dentro del quarto, mirad,
mirad, si tendrá razon
de tener de mí Don Diego,
no recelo ni temor,
sino evidencia y certeza,
de que he afrentado á quien soy.
Volved por mí, pues vos fuisteis
la causa. Esta obligacion
tiene á qualquier mujer
el hombre mas inferior,
quanto mas el caballero,
que parece, que nació
(es verdad, no lo parece)
para defensa y favor,
para amparo y para guarda,
para columna y blason,
del honor de una mujer,
y esto le importa á mi honor.

D. JUAN.

¿En dudas tan imposibles,

quién en el mundo se vió,
cercado de tantos males,
viendo en mí, quando llegó
el primero, los que habian
de seguirle, porque son
eslabones unos de otros?
¡Qué duda! ¡Qué confusion!
Si me descubro, es el riesgo
de mi ausencia, ó mi prision
evidente; si porfio,
en encubrirme, es errror:
pues la opinion de esta dama
padece sin ocasion:
pues si lo callo, él de amante,
desesperado y feroz
ha de querer conocerme,
y es el peligro mayor.

D. ANA.

¿Señor Don Juan, qué dudais?
Hablad; que si vos, quien sois,
no decís, pues yo lo sé,
habré de decirlo yo.

D. JUAN.

De dos daños ya rendido
aqui, siendo éste el menor,
me descubro. *descubrese.*

D. DIEGO.

¡Ay Dios, qué véo!

D. MARIA.

¡Qué miro! Valgame Dios.

D. DIEGO.

Donde busco desengaños,
desdichas hallando voy.

D. MARIA.

¿Aquel no es Don Juan?

JUANA.

¿Señora,
puede esto dudarse?

D. MARIA.

No.
¡Encubierto en esa casa
Don Juan, y me lo negó
Doña Ana, viendo el retrato!

D. DIEGO.

¡Qué es esto, que viendo estoy!
Este el dueño es del retrato
que ví. ¡Qué agravio mayor!
¡El escondido en su casa,
el retrato en ella, y yo
dispuesto á esperar disculpas!
¡Puede haberlas! Plegue á Dios.

D. JUAN.

Caballero, antes que os hable,
importa una prevencion.

D. DIEGO.

Decid.

D. JUAN.

Si vos me pidieseis
aquesta satisfaccion,
no os la diera, que no saben
caballeros como yo
dar satisfaccion, á quien
tiene con tanto valor
la espada en la mano, y es
bien, el prevenir, que vos
no me la pedís. Por eso *envaynan.*
(guardad la espada) os la doy.
Yo soy de esta casa huesped:
en ella escondido estoy
por una desgracia, huyendo
á la fortuna el rigor,
porque el deudo ó la amistad
de Don Bernardo llegó,
yo á fiar mi vida de él,
y él de mí hacienda y honor.
No le ofendiera por esto
mi amistad, no, vive Dios,
si me quitáse la vida,
con mis propias manos yo.
Esto es verdad, y pensad,
sí, Don Diego, que hombre soy,
que la trata; y si tubiera
sola una imaginacion
ocupada en su belleza,

(quando discurra mi amor
en esta parte atrevido
fuera de mi obligacion)
lo dixera; porque tengo
por hombre de poco honor,
de abatidos pensamientos,
de baxa reputacion,
á quien disimula á dama,
que sola una vez miró,
un deseo, ¡qué es deseo?
una pasion, ¡qué es pasion!
un cuidado, ¡qué es cuidado!
una sombra, una aprehension,
un átomo, un pensamiento
de otro gusto, y de otro amor,
quanto mas un desengaño,
como el que os he dado á vos.

JUANA.

¿Qué te parece, señora,
la disculpa?

D. MARIA.

¿Qué sé yo?
De todo tiene; volvamos
á callar y oír las dos.

D. DIEGO.

Señor Don Juan, yo no dudo,
esa verdad, pues en vos,
en vuestro estilo y persona

se descubre bien, quien sois;
pero un hombre enamorado
de todo tiene temor,
todo le asombra y espanta;
y zelos, dicen, que son
antojos de aumento, que hacen
qualquiera cosa mayor.
No os pese, de que los tenga
en esta parte de vos,
pues puede vuestra persona
dar zelos al mismo amor.
En quanto á mí, yo confieso,
que ya satisfecho estoy;
en quanto mi amor, no puedo;
que es mas descortés que yo:
y asi el amor es, quien pide
otra disculpa mayor.
Decidme, ¿vuestro retrato
qué delito cometió,
que se vino á retirar
á aquesta casa con vos?

D. JUAN.

¿Qué retrato?

D. DIEGO.

Uno, que tiene
Doña Ana, vuestro.

D. JUAN.

Eso no;

porque yo no se le he dado.

D. ANA.

Una amiga me le dió,
que yo no digo, quién es,
porque de mí se fió,
pues si ella quiere decirlo,
puede tambien como yo.

D. DIEGO.

Para que me satisfaga,
Don Juan muchas cosas son,
y mientras yo no os conózca,
fuera necedad y error,
fiarme de vos. Decidme
abiertamente, quien sois,
y os creeré, y vos me tendreis,
para mandarme desde hoy;
que hallareis en mí un amigo
de alguna satisfaccion.

D. JUAN.

Hombre enamorado tiene
disculpa en qualquiera accion;
y asi lo que os digo ahora,
tampoco os lo digo á vos,
sino á vuestro amor, teniendo
lastima de su pasion.
Mi nombre es Don Juan de Lara,
caballero Andaluz soy;
dí la muerte á un caballero,

porque ocasiones me dió:
llamabase Don Fadrique
de Silva.

D. DIEGO.

¡Valgame Dios!

D. JUAN.

¿Pues qué os suspende? ¿Qué os turba
y niega al rostro el color?

D. DIEGO.

Ninguna cosa; ya tengo,
cielos, otra confusion,
Don Fadrique era mi primo,
y mi amigo; el matador
está en mi mano, fiado
su secreto á mi valor.
No hay aqui ya mas remedio,
alma, vida y corazon,
que callar, porque, si aqui
por entendido me doy,
me toca, satisfacerme;
y no sabiendolo, no.
Señor Don Juan, satisfecho
de vuestra verdad estoy,
por ser hijo de ese haliento,
por ser rayo de ese sol;
y asi de vos no me quexo,
porque, de quien debo yo
quexarme, me quexaré

á su tiempo. Guardeos Dios.

D. JUAN.

Tampoco eso me está bien,
porque, puesto en daros yo
satisfaccion, por lo propio
que aqui se toca al honor
de Doña Ana, vos no habeis
de dexar la obligacion,
que teneis, pues corre ya
por mi cuenta; y la razon
es ésta. Escuchadme ahora.
O me habeis creído ó no;
si me habeis creído, hareis
mal, en durar al dolor,
pues cesó la pesadumbre,
donde la causa cesó;
si es que no me habeis creído,
clara mi ofensa se vió,
pues teneis por sospechosa
mi verdad.

D. DIEGO.

Es gran rigor
querer tasar de mi pecho
los sentimientos, señor.
Si no os hubiera creído,
de aqui no me fuera yo,
ni os dexára. No querais
saber mas de esta ocasion,

para saber, que os creí,
sino que os dexo y me voy.

D. JUAN.

Y quando en tanta sospecha,
tubiereis algun rencor
y escrupulo en vuestro pecho,
aqui me hallareis, y yo
os daré, donde querais,
qualquiera satisfaccion.

D. DIEGO.

Si la hubiere menester,
la pedirá mi valor;
que la que yo he de tomar
en algun tiempo de vos,
en otra parte ha de ser.

D. JUAN.

A todo dispuesto estoy;
y aqui me hallareis, repito.

D. DIEGO.

Pues aqui os buscaré. A Dios. *vase.*

D. ANA.

Tenle, Inés; porque de casa
no ha de salir, sin que yo
le desenóje. ¿Ah Don Diego?
Mi bien, esposo, señor:::

Vanse las dos y sale Espinel.

ESPINEL.

¿En qué ha parado este caso?
Que yo, porque no me viesen,
y por mí te conociesen,
me retiré paso á paso
con lindo compás de pies,
adonde he estado escondido.

D. JUAN.

Eres tú muy prevenido
en tales casos.

ESPINEL.

Dí pues.
¿Qué hubo?

D. JUAN.

Dudas y qüestiones,
retóricas muy molestas,
mil demandas y respuestas,
quexas y satisfacciones;
y en efecto se acabó
mejor, que yo habia pensado.

Llega Doña Maria y descubrese.

D. MARIA.

No, Don Juan, muy acabado;
porque ahora falto yo,
que aqui dudé el descubrirme,

ESPINEL.

hasta ahora, por no echar

á perder en tal lugar,
mas ofendida ó mas firme,
la satisfaccion, que vos
disteis á aquel necio amante;
pues, estando yo delante,
y padeciendo los dos
una fortuna de zelos,
si á mí ofendida me viera,
él no se satisfaciera
tampoco de sus recelos;
y asi estube retirada,
porque es peligrosa mengua,
que haya mujeres con lengua,
donde hay hombres con espada.

ESPINEL.

Valgame Dios, ¿Es tramoya?

D. JUAN.

¿Hermosa Doña Maria,
luciente blason del dia:::

D. MARIA.

Tente, tente.

ESPINEL.

Aqui fue troya.

D. JUAN.

pues por qué desden tan fiero
ha de cobrar la hermosura
pensiones de mi ventura?

D. MARIA.

Ingrato, mal caballero,
descortés, villano: ¿es bien,
que despues de aventurar
mi opinion, os venga á hallar,
donde mis ojos os vén?
Es bien, quando en tanta pena
mi vida y mi suerte pasa,
vos me perdais en mi casa,
y que yo os halle en la ajena?
¿Es bien, desagradecido,
que en un peligro tan cierto,
ande mi honor descubierto,
y vos esteis escondido;
pues, para saber adonde
estabais, fuè menester,
que otro viniese á romper
esta prision que os esconde?
Pero yo tube la culpa,
pues vuestro rétrato dí,
á la que me ofende asi.

D. JUAN.

Mi ignorancia me disculpa.
¿Supe yo, que erades vos
su amiga? No. Y por pensar,
que era imposible llegar
á vernos aqui los dos,
no lo dixe.

D. MARIA.

Y ya sabido
que era su amiga, ¿por qué
ella me calló::: ?

D. JUAN.

No sé.

D. MARIA.

¿qué, aqui estabais escondido?
Estadlo pues.

D. JUAN.

No ha de ser,
quedando con tal cuidado,

Sale Doña Ana.

D. ANA.

Fuese Don Diego enojado:
no le puede detener.
¿Mas qué es esto?

D. JUAN.

Es un rigor
de dos luceros crueles.
Troquemos los dos papeles
en esta farsa de amor,
y dí tú, como pedia,
que me mandases abrir
hoy la puerta, para ir,
á ver á Doña Maria.

D. MARIA.

No, Don Juan: no he menester
satisfaccion tan liviana
yo, porque antes á Doña Ana
la tengo que agradecer,
que no culpar; pues su trato
conmigo es tan liberal,
que me dá un original,
en reditos de un retrato.
Y es alcaydesa mas bella
la que os tiene en confianza
en prision; y sin fianza
no os dexará salir de ella.
Y pues la puerta guardó,
porque no entrase tambien,
no querrá, que salgais, quien
no quiso, que entrase yo.

D. ANA.

Escucha ahora á los dos
satisfaccion.

D. MARIA.

No ha de ser.
Si la hubiere menester,
yo vendré por ella. A Dios.

Vanse Doña Maria y Juana.

ESPINEL.

Buenos habemos quedado,

mi Doña Ana, y mi Don Juan,
sin la dama y el galan.

D. ANA.

Perdí un dueño, que he adorado.

D. JUAN.

Perdí una amada beldad,
Aqui murió mi esperanza.

ESPINEL.

Dios la perdone.

D. ANA.

Aqui alcanza
sepulcro mi voluntad.

ESPINEL.

Un remedio prodigioso
dar quiero á vuestros cuidados.

D. JUAN.

¿Quál es?

ESPINEL.

De dos desdichados
se suele hacer un dichoso.
Doña Ana perdió por tí
á su amante; tú por ella
á tu dama hermosa y bella.
Entrambos jugais aqui
la pretina; y pues engaños
os ponen en tal rigor,
quien hizo hurtos de amor,
que pague al otro los daños.

D. JUAN.

Necio remedio será.

D. ANA.

Yo á lo menos no podré
aplicarle.

ESPINEL.

¡No! ¿Por qué?

D. ANA.

Por que no sale de acá. *vase.*

D. JUAN.

Ven conmigo; que hemos de ir,
á desenojarla.

ESPINEL.

Vamos. *vanse.*

Salen Doña Maria y Juana

D. MARIA.

Toma allá ese manto, Juana.

JUANA.

Triste vienes.

D. MARIA.

Vengo muerta.

JUANA.

No tienes razon, pues viste
satisfacciones tan ciertas.

D. MARIA.

No admite satisfacciones,
quien está tan loca y ciega.

JUANA.

Pues tu hermano viene aqui:
riñe con él ahora.

D. MARIA.

Necia
estás. ¿A qué mujer quieres,
que le falte una pendencia,
quando la haya menester?

Sale Don Luis.

D. LUIS.

Hermana, escuchame atenta,
porque vengo, á darte parte
de mis desdichas y penas.
Yendo en casa de Doña Ana:::

D. MARIA.

¡Ay Juana! Mas que nos cuenta
lo mismo, que habemos visto. *ap.*

D. LUIS.

á visitarla y á verla,
entró tras mí un caballero,
que puede, ser que en las señas
conozcas. En fin se llama
Don Diego de Silva.

D. MARIA.

Espera,
que no lo he entendido bien.
¿Quién estaba alli con ella?

JUANA.

Bien disimula.

D. LUIS.

No sé.
Una señora encubierta.

D. MARIA.

¿Conocistela?

D. LUIS.

No tube
ni cuidado ni advertencia:
pero no es esto del caso.

D. MARIA.

Pues yo juzgué, que pudieras.
¿En fin qué pasó?

D. LUIS.

El entró
con la capa descompuesta,
perdido el color, la voz
turbada, torpe la lengua;
no sé, lo que dixo:::

D. MARIA.

¡Ay Dios!
¿Reñiste con él?

D. LUIS.

Afuera,
le dixe, que le esperaba,
y estube un rato á la puerta
esperando.

D. MARIA.

¿Y él salió?
Que de imaginarlo tiembla
el corazon.

D. LUIS.

No salió.

D. MARIA.

¡Ay Jesus, que estaba muerta!
Buenas nuevas te dé Dios.

D. LUIS.

La verdad, hermana, es esta.

D. MARIA.

¿Y en fin, qué quieres ahora?

D. LUIS.

¿Qué quieres que un hombre quiera
zeloso? Trazas y engaños,
que amor cauteloso intenta.
Fingir, que estás disgustada,
y que de mí tienes quexas;
y vete en cas de Doña Ana;
que siendo huespeda en ella,
podrás saber de su amor
el estado. Esta fineza
has de hacer, hermana mia.
No habrá cosa que agradezca,
como que á su casa vayas,
y con arte y con cautela
el estado de este amante

y de este zeloso sepas.

D. MARIA.

Por la mano me ha ganado
mi hermano.

D. LUIS.

¿Qué estás suspensa?

D. MARIA.

Estoy pensando, ¿qué quieres,
que en una mujer parezca
de mi honor y obligaciones,
dexar su casa por quexas
de su hermano?

D. LUIS.

¿Aconsejára
cosa yo, que indigna fuera
á tu honor? Con una amiga
de su calidad y prendas,
debiera hacerlo hoy el gusto,
quando el disgusto no fuera.

D. MARIA.

El gusto pudiera hacerlo
por su misma conveniencia:
pero el disgusto:::

D. LUIS.

No vayas,
si eso te dá tanta pena.
Quándo has de hacer una cosa
que te pida?

D. MARIA.

Espera, espera;
no te disgustes tan presto.
Yo iré.

JUANA.

Porque no te deba
nada, no quiero que vayas.

D. MARIA.

Pues yo quiero, ahunque no quieras.
¿Quándo ha de ser la partida?

D. LUIS.

Luego.

D. MARIA.

¿Luego?

D. LUIS.

¿Pues qué esperas?

D. MARIA.

¿No vés, que es de noche ya?

D. LUIS.

Asi tendrán por mas cierta,
siendo á deshora la ida,
la causa, que allá te lleva.

D. MARIA.

¡Oh quánto, hermano, me agradas,
quando mi gusto me ruegas! *vanse.*

Salen Don Juan y Espinel.

D. JUAN.

Quedate aqui, mientras yo

hago en la calle la seña,
por no entrar dentro de casa.

ESPINEL.

Bien puedes; seguro entra;
porque no me ha de parar
en la calle ni en la puerta
hombre humano ni viviente,
ahunque un exército venga.

D. JUAN.

¿De quándo acá tan valiente?

ESPINEL.

Quando esto verdad no sea,
quexate de mí.

D. JUAN.

¿Qué armas
trahes para tan grande empresa?

ESPINEL.

Una daga y una espada.
¿Vees tú mas?

D. JUAN.

Aquí me espera;
que con esa confianza
he de entrar. Esta es la rexa
del patio, donde otras veces
hablamos. *vase.*

ESPINEL.

Sea enhorabuena.
Ya estamos, señor Don miedo

en la estacada y palestra,
de donde hemos de salir
con la buena diligencia.
Juego de manos parece;
y será la vez primera,
que el miedo juegue de manos,
pues siempre las tubo quedas.
Salga de la guarnicion
de la daga, en que está puesta,
luego una cuerda encendida,
que en la guarnicion revuelta
de la espada, nadie duda,
que aqui á lo obscuro parezca
un mosquete, que cargado
tiene calada la cuerda.
La vayna venga tambien,
para que la horquilla sea
de este mosquete mental.
Y puesto de esta manera,
á lo Tudesco plantado,
daré á todas partes vuelta.
Mosqueteros de la paz,
árbitros de la comedia,
todos somos de la carda,
y á todos pido clemencia.

Sale Don Diego.

D. DIEGO.

Salgo, á buscar á Don Luis

á su casa, porque entienda,
que hoy no dexé de seguirle,
por temor de sus bravezas,
sino por otras desdichas,
que siguieron la primera.
Y bien se conoce; pues,
si se mira con mas fuerza,
no le viniera á buscar
solo á su casa, y quisiera
hallarle presto, por dar
desocupado la vuelta,
á vér, qué quiere Doña Ana,
que por un papel desea
con grande encarecimiento,
que vaya, esta noche á verla,
diciendome, que esta noche
me tendrá la puerta abierta.

ESPINEL.

Vuesa merced, caballero,
en cortesía se vuelva,
y pase por otra calle;
que hay inconveniente en esta,
y emboscada, que le hará,
que luego al punto se vuelva,
ó la boca de un mosquete
lo dirá de otra manera,
asestando con dos balas
que son de su boca lengua

elegante.

D. DIEGO.

Caballero,
mucha prevencion es esa
para que un hombre os responda,
que acaso á esta parte llega
con su capa y con su espada;
y si me importára, en ella
entrar, vive Dios, entrára
por aquesa causa mesma;
y si quereis ver, si tengo
ánimo y valor, depuesta
la ventaja, con la espada
defended la entrada de ella.

ESPINEL.

Para haber de deponer
la ventaja, no viniera
cargado desde mi casa
con un mosquete, que pesa
cien arrobas. Vuesarced,
pues habla tan bien, se vuelva,
ya que no aventura nada.

D. DIEGO.

Yo lo haré, como se entienda,
que me voy, por no importarme
pasar por aquí, y aquesta
accion tan aventajada
no la tengais á flaqueza.

ESPINEL.

No tendré, sino á gordura.

D. DIEGO.

¡Con mosquetes á la puerta
de Don Luis la misma noche
que ha tenido una pendencia!
Miedo gasta; mas de dia
le buscaré, porque véa,
cómo se ha de recatar
de los hombres de mis prendas. *vase.*

ESPINEL.

Lumbre ha dado la invencion,
sin poder dar lumbre. Buena
es la industria.

Sale Don Luis.

D. LUIS.

Ya mi hermana
con Doña Ana en casa quedà.
Yo vengo ahora á mudarme,
por volver á dar la vuelta
á la calle, á ver, si encuentro
á aquel caballero en ella,
que hoy no salió de cobarde.

ESPINEL.

Hidalgo, sea quien sea,
por otra calle habrá paso;
que está muy cerrada ésta,

D. LUIS.

¿Quién lo dice?

ESPINEL.

A la pregunta,
si quiere llevar respuesta,
la de un mosquete lo dice.

D. LUIS.

Tened: no caleis la cuerda;
que para un hombre no mas,
ya es mucha ventaja esa.

ESPINEL.

Si un hombre no mas estorba,
un hombre no mas se vuelva;
que un hombre no mas lo pide.

D. LUIS.

Es demasiada llaneza,
querer, que un hombre no éntre
en su casa.

ESPINEL.

Quizá es esa
la causa, que aqui me tiene.

D. LUIS.

Obedeceros, es fuerza;
mas ya sé, quién os envia.

ESPINEL.

Sabed muy enhorabuena.

D. LUIS.

Que quien no tubo valor

hoy, para salir afuera,
y se quedó entre mujeres,
no es mucho, que miedo tenga
tan grande, que con mosquetes
me venga á rondar las puertas.
Pero yo le buscaré
de dia, y haré que sepa,
lo que ha de hacer. ¡Que esto, cielos,
en la corte se consienta! *vase.*

ESPINEL.

Viendo un mosquete á la vista,
el mas halentado tiembla.

Sale Don Juan.

D. JUAN.

¡Que no haya Doña Maria
querido escuchar siquiera
disculpa! Con Juana estube
hablando por esas rexas;
y dice, que no está en casa
su ama: en fin, ella se niega.
Don Luis sin duda me ha visto
en su casa; y asi intenta
darme muerte; pues restado
muera yo, y matando muera.

ESPINEL.

¿Quién viene?

D. JUAN.

¿Quién vá? ¿Es Don Luis?

ESPINEL.

¿Señor?

D. JUAN.

¿Espinél, qué intentas?

ESPINEL.

Guardarte la calle.

D. JUAN.

¡Necio,
qué es esto!

ESPINEL.

Un mosquete en pena;
pues fantástico no mas,
tiene sola la apariencia.

D. JUAN.

¡Pues con escándalo tal
me destruyes! Loco, bestia,
vil, cobarde; vive Dios,
que tengo mucha paciencia,
si por tan necia locura
no te rompo la cabeza.
No me sigas; que no quiero
verte en mi vida. *vase.*

ESPINEL.

No sea.
Vuelvan todas mis alhajas
á su forma y su materia.

Iré tras él, y ahunque tarde,
á casa daré la vuelta. *vase.*

Salen Doña Ana y Doña Maria.

D. ANA.

¿Quién dixera, que podia
rodearse de manera
el suceso, que viniera
yo agradecerte en un dia
pesares tuyos, Maria?
Y aqueste te he agradecido,
por haber la causa sido,
de haberte visto otra vez,
donde el amor hago juez,
que en nada te he deservido;
porque callarte, que estaba
Don Juan escondido aqui,
fue por ver, que á mí de mí
él su secreto fiaba;
y como Don Juan callaba,
que tú el retrato me diste,
porque tú me lo dixiste;
asi te callé tambien,
lo que él me dixo.

D. MARIA.

Está bien;
mas piensa, que no consiste
el sentimiento en razon,

pues un zeloso sin ella,
por todo, amiga, atropella.

D. ANA.

No quieras otra ocasion
de mayor satisfaccion,
de que Don Juan ha salido
de casa. A buscarte ha ido
quexoso, ofendido y loco:
y no me tengo en tan poco,
que lo hubiera consentido,
si una palabra siquiera
de amor le hubiera escuchado,
ni él, si lo hubiera pensado,
tan libremente se viera,
que á buscar otra, se fuera.

D. MARIA.

Mas satisfaccion no esperó.

D. ANA.

Sí; que al dominio primero
no volviera, ahunque huyó esquivo,
de cautivo fugitivo
voluntario prisionero.

Salen Don Diego é Inés.

INES.

Aqui mi señora está;
entra: no tengas temor.
Don Bernardo, mi señor,

está recojido ya:
la noche tiempo te dá;
y ella el lugar te procura;
tiempo y lugar te asegura.

D. DIEGO.

¿Y qué me vendrá á importar,
el tener tiempo y lugar,
si me falta la ventura? *Vase Inés.*

D. ANA.

Ya estamos, señor Don Diego,
solos; que Doña Maria
es mitad del alma mia.
Escuchadme atento, y luego,
ya que á tanto extremo llego,
me respondereis; y asi,
saldrémos los dos de aqui,
ó satisfechos ó no.
¿En qué os he ofendido yo?
¿Qué quexa teneis de mí?
¿No os habeis asegurado
de una vana presuncion,
viendo la satisfacion,
que á vuestros zelos he dado?

D. DIEGO.

Doña Ana, yo no he quedado,
yo lo confieso, zeloso;
mas de vuestro amor quexoso,
sí, con bastante ocasion.

D. ANA.

Poned la quexa en razon.

D. DIEGO.

Escuchad. Un cauteloso
pecho ha tenido un secreto
tan recatado de mí,
que jamás capáz me ví
de su causa ni su efeto;
y amor, que guardó secreto,
ni fue amor, ni serlo pudo;
y asi esas finezas dudo,
quando á vér, Doña Ana, llego,
que amor, que en todo fue ciego,
en tí solo ha sido mudo.

D. ANA.

Don Diego, mayor fineza
fue, callar una mujer,
lo que te pudo ofender,
causandote mas tristeza:
y asi el callar fue firmeza
de mi amor, por excusar
tu tristeza, y tu pesar:
saca pues de este concepto,
que, quien te calló el secreto,
es, quien mas te supo amar.

D. DIEGO.

No es; que la que me calló
el secreto, afirmo y digo,

que ha sido doble conmigo,
ahunque el pesar me excusó;
pues quien el pesar me dió,
de toda traycion desnudo,
yo no ignoro ni lo dudo,
que á la amistad satisfizo,
pues, en no callarlo, hizo
de su parte, quanto pudo.

D. ANA.

Mas facil es, el hablar,
que el callar, en la mujer;
y pues yo llegué á escojer,
donde hay razon de dudar,
lo dificil, que es callar,
de mi parte hice (no dudo)
mas; pues si, el pecho desnudo,
hizo entonces el que habló
lo que pudo; el que calló
hizo mas de lo que pudo.

Sale Inés alborotada.

INES.

¡Ay señora, muerta vengo!

D. ANA.

¡Inés, qué dices! ¡Qué tienes!

INES.

Vino de fuera Don Juan
ahora, y me dixo: advierte,

que Espinel se queda fuera,
porque lexos de mí viene;
baxa á abrirle de aquí á un rato:
yo baxé:::

D. ANA.

¿Y bien, qué sucede?

INES.

Estaba embozado un hombre
en la calle (mal hubiesen
las comedias, que enseñaron
engaños tan aparentes)
dixele, si era Espinel;
dixome que sí, y halleme,
que no era Espinel.

D. DIEGO.

¿Y adónde
está el hombre?

INES.

Escucha, advierte,
que hay mas desdichas: dí voces,
y el mayor daño es aqueste,
que despertó mi señor,
y al escuchar que anda gente,
se levanta de la cama,
y á la luz escasa y breve,
que entraba á este quarto, ví:::
¡Mas, qué he de decir, si él viene!

D. ANA.

Don Diego, procura (ay Dios)
retirarte, y esconderte;
porque hallandonos mi padre
sosegadas, de esta suerte
hablando á las dos, verá
que eramos nosotras; vete.

D. DIEGO.

Mal sé la casa; mas ya
miro en el quarto de enfrente
una luz, y alli podré
retirarme y esconderme.
¡Solo me resta saber,
cielos, qué embozado es éste!

Retirase Don Diego, y sale Don Bernardo, con espada desnuda.

D. BERNARDO.

¿Quién estaba ahora aqui?

D. ANA.

Doña Maria, que viene
á estar conmigo.

D. BERNARDO.

Ya sé,
quanto en eso decir puedes:
mas no era Doña Maria,
la que estaba solamente;
que un hombre salió de aqui.

D. ANA.

¡Señor, qué dices! Advierte,
que nosotras dos no mas:::

D. BERNARDO.

Dadme aquesa luz:::

D. ANA.

Detente.

D. BERNARDO.

que de esta suerte he de ver
mi desengaño ó mi muerte.

Toma una de dos luces, que habrá, y vase.

D. ANA.

¡Ay triste de mí!

D. MARIA.

¿Qué harémos?

D. ANA.

¡Qué de males me suceden!
¿Pero viniendo el primero,
quándo menos que estos vienen?

Entranse, y sale Don Luis.

D. LUIS.

Las voces de la criada
toda la casa revuelven.
Mal hice, en aventurarme:
mas ya estoy dentro: no puede
excusarse; aqui me escondo,
y venga lo que viniere.

Vase, y salen Don Diego y Don Juan.

D. DIEGO.

Señor Don Juan, pues que sois
un caballero, que tiene
obligaciones, y sabe
las que en tal caso se deben
á un hombre, que en vuestras manos
pone su vida; valedme
en esta ocasion; que yo
os doy palabra, que puede
mi amistad favoreceros
en otra no menos fuerte.
Con Doña Ana estaba hablando,
quando su padre nos siente;
quise esconderme, y hallé
abierta esa puerta; entréme
donde estais; mi dicha ha sido,
si esta piedad me concede
algun lugar, donde esté
escondido.

D. JUAN.

Detrás de ese
pavellon podeis estar;
y presto; que siento gente:
que en ocasiones de amor,
quando excusarse no pueden
los lances, sé yo muy bien
el amparo, que se debe

á un amante y á una dama.
Escondese Don Diego, y sale Don Bernardo.
¡Señor, pues vos de esta suerte!
¿Dónde vais?

D. BERNARDO.

Buscando un hombre,
que corriendo velozmente,
desde mi quarto se vino
huyendo, y se ha entrado en éste.

D. JUAN.

Aqui ningun hombre ha entrado;
solo estoy: no me parece,
que sentí ruído.

D. BERNARDO.

Yo sí,
que seguí sus pasos leves,
y á la vislumbre ví el vulto.

D. JUAN.

Pues yo os afirmo, que en este
quarto estoy solo.

D. BERNARDO.

Me dais
ocasion, en que sospeche,
Don Juan, que erais vos.

D. JUAN.

¡Señor!

D. BERNARDO.

Porque veros de esa suerte

á tales horas vestido,
negando, lo que no puede
dexar de ser, pues yo mismo
le ví entrar, claro me ofrece,
que erais vos.

D. JUAN.

Yo vengo ahora
de fuera, y por evidente
seña, no vino Espinel
conmigo, para que llegue
á haber testigos de todo;
y con esto solamente
respondo á las dos preguntas,
de estar vestido, y de verme
entrar. Y quando yo fuera,
decidme, ¿qué inconveniente
fuera decir, que era yo?

D. BERNARDO.

El daño, Don Juan, es ese
de negarlo; y pues negais
lo mismo, que claramente
vén mis ojos, mayor daño
hay aquí, del que parece.
Yo os ví, salir de mi quarto.

D. JUAN.

Pues muera yo infamemente
á manos del mas amigo,
si yo fui, quien os parece.

D. BERNARDO.

Pues otro fue, y está aquí;
y sois de qualquiera suerte,
ya encubridor, y ya reo
á mi honor ingrato huesped.

D. JUAN.

Reportaos, porque yo
en todo quanto se debe
á vuestro honor y respeto,
sé, cuerda y honradamente
cumplir mis obligaciones.

D. BERNARDO.

Pues perdonadme, que éntre,
á ver aqueste aposento;
que mi agravio no consiente
menores satisfacciones.

D. JUAN.

¡Hay mas desdichada suerte!
¡Quién en tal lance se ha visto! ap.
Si le defiendo, que llegue,
me hago complice en su agravio:
si le permito, que éntre,
falto al amparo y palabra,
que dí, de favorecerle.

D. BERNARDO.

¿Qué pensais? ¿Son casos estos,
para admitir pareceres?
Vive Dios, que lo he de ver.

D. JUAN.

Detente, señor, detente:
No has de verlo, vive Dios;
que á tí tambien te conviene.

D. BERNARDO.

¿Vos me defendeis la entrada
en mi casa?

Salen Doña Ana y Doña Maria.

D. ANA.

Si suceden ap.
dos daños, es el menor,
el que ha de elegirse siempre.
Una industria con mi padre
este peligro remedie.
Señor, si quieres saber,
quien estaba en mi retrete,
Don Juan era.

D. JUAN.

¡Yo!

D. ANA.

Don Juan,
no es tiempo, de que lo niegues.
El es de Doña Maria
amante, y por eso viene
ella á mi casa, qual vés,
por poder hablarle y verle.
Por ella le sucedió

la desgracia, que le tiene
retrahido. ¿No es verdad?

D. MARIA.

¿Eso quién negarlo puede,
si yo misma lo confieso?

Sale Don Luis.

D. LUIS.

¡Ya disimular no puede
mas mi sufrimiento, cielos!
Nadie se admire de verme,
que yo diré como estoy
escondido de esta suerte.
Yo he venido, Don Bernardo,
por mi hermana, que presente
está, y faltando de casa,
no supe, donde estubiese;
y por saber si aqui estaba,
rondé la calle mil veces.
Estando en ella, baxó
una criada, y llegueme,
diciendola, que era un hombre
que esperaba; y asi entreme
hasta aqui, donde ya he visto
mis desdichas claramente,
pues he visto á un hombre aqui,
por quien mi opinión padece,
causando en mi misma casa

mil escándalos y muertes,
y ahunque ahora esté en la vuestra,
tengo de satisfacerme.

Empuña la espada, y detienele Don Bernardo.

D. BERNARDO.

Tened la espada, Don Luis;
que si vuestro agravio es ese,
os estará á vos muy bien
la satisfaccion que tiene,
si le dá á Doña Maria
mano de esposo.

D. LUIS.

Ahunque fuese
asi, yo estoy ofendido,
pues mi hermana á verle viene
hoy á tu casa.

D. MARIA.

Tú mismo
me rogaste, que viniese;
que no queria venir;
y para satisfacerte,
le doy la mano de esposa.

D. LUIS.

Ya el callar es conveniente;
y pues por vos, Don Bernardo,
quiero que mi agravio cese,

cese tambien la ocasion,
que tan confusos nos tiene.
Dadme, pues sabeis de mí,
quién soy, y que la merece
mi sangre, á Doña Ana.

D. BERNARDO.

Yo
gano en eso.

Sale Don Diego.

D. DIEGO.

Pues quien pierde,
se descubra; que ya aqui
no es mayor daño la muerte,
que todos me podeis dar,
que casarse.

D. LUIS.

Si viniese
con vos aquel Gentil-hombre
cargado con el mosquete,
pudiera ser, vuestro amor
que con eso se saliese.

D. DIEGO.

Eso es, achacarme á mí
los temores, que tú tienes.

Ván á acometerse, y embarazálo Don Bernardo.

D. BERNARDO.

Dentro de mi misma casa,
(¡qué encanto, cielos, es éste!)
una pendencia, y un hombre
de cada razon procede.

Sale Espinel.

ESPINEL.

Si quieres, que yo te saque
de todo, oye atentamente.
El mosquetero fui yo,
que burló á vuesas mercedes.
Don Juan y Doña Maria
ha mil años que se quieren;
ya están casados: á Dios.
Don Diego y Don Luis pretenden
á tu hija; elija ella,
el que mejor le parece.

D. ANA.

Esto conviene á mi honor;
y asi Don Diego merece
mi mano.

D. DIEGO.

Dichoso soy;
y por pagar lo que debe

hoy á Don Juan mi amistad,
yo le perdono la muerte
de Don Fadrique, pues soy
la parte á quien le compete.

ESPINEL.

Ahora entro yo con Inés;
porque vean de esta suerte,
que no viene solo un mal,
pues tantos juntos nos vienen
el dia que nos casamos.
Perdonen vuesas mercedes.

LOS EMPEÑOS DE UN ACASO,

COMEDIA

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

No tiene
otra venganza mas noble
un zeloso, que ponerse
en ocasion, que su dama
conozca, qué amante pierde. Jorn. III.

ARGUMENTO.

Don Felix de Toledo, Caballero galan y acomodado de Madrid, servia correspondido á Doña Leonor de Mendoza, hija de Don Alonso, y en su competencia tambien la galanteaba Don Diego de Lara, ahunque no admitido de la dama. Una de las noches, en que Don Felix concurrió á hablar á Doña Leonor, halló embozado y oculto en el portal de su casa á su competidor, de que dimanó sacar las espadas, á cuyo ruido salió Don Alonso con su familia, y evitó la quimera, de que se separó Don Diego, por no ser conocido; pero deseando saber, en que habia parado la detencion de Don Felix por Don Alonso y su familia, con acuerdo de su amigo Don Juan de Silva, amante de Doña Elvira, hermana de Don Diego, sin conocerla, y solo por haberla hablado, ahunque siempre tapada, en el Parque, envió un papel con Hernando, criado de Don Juan, á Inés, criada de Doña Leonor; el qual interceptado por Don Felix al entregarle, confirmó

su sospecha, de tener su dama otro amante, y para saber quien fuese, preguntó á Hernando, á quien servia. Este dixo, que á Don Juan de Silva, pero no manifestó, que iba de parte de Don Diego, de cuya equivocacion resultó, que Don Felix le enviase recado de desafio á su amo, dando al criado dos cuchilladas, y tambien que ambos se diesen por agraviados, y buscasen á Don Felix, queriendo cada uno tener el primer derecho para el duelo, que admitió éste por decantado del Don Juan, y fue interrumpido por varios acasos ocurridos con Doña Leonor, y su padre, hasta que por último juntando el acaso á Doña Leonor y Doña Elvira, hermana de Don Diego, en el quarto de Don Felix, y acudiendo á él tambien Don Alonso y Don Diego, por conveniencia de todos se casaron Don Felix con Doña Leonor y Don Juan con Doña Elvira.

PERSONAS.

DON ALONSO DE MENDOZA.

DOÑA LEONOR, *su hija.*

DON FELIX DE TOLEDO.

DON DIEGO DE LARA.

DOÑA ELVIRA, *su hermana.*

DON JUAN DE SILVA.

INES, *criada.*

JUANA, *criada.*

HERNANDO, *criado.*

LISARDO, *criado.*

LOS EMPEÑOS
DE UN ACASO.

JORNADA PRIMERA.

Salen Don Felix y Don Diego acuchillandose.

D. FELIX.

O he de matar ó morir.
ó, quien sois, he de saber.

D. DIEGO.

Pues mirad, cómo ha de ser,
que yo no lo he de decir.

D. FELIX.

Con vuestra muerte ó mi muerte,
que es el ultimo remedio.

de mis zelos, que otro medio
no permiten.

D. DIEGO.

De esta suerte
he de intentar defendello.

D. FELIX.

No he visto valor igual.

D. DIEGO.

¡Qué gran brio!

Dentro Don Alonso y Doña Leonor.

D. ALONSO.

¡En mi portal
cuchilladas! ¡Qué es aquello!
Dadme una espada y broquel,
y sacad luces.

D. LEONOR.

Señor,
advierte:::

D. ALONSO.

Suelta, Leonor.

D. LEONOR.

No has de salir.

D. DIEGO.

Mas cruel
es ya el lance; que al ruido
luz baxan, y en este estado,
es fuerza, sea yo el culpado.

siendo yo el aborrecido.

D. FELIX.

A qualquier lance dispuesto,
á trueque de conocer
mis zelos, no siento ver,
que baxen luces.

Salen Don Alonso, y Leonor deteniendole, é Inés con luz.

D. ALONSO.

¿Qué es esto?

D. DIEGO *emboçado.*

Bien, ocultarme, será,
ahunque á mi valor le pese.

D. ALONSO.

¡Pues cómo en mi casa...!

D. DIEGO.

Ese
caballero os lo dirá. *vase.*

D. FELIX.

Si haré, en habiendoos seguido.

D. ALONSO.

¡Señor Don Felix!

D. FELIX.

Yo soy.

D. ALONSO.

¡Qué ha sido esto!

D. LEONOR.

Muerta estoy.
¡Cielos que habrá sucedido!

D. FELIX.

Yo os lo diré, despues que
siga á aquel hombre.

D. ALONSO.

Eso no;
que habiendo salido yo,
á poner paz, pues se fue
el hombre con quien reñís,
no es razon, que le sigais,
si ya obligado no estais,
á hacerlo; que si decís,
que os importa darle muerte,
el primero seré yo,
que le siga.

D. FELIX.

Porque no
discurrais de aquesa suerte
contra mi reputacion,
de seguirle dexaré,
y la ocasion os diré. *entrayna.*

D. LEONOR.

¿Quál pudo ser la ocasion?

D. FELIX.

Estando ahora jugando,
una duda se ofreció,
sobre una suerte, que yo
ganaba: solicitando
defenderla como mia,
se atravesó un caballero,
que apasionado el primero
juzgó, que yo la perdia.
Yo, que declarada ví
la suerte con tal rigor
contra mí y dé otro en favor,
no sé qué le respondí,
que le obligó, á que sacára
la espada. Como nos vieron
empeñados, acudieron
todos, á que no pasára
á mayor extremo el lance.
Colérico me salí
de la casa: él hasta aquí
vino siguiendo mi alcance,
de otros dos acompañado,
que le seguian. Yo pues,
viendome envestir de tres,
de aqueste umbral amparado,
me intentaba defender,
Al ruido salisteis vos,
retirandose los dos,

antes de dexarse ver,
y él tambien se retiró,
en viendoos. Aquesta ha sido
la causa; perdon os pido
del alboroto; que yo,
siento mas el ver, que vos
os hayais sobresaltado,
que no el disgusto pasado.
Con esto quedad con Dios.

Quiere irse y detienele Don Alonso.

D. ALONSO.

Esperad.

D. LEONOR.

Albricias, cielos, albricias,
una y mil veces os pido,
de que por juego haya sido
la ocasion y no por zelos.

D. FELIX.

¿Pues qué es, lo que me mandais?

D. ALONSO.

Lo que yo os suplico, es,
que puesto que os buscan tres,
solo de aqui no salgais;
que habiendo mi casa sido
de vuestro riesgo sagrado,
y habiendo al lance llegado,
muy necio é inadvertido

fuera, si solo os dexára
ir. Yo tengo de ir con vos.

D. FELIX.

Mas lo fuera yo, por Dios,
si eso á permitir llegára,
dexando á esa mi señora
con tal cuidado.

D. LEONOR.

El que yo
tendré, será, de que no
haga mi padre:::

D. FELIX.

¡Ah traydora!

D. LEONOR.

siempre lo mejor; y asi,
que os acompañe, le ruego,
hasta vuestra casa.

D. FELIX.

¿Y luego,
qué se dixera de mí,
sino que yo, de temor,
de aquí á salir no habia osado,
sino tan acompañado?
Y asi os suplico, señor,
me hagais merced, de quedaros:
que conmigo no habeis de ir,
ni yo lo he de permitir.

D. ALONSO.

Es en vano el escusaros;
que ha de ser. Y asi, ahunque estoy,
por estár yá recojido,
como veis, medio vestido,
os ruego, que mientras voy
á tomar un ferreruelo,
de aqui no salgais. Leonor,
tenle tú. *vase.*

D. LEONOR.

Sí haré, señor.

D. FELIX.

Suelta, sino vive el cielo,
si me detienes así,
que diga la causa:::

D. LEONOR.

Espera.

D. FELIX.

del disgusto; pues me fuera,
por ir huyendo de tí,
quando no, porque imagine,
que para reñir conmigo
tu galan y mi enemigo
esperarme determíne.

D. LEONOR.

¡Qué galan! Bueno es venir
tú del juego ocasionado,
y querer, que yo el enfado

te pagué.

D. FELIX.

Por no decir
la ocasion, que me obligó
á sacar la espada aqui,
á tu padre, eso fingí;
que no, ingrata, porque no
tenga razon de quexarme;
y bien de mi voz pudieras
tu culpa inferir, si vieras,
que con los dos declararme
quise á un tiempo: pues la suerte,
que yo fingí que ganaba,
era la que amor me daba,
de hablarte en tu casa y verte.
El caballero embozado,
que esperando en tu portal
estaba ventura igual,
es aquel, que interesado
juzgó, que yo la perdia;
y juzgó bien, pues es cierto,
que si tu mudanza advierto,
de otro es la suerte y no mia.
Por conocerle en efecto,
saqué la espada: ¡ay de mí!
llegó tu padre, y asi,
con equívoco concepto,
habló á los dos mi dolor,

torpe confundiendo y ciego
empeños de amor y juego;
que tambien es juego amor:
pues siempre anda con recelos
el tahúr de sus rigores,
de ganancia en los favores,
y de pérdida en los zelos.

D. LEONOR.

Don Felix, señor, mi bien,
fálteme el cielo, si dí
ocasion, para que á tí
pesar ninguno te dén
sombras, que en el ayre haria
tu misma imaginacion.

D. FELIX.

No son sombras, las que son
culpa tuya y pena mia.

D. LEONOR.

Plegue al cielo, que si sé,
quien pudo ser, quien asi::

Sale Don Alonso.

D. ALONSO.

Vamos, Don Felix, de aqui.

D. ALONSO.

Bien á mi pesar iré
acompañado de vos.

D. ALONSO.

Inés, cierra tú esa puerta,
y hasta que yo vuelva, abierta
no esté.

D. FELIX.

Perdonad por Dios,
señora, el justo cuidado,
con que es fuerza que quedeis;
que vos la culpa teneis,
pues ir no me habeis dexado.

D. LEONOR.

Si así obedecer prevengo
á mi padre, vos vereis,
ahunque la culpa me deis,
que es culpa, que yo no tengo.

D. ALONSO.

Venid; que dexaros quiero
en vuestra casa: y despues,
sabiendo, el hombre quién es,
hacer las paces espero. *Vase.*

D. LEONOR.

Faciles de hacer serán,
puesto que agravio no ha habido.

D. FELIX.

No mucho, pues ofendido
estoy yo, viendo, que están
tres enemigos (ay cielos!)
declarados.

D. LEONOR.

¿Quáles son?

D. FELIX.

¿Eso dudas? Tu traycion,
y su ventura, y mis zelos. *Vase.*

D. LEONOR.

¿Sabes, Inés, quien sería,
el que en mi casa embozado,
para darme este cuidado,
á estas horas estaria?

INES.

No sé: mas aquel Don Diego,
que tu belleza enamora,
solo pudo ser, señora,
quien tan atrevido y ciego
se atreviese, á estar aqui.

D. LEONOR.

Dices bien; pues no estubiera,
quien mi desden no sintiera,
tan desvelado por mí.

INES.

Pues si él tu desden adora,
no á tí la pena te dés.

D. LEONOR.

A manos moriré, Inés,
de este pesar. Cierra ahora
esa puerta; y á pensar
vén conmigo en mis desvelos,

como podré de sus zelos
á Felix desenojar.

INES.

Eso yo te lo diré,
no dandole á su pasion
ninguna satisfaccion.

D. LEONOR.

¡Eso dices!

INES.

Sí.

D. LEONOR.

¿Por qué?

INES.

Porque en la vária fortuna
de los zelos y el amor,
la satisfaccion mejor
suele ser, no dar ninguna.

D. LEONOR.

Es engaño; que tambien
es cierta especie de culpa,
no acertar cón la disculpa. *Vase.*

INES.

Si supiera, que fuí quien
á Don Diego le avisó,
que á aquestas horas viniera
á darme un papel, ¡qué hiciera!
Mas buena disculpa yo
me tengo, para quedar

del lance desempeñada,
con decir, que soy criada,
y sirvo, para medrar. *vase.*
Salen Doña Elvira y Juana tapadas, y Don Juan y Hernando.

D. ELVIRA.

Ya sabeis, que la licencia
de seguirme, caballero,
no dura mas que hasta aquí,
y asi, que os volvais, os ruego.

D. JUAN.

Ya sé, que todos los dias,
que en ese Parque os encuentro,
dando en su florida estancia
al mayo flores, al cielo
rayos, cristales al rio,
luz al sol, envidia al viento;
me dais licencia de hablaros,
y de veniros siguiendo
hasta aquesta calle, donde
me despedís, con precepto
de que no os siga, ni sepa,
quien sois, cuya ley atento
tanto me tubo, que hiçe
de ella fineza, creyendo,
que alguna vez del descuido
naciera el merecimiento,

Vos, por mas que yo procúre
serviros y obedeceros,
nunca os dais por entendida
de mi cortés rendimiento.
Antes ofendida, juzgo,
que me castigais, supuesto
que ahun no me habeis permitido
llegar, descubierta á veros,
como en venganza de tanta
obediencia; porque es cierto,
que en políticas de amor
suelen tener unos fueros
las damas, que obligan mas,
que el guardarlos, el romperlos.
Y asi viendo, que ya el mayo,
tiranamente depuesto
del imperio de las flores,
le dexa á junio el imperio,
temeroso de ver, que éntre
abrasando á sangre y fuego
en las fértiles campañas
los verdes triunfos del tiempo,
no quiero esperar, á que
de este hermoso sitio ameno
la estacion cése, y pasando
el felíz siglo de acero,
mejor que el de oro, me quéde
llorando yo en el de hierro,

el no haberos conocido.
Discúlpeme un argumento,
por ver, si con la razon
vuestro recato convenzo.
Vos me mandais, que no os siga;
y yo, que seré, os confieso,
ó descortés en seguiros,
ó necio en obedeceros.
De necio ú de descortés
estoy peligrando al riesgo.
Ved vos la distancia, que hay
de un defecto á otro defecto;
pues de descortés podré
enmendarme, con no serlo;
y de necio no, pues nunca
puede el necio no ser necio.
Con lo qual vereis, señora,
que en dos daños, escojiendo
el que yo puedo enmendar,
elijo del mal el menos.
O os habreis de descubrir,
ó decir quién sois, ó tengo
de seguiros, donde pueda
mi curiosidad saberlo;
porque haberos dado el alma
por fé del entendimiento,
é ignorar, á quien la he dado,
ó es pereza del deseo,

ó es desaliño del gusto,
ó es tibieza del afecto;
y nada os está mejor,
que en mí no haya cosa de esto.

D. ELVIRA.

Señor Don Juan, quien buscó
esta ocasion, para veros
y para hablaros, dixera
quien es, á poder hacerlo.
Ni vos lo podeis saber,
ni yo deciroslo puedo;
que hay muchos inconvenientes,
y de uno solo os advierto
con que si quereis, que os diga
quien soy, deciroslo ofrezco.

D. JUAN.

Ninguno será mayor,
que ignorarlo. Decid presto.

D. ELVIRA.

Pues en el instante que
sepais quien soy, estad cierto,
que otra vez en vuestra vida
volver á hablaros no tengo.

D. JUAN.

Terrible es la condicion,
y sin pensarla primero,
no me atrevo á resolverla.

D. ELVIRA.

Pues:::

D. JUAN.

¡Qué!

D. ELVIRA.

pensadla, y sea presto.

Hablan los dos aparte.

HERNANDO.

Mientras que piensa mi amo,
y mientras yo tambien pienso
este vayo, que no ensillo,
tápada menor, te ruego
hágas por mí una fineza.

JUANA.

Como no sea su intento,
el saber, quien soy, señor
Hernando, yo se lo ofrezco,
porque le quiero así, así.

HERNANDO.

Y yo así, así lo agradezco.
¿Mas, por qué no ha de decirlo?

JUANA.

Porque he hecho juramento,
de callarlo.

HERNANDO.

Por lo propio
pensaba yo, que el saberlo

fuera mas facil.

JUANA.

¿Por qué?

HERNANDO.

Porque no hay gusto en el suelo,
como quebrantar tres cosas.

JUANA.

¿Quáles son?

HERNANDO.

Un juramento,
un destierro y un ayuno;
mas no presumas, que es esto,
lo que te quiero pedir;
pues antes es mi deseo,
el que tanta merced me hagas,
que me lo tengas secreto;
que estoy, si verdad te digo,
temblando, que he de saberlo.

JUANA.

¿Pues de qué nace el temor,
que tanto le aflige?

HERNANDO.

De esto.
Desde el dia que empecé
á navegar el estrecho
golfo de amor, sin salir
de Abido, para ir á Sesto,
supe, quién era mi dama,

su cara, su entendimiento,
su calidad y su estado,
y todas quantas encuentro
son Franciscas, Juanas, Luisas;
con que poco mas ó menos
todas al Malcocinado
tienen sus alojamientos.
Quisiera una dama yo
extravagante, y sujeto
capáz de novela, porque
es mi amor tan novelero,
que me le escribió Cervantes
y asi te pido, y te ruego,
que sin saber yo, quién eres,
me adores mis pensamientos.
Dame á entender, que te llamas
Pantasiléa, y creyendo
ser Infanta distrahída,
viviré ufano y contento
de pensar, que andas tras mí
puesta en trabajo; y con esto,
por no olbidar el beber,
beberé por tí los vientos.

JUANA.

Pues por mucho que imagine,
ahun soy mas.

HERNANDO.

Asi lo creo.

D. ELVIRA.

¿Y en eso os resolveis?

D. JUAN.

Sí;
que, si tengo de perderos,
no siguiendoos de cobarde,
y de atrevido siguiendoos,
mejor es, que de atrevido
os pierda; que en igual riesgo
es civil la cobardia,
y noble el atrevimiento.

D. ELVIRA.

Mirad, que aventurais mucho.

D. JUAN.

Mas aventuro, si os pierdo.

D. ELVIRA.

Eso es perderme.

D. JUAN.

Es verdad;
pero no por mi defecto;
pues hago yo de mi parte
las diligencias, que puedo.

D. ELVIRA.

Pues yo tambien de la mía
he de hacer otro argumento.
O es verdad, que para hablaros
busqué este disfráz que tengo,
ó no? Si es verdad, seguro

podeis estar de mi afecto.
Si no es, ¿qué os importará,
el saber, quién soy, supuesto,
que el saber quién soy, no es
circunstancia, de quereros.
Y asi, señor, fiad de mí,
que os buscaré en otro puesto,
y no me sigais.

D. JUAN.

Ahunque
adoro el ingenio vuestro,
ahun no me doy por vencido
de la réplica.

D. ELVIRA.

¿En efecto,
me habeis de seguir?

D. JUAN.

Sí.

D. ELVIRA.

Pues
advertid:::

Sale Don Diego.

D. DIEGO.

¿Don Juan?

D. ELVIRA.

¡Ay cielos!
Ya es mi desdicha mayor.

D. JUAN.

¿Qué mandais?

D. DIEGO.

Buscandoos vengo,
sabiendo, que al parque fuisteis.
Y á singular dicha tengo,
el haberos encontrado.

JUANA.

Muy malo, señora, es esto.

D. ELVIRA.

¿Si mi hermano nos habrá
conocido?

JUANA.

Harto lo temo.

D. JUAN.

¿Pues qué mandais?

D. DIEGO.

Un cuidado,
que en toda el alma padezco,
me importa communicar
con vos.

D. ELVIRA.

¡Ay triste!

D. DIEGO.

Y os ruego,
que, en dexando aquesa dama
en su casa:::

D. ELVIRA.

¡Extraño aprieto!

D. DIEGO.

conmigo vengais; que yo
á lo largo os voy siguiendo.

JUANA.

No es nada; ¡seguirnos quiere
nuestro hermano por lo menos!

D. ELVIRA.

No permitais, que nos siga,
por Dios, ese caballero,
señor Don Juan; que quien tubo
de vos solo igual recelo,
¿qué hará de otro? Y presumid,
ahunque os diga mas, que puedo,
que importa mas, que pensais.

D. JUAN.

Por quitaros ese miedo,
perderé yo esta ocasion. *á D. Elvira.*
Ahunque habeis llegado á tiempo,
que iba tan bien divertido,
de esa manera viniendo, *á D. Diego.*
¿cómo puedo dilatar,
ir con vos?

D. DIEGO.

Yo os lo agradezco.
Perdonad, señora, y dadle
licencia.

D. JUAN.

Ya yo la tengo
de esta dama; que antes ella
agradecerá el encuentro,
porque no la siga yo.

D. ELVIRA.

Es verdad; mas no por eso
de mí esteis desconfiado,
pues ya nueva causa tengo,
de buscaros, por saber,
qué os quiere ese caballero.

D. JUAN.

¿Pues qué os importa á vos?

D. ELVIRA.

Solo
el cuidado, con que quedo,
de presumir, que es disgusto.

D. JUAN.

Estimad á ese recelo,
que no os siga.

D. ELVIRA.

Sí lo estimo;
mas tambien, Don Juan, lo siento.
Vén, Juana.

JUANA.

No hay que temer;
que nos conoció, supuesto
que nos dexa ir tan seguras.

D. ELVIRA.

¡Quién creyera, que á un empeño
igual mi hermano me hiciera
espaldas; pues por él quedo
libre ya, de que Don Juan
no me siga! Vamos presto,
Juana, pues quiere mi suerte,
que haya venido Don Diego,
á sacarme del peligro
en que mi amor me habia puesto,
librandome la fortuna
de un riesgo con otro riesgo. *vase.*

JUANA.

A mas ver, señor Hernando. *vase.*

HERNANDO.

Vuestra Alteza, oculto dueño
de mis sentidos, en mí
tiene un esclavo.

D. JUAN.

Ya quedo,
Don Diego, desocupado.
¿Qué mandais?

D. DIEGO.

Estadme atento.
Ya sabeis, como quien es
mi amigo tan verdadero,
y á quien he franqueado todos
los archivos de mi pecho,

que adoro á Doña Leonor
de Mendoza, padeciendo
las iras de sus desdenes,
las sañas de sus desprecios.
Consolado en sus rigores,
porque no es amor perfecto,
el que no se juzga bien
hallado en sus sentimientos,
la idolatraba, pensando,
que en tan soberano empleo,
nadie habia, que ganase
las aventuras que yo pierdo.
¡Mas, ay de mí, quán burlado
vivia mi pensamiento,
de sí mesmo persuadido,
y engañado de sí mesmo,
que otro es mas felíz que yo!
¡Cómo mis zelos refiero!
ay de mí, sin que me mate
la ponzoña de mis zelos!
Como lo supe, escuchad:
vereis la razon, que tengo
de sentirlos, quando no
bastára, la de saberlos.
Una criada, que sirve
á aquese tirano dueño
de mi vida, sobornada
de la dádiva y el ruego,

me ofreció darla un papel,
diciendo, que su aposento
tiene una rexa, que cae
al portal, y en el silencio
de la noche le llevase,
que en ella una seña haciendo,
saldria á tomarle. Yo fui
á llevarle el papel; pero
ahunque hice la seña, ella
no me respondió tan presto.
Presumiendo, que estaria
con sus amos, hice tiempo
dentro del mismo portal,
de su obscuridad cubierto;
quando con la escasa luz
de la calle un hombre véo,
entrar: yo mas recatado,
de la puerta me defiendo;
pero no tanto, que él
no me sintiese, y diciendo:
„no puede estar aqui nadie,
que matarlo, ó conocerlo;
ya no me importe“: la espada
sacó: yo entonces resuelto
á que habia de encubrirme,
la mia saqué. Al estruendo
de los dos se alborotó
toda la casa allá dentro;

salió su padre, y Leonor,
á su padre deteniendo,
salió con luz y criados.
Yo entonces reconociendo,
que era dar nueva materia
á sus aborrecimientos,
el ser conocido, tomo
la puerta, y la espalda vuelvo.
Bien claro está, que sería
de atencion, y no de miedo;
pues me obligó á retirarme
mas, que el temor, el respeto.
Lo que sucedió no sé
con el otro caballero,
que detenido de todos,
se quedó, ay de mí, con ellos.
De este suceso pendiente,
hasta saber el suceso,
estoy; y á buscaros iba,
para que me deis consejo,
ó me digais, qué os parece
uno, que pensado tengo;
porque de quantos caminos
previene mi entendimiento,
he elegido el escribir
á la criada, diciendo,
me avise, de quanto ha habido
desde anoche en casa; pero

hallo mil dificultades,
en el llevarle yo mesmo
el papel, ni criado mio;
y asi se me ofreció un medio,
y es, que deis licencia á Hernando,
de llevarle; pues su ingenio,
sin riesgo de conocido,
podrá darsele sin riesgo,
y traherme la respuesta.
Veré si con ella venzo
este tropel de desdichas,
este raudal de recelos,
este piélago de penas,
abismo de sentimientos;
y, para decirlo todo,
esta borrasca de zelos;
que donde ellos son los mas,
todo lo demás es menos.

D. JUAN.

El lance ha sido notable,
y juzgo por buen acuerdo,
el que habeis vos elegido;
y asi, ahunque el disgusto siento,
me huelgo, que nos halleis
en ocasion, que podemos
serviros en algo yo
y Hernando.

HERNANDO.

Yo no me huelgo;
que no quisiera servir,
ahun lo que sirvo.

D. JUAN.

Al momento
toma ese papel, y haz,
lo que te manda Don Diego.

D. DIEGO.

Toma, Hernando, por tu vida;
que yo un vestido te ofrezco,
si trahes respuesta.

HERNANDO.

¡Vestido!

D. DIEGO.

Sí.

HERNANDO.

Pues tomo, voy y vengo.
¿Cómo ha nombre la criada?

D. DIEGO.

Inés.

HERNANDO.

¿De qué?

D. DIEGO.

No sé cierto.

HERNANDO.

¿Pues cómo he de preguntar?

D. JUAN.

Ahora reparas en eso?

HERNANDO.

Sí; porque al que no repara,
le dán siempre.

D. JUAN.

Corre presto,
y busca alguna invencion,
con que puedas entrar dentro.

HERNANDO.

Ahora bien, ello ha de ser.
A los dos cita mi ingenio,
que veais en la respuesta
mi industria y mi atrevimiento.
¿Dónde me esperais los dos?

D. DIEGO.

Pues de mi casa nos vemos
tan cerca, en ella esperamos.

HERNANDO.

Pues á ella al instante vuelvo. *vase.*

D. DIEGO.

Venid, Don Juan; que tambien,
que vos me conteis deseo,
qué dama era esta tapada.

D. JUAN.

Oiréis un raro suceso,
que os admirará. *vanse.*

Sale Hernando.

HERNANDO.

¡Ay vestido,
en qué confusion me has puesto!
¿Mas de qué es la confusion?
¿Será éste el papel primero,
que haya dado yo delante
de una suegra de otro tiempo;
que suegras de éste, ellas mismas
le lleváran; porque es cierto,
que en la Provincia de Amor,
el Alguacil de su zelo
tubo vara criminal,
pero ya en civil la ha vuelto?

Salen Don Felix y Lisardo.

LISARDO.

¿Dónde vás?

D. FELIX.

No sé, Lisardo;
que ahunque venia diciendo,
que no he de ver en mi vida
á Leonor, al punto mesmo,
que lo pronuncian los labios,
lo desmienten los afectos.

HERNANDO.

Valgame Dios, ¿si el vestido

será de color, ó negro?

D. FELIX.

¡Qué es esto, cielos, hay dos
corazones en mi pecho!
¡Hay en mí dos albedríos!
¡Dos almas! no. ¡Pues qué es esto,
de proponer yo una cosa,
y contra mi mismo acuerdo
hacer otra cosa yo?
¡Mas hay, qué loco, qué necio
ignoro, que soy quien puede
menos yo conmigo mesmo!

HERNANDO.

Esta es de Leonor la casa.
Aquí me santigüo, y entro
con pie derecho. Dios quiera
no salga con el izquierdo.
Ahora bien, ésta es la puerta;
llego y llamo. *Llama.*

D. FELIX.

¡Qué es aquello!
¿No llama un hombre en la casa
de Leonor?

LISARDO.

Sí.

D. FELIX.

Nada véo,
que mis zelos no presuman.

que es la sombra de mis zelos.
De aqueste umbral amparados,
por quien pregunta, escuchemos.

Sale Inés.

INES.

¿Quién llama?

HERNANDO.

¿Es ucé, mi reyna,
una Inés, á quien yo vengo
buscando?

INES.

Una Inés soy yo.
La que busca, no sé cierto.

HERNANDO.

Yo sí. Para que me tenga
tal Inés por su cordero,
en sus brazos me reclino.

INES.

¡Qué ancianísimo concepto!
Vamos al caso. ¿Qué manda
vuesamerced despues de eso?

HERNANDO.

Yo no mando, sino sirvo.
Aqueste papel:::

D. FELIX.

¡Qué veo!

Un papel dá á Inés.

HERNANDO.

le traygo.

INES.

¿Cuyo es?

D. FELIX.

Yo lo veré presto.

Llega Don Felix y quitale el papel.

INES.

¡Ay de mí!

HERNANDO.

¿Por qué me toma ucé el papel?

D. FELIX.

Porque quiero.

HERNANDO.

Es concluyente razon;
yo me doy por satisfecho.
Ucé le lea, y responda,
lo que le estubiere á cuento.

D. FELIX.

Esperad; no os vais, ni tú
te entres, Inés, allá dentro,
hasta que yo haya leido. *Abre el papel.*

INES.

Como una azogada tiemblo.

HERNANDO.

¡Oh quién fuera ahora valiente!

Mas quizá importa, no serlo.

D. FELIX *leyendo.*

Yo no pude escusar el lance de anoche; porque estando esperando para hablarte, como me habias ofrecido, entró aquel caballero, y sacando la espada, fue forzoso, yo me defendiera. Avisame en qué ha parado; que hasta asegurarme de tu peligro, no quiero hablar en mis sentimientos.

Dios te guarde.

A Leonor viene el papel;
no fue en vano mi recelo.

INES.

Cielos, tamañita estoy.

HERNANDO.

Cierto, que yo pensé, viendoos
abrirle asi, que venia
para vos.

INES.

¿Qué será esto?

D. FELIX.

Apuremos de una vez *ap.*
al vaso todo el veneno.
¿Inés, quién es, el que escribe
tan cuidadoso y atento
á tu ama?

INES.

¡Qué sé yo!

D. FELIX.

Oíd vos: decidme presto,
¿á quién, hidalgo, servís?

HERNANDO.

A Don Juan de Silva. Pero,
si aqui he venido:::

D. FELIX.

No mas.

HERNANDO.

ha sido:::

D. FELIX.

Oiros no quiero.

HERNANDO.

de parte:::

D. FELIX.

Qualquier disculpa
será en vano. Estadme atento.
Decidle á Don Juan de Silva,
que Don Felix de Toledo
le dice: que si atraviesa
esta calle en ningun tiempo,
le matará á cuchilladas;
y en fé de que sabrá hacerlo,
tomad, llevadle en señal
aquestas dos. *dale con la daga.*

HERNANDO.

Yo soy muerto; confesion.

INES.

¿Mas que me dá á mí tambien?

HERNANDO.

Yo me muero.

D. FELIX.

y que esto sustentaré solo en el campo.

LISARDO.

¡Qué has hecho!

D. FELIX.

Qué sé yo.

HERNANDO.

Yo lo sé bien.
Me ha dado de corte y recio.
¿No habrá por aqui una silla
del Refugio, que á un barbero
me lleve, y le daré dada
toda la sangre que vierto,
solo porque me la tome? *vase.*

LISARDO.

Ir tras aquel hombre quiero,
á saber, si es de peligro
la herida. *vase.*

D. FELIX.

Inés.

INES.

El acero
tén, señor; que yo no sé
nada.

D. FELIX.

No temas.

INES.

Sí quiero.

D. FELIX.

Dí á tu señora:::

INES.

Mejor
se lo dirás tú

Sale Leonor.

¡Qué es esto!
¡De dia y de noche hay
dentro de mi casa estruendos!

D. FELIX.

Sí; pues de dia y de noche
das ocasion, para haberlos.

D. LEONOR.

¿Qué ocasion?

D. FELIX.

Este papel,

que ahora para tí traxeron.
Inés lo dirá.

D. LEONOR.

¡Papel
para mí! ¿Inés, qué es aquesto?

INES.

Lleveme el diablo, si sé,
cuyo sea, ni á qué efecto,
ni conozco, á quien le traxo.

D. FELIX.

Ahun bien, que lo dice él mesmo.
El galan, que para hablarte,
estaba anoche encubierto,
de tí llamado, le escribe
muy cuidadoso, diciendo,
le avises, en qué paró
el lance, y añade luego,
que en viendote asegurada,
hablará en sus sentimientos.

D. LEONOR.

¿Don Felix:::?

D. FELIX.

Aqui no hay
Don Felix.

D. LEONOR.

plegue á los cielos:::

D. FELIX.

Nada creo, que me digas:

solo lo que miro, creo.
Toma el papel y responde;
que es bien, que este caballero
salga del susto, en que está.

D. LEONOR.

¿Mi bien, mi señor, mi dueño:::?

D. FELIX.

¿Mi mal, mi muerte, mi rabia::: ?

D. LEONOR.

nada, que dices, entiendo.

D. FELIX.

Pues bien claro te lo digo:
y á referirtelo, vuelvo.
Don Juan de Silva, tu amante,
está del pasado encuentro
con muchisimo cuidado.

D. LEONOR.

Ahora te entiendo menos.
¿Qué Don Juan de Silva es éste;
que no lo conozco?

D. FELIX.

Es bueno.
Quien todo lo niega, todo
lo confiesa. ¡Qué ahun el medio,
de engañar, con ser tan facil,
le haya faltado á tu ingenio!
No fuera mejor, decirme:
Felix, ese caballero

me sirve; yo no le admito.
Si anoche estubo encubierto,
y ahora escribe, diligencias
son de amor, que yo no acepto.
Disculparaste á la luz
de la verdad, fuera menos
mi dolor, imaginando,
que en parte podia ser cierto;
pero negar el principio,
es huir el argumento.

D. LEONOR.

¿Pues si es el principio falso,
no he de negarle? Los cielos
me falten, si tal Don Juan
conozco: á decir Don Diego
de Lara, que es el hermano
de una amiga que yo tengo,
yo confesára, Don Felix,
que es verdad, que mira atento
mis balcones.

D. FELIX.

Es buen modo,
de disculpar unos zelos,
con dar otros.

D. LEONOR.

¿Tú no dices,
que la verdad es el medio
mejor, de satisfacer?

D. FELIX.

Sí; mas lo contrario siento:
porque en efecto, no hay cosa
que esté bien á un sentimiento:
si lo sabe, por dudarlo,
si lo duda, por saberlo;
y asi dudar ni saber
quiero ya; que solo quiero,
huir de tí.

D. LEONOR.

Detente.

D. FELIX.

Suelta;
que si te disculpas, temo,
que á cada nueva disculpa,
ha de haber un galan nuevo.

D. LEONOR.

Mira:::

D. FELIX.

Harto miro; pues miro,
ingrata, tus fingimientos,
tus mentiras, tus engaños,
tus falsedades, tus yerros.

D. LEONOR.

Pues tú verás mis finezas.

D. FELIX.

Ya vendrán tarde y sin tiempo.

D. LEONOR.

¡Oh mal haya mi fortuna,
que en tal opinion me ha puesto!

D. FELIX.

¡Oh mal haya mi desdicha,
pues por ella á Leonor pierdo! *vanse.*

Sale Elvira con otro vestido, poniendosele Juana.

D. ELVIRA.

Notable ventura, Juana,
fue, no habernos conocido
mi hermano; y pues ha salido
de casa tan de mañana,
que en mi aposento no ha entrado,
pensando, que yo durmiera,
nadie le diga, que fuera
aquesta mañana he estado:
que ahunque aquesto importaria
poco, pues sabe, que voy
á andar, negarselo hoy,
es tener mas otro dia
de excusa, para salir
á hablar á Don Juan.

JUANA.

Señora,
solas estamos ahora;
hazme gusto, de decir

de este embozo el pensamiento.

D. ELVIRA.

Yo, Juana, te lo diré;
que haberlo callado, fue
pensar, que tu entendimiento
lo hubiera ya conocido.

JUANA.

No he sido tan necia yo,
que el fin no alcance; mas no
los medios, porque ha venido;
pues el buscarle tapada,
y encubrirte de este modo,
ahunque me lo dice todo,
me dexa, sin saber nada.

D. ELVIRA.

Ya sabes, que es el amigo
mayor, que mi hermano tiene
Don Juan; como á verle viene
los mas dias, y testigo
de su gala y discrecion
es siempre mi soledad,
lo que antes ociosidad,
fue despues inclinacion,
á quien luego pasar veo,
habiendose declarado,
de inclinacion á cuidado,
y de cuidado á deseo.
Por una parte me vía

á ser quien soy, obligada:
por otra á un dolor postrada,
que en la privacion crecia;
y entre uno y otro tirano
rigor, ninguno á temer
llegué tanto, como el ser
tan amigo de mi hermano.
Y asi, por cumplir conmigo,
con mi propia estimacion,
con mi ciega inclinacion,
y con las leyes de amigo,
busqué:::

Sale Don Diego y Don Juan.

D. DIEGO.

Bien podeis entrar,
Don Juan, porque para vos,
siendo quien somos los dos,
no hay en mi casa lugar
reservado.

D. JUAN.

Ya yo sé
la confianza, que os debe
mi amistad; mas no se atreve
á usar de ella mal mi fé.
Y asi á entrar no me atrevia,
viendo, que aqui estaba ahora
Doña Elvira, mi señora.

D. DIEGO.

Ella es tan hermana mia,
que esta licencia os dará,
porque gusto de ella yo.

D. ELVIRA.

Por Don Juan lo haré; que no
por tí.

D. DIEGO.

¿Por qué?

D. ELVIRA.

Porque está
quexosa hoy la voluntad,
de tí mucho.

D. DIEGO.

¿Por qué, hermana?

D. ELVIRA.

Porque en toda esta mañana
no me has visto.

D. DIEGO.

Es la verdad;
mas la causa de salir,
sin entrar en tu aposento,
fue, que cierto sentimiento
no me dexó discurrir;
y porque tambien pensé,
como andas aquestos dias,
que ya tú fuera estarias;

D. ELVIRA.

Hoy no he salido, porque
no me he sentido buena.
Pero dime tú el cuidado,
que á madrugar te ha obligado.

D. DIEGO.

No quiero hablarte en mi pena.
Cosas de tu amiga son.

D. ELVIRA.

¿Qué castigar no has sabido
un desdén con un olbido?

D. JUAN.

Harto culpo su pasion
yo: pues de un rigor tirano
sigue el valdío interés
tan sin esperanza.

D. ELVIRA.

Es
muy finisimo mi hermano.

D. DIEGO.

Culpame tú, Elvira; pero
vos, Don Juan, no me culpeis;
que porque callar teneis,
si el suceso considero,
que me veniais contando;
pues mas, que amar un desdén,
es amar, sin ver á quién.

D. ELVIRA.

¿Sin ver á quién?

D. JUAN.

Sí.

D. ELVIRA.

Dudando
estoy, cómo puede ser.
Lo que ha contado quisiera ap.
saber de aquesta manera.

D. JUAN.

Pues, si lo quereis saber,
estadme atentos los dos;
que es suceso para oírse,
y tal, que puede decirse,
ahunque esteis delante vos.
La ociosidad cortesana,
estas mañanas del Mayo
me sacó á ese verde sitio,
me llevó á ese verde espacio,
que, república de flores,
y laberinto de ramos,
de dosél sirviendo al rio,
sirven de alfombra á Palacio.
Entre las confusas tropas,
que errantemente baxando,
coros de ninfas texian
mejor, que en Elisios campos,
una tapada beldad

al parque baxó, ostentando
en el descuido lo ayroso,
ahun antes de lo bizarro.
A pesar de la hermosura,
de las que ver se dexaron,
ventaja á todas hacía,
venciendo y desempeñando
aquella opinion, de que
la hermosura no es el rayo
mayor de amor; pues sin ella
el brio tiene sus lazos,
sus dias el desaliño,
y sus heridas el garvo.
Ahunque yo quiera pintarla,
será imposible, no tanto
porque el ayre no se pinta
con matices ni con rasgos,
quanto porque en toda ella
no ví más señas, que daros,
que un descuido en el vestido,
y una atencion en el manto:
si bien, no dexó tal vez
de romper el negro claustro
del mal transparente velo
una hermosa blanca mano,
que de azucenas y rosas
reyna fue, y á quien esclavo
se confesó de la nieve

bozal Etiope el ampo.
Bien hubiese un arroyuelo,
que aspid de cristal pisado,
entre unas humildes hierbas
del rustico pie de un arbol,
quiso morder el ribete
de sus adornos, manchando
no sé qué cenefa de oro
con saliva de alabastro;
pues la obligó, por huir
la ponzoña de sus labios,
á la brúxula de un pie
tan breve, y tan bien calzado,
que decia: jazmín soy
del botón de este zapato.
Ahunque la perdí de vista
una vez, el mismo prado
me la enseñó solo á mí;
pues quantos la iban buscando
por lo ajado de la hierba,
que pisaba, no la hallaron;
pero yo mas advertido
del breve hermoso contacto,
la hallé, pues la iba siguiendo
por lo florido del campo,
porque era senda mas suya
lo florido, que lo ajado.
No sé, al pasar, qué la dixe:

y ella con cortés agrado
respondiendome, me dió
licencia, para irla hablando.
En mi vida ví mujer
de igual ingenio, mezclando
las licencias del buen gusto
con las leyes del recato.
Hasta Madrid la seguí;
pero al punto que llegamos
á tocar de Leganitos
la calle, que antes fue campo,
me dixo: señor Don Juan,
merced me haced de quedaros;
que como no me sigais,
ni vos, ni vuestro criado,
ni querais saber, quién soy,
cada dia vendré á hablaros.
Yo, cojido de improviso,
con un favor tan extraño,
la condicion otorgué,
desvanecido y ufano.
Algunos dias volvió;
mas con el mismo cuidado,
que el primero, tubo siempre
cubierto el rostro del manto.
Yo pues viendo, que duraba
ya mucho tiempo el engaño,
hoy me resolví, á seguirla

á pesar de sus enfados;
mas ella:::

Sale Juana.

JUANA.

Un hombre, señor,
áfuera te está esperando. *váse.*

D. DIEGO.

Saldré, á hablarle. Vos, Don Juan,
no prosigais, hasta tanto
que vuelva; que estoy pendiente
de suceso tan extraño.

D. ELVIRA.

A mí, atajarlo me importa; *ap.*
que las señas que vá dando,
podrá ser, que algo descubran.
Don Juan, ahunque me ha admirado
el suceso, mas me admira
otra cosa, que en él hallo.

D. JUAN.

¿Qué es, señora?

D. ELVIRA.

¡Un caballero
tan noble, tan cortesano,
tan galan, tan entendido,
tan atento, y tan bizarro,
tan públicamente cuenta
los favores, que ha alcanzado

de una dama, sea quien fuere!

D. JUAN.

¿En qué la ofendo, si callo
su nombre?

D. ELVIRA.

No lo sabeis,
segun infiero del caso;
que por eso lo callais;
que, el que el favor ha contado,
contára, á saberle, el nombre;
y asi quiero aconsejaros,
calleis si quereis saberle;
porque, quien os ha buscado,
no sepa, que os alabais,
y viendo, que sois tan vano,
que blasonais, de que os buscan,
dexe, Don Juan, de buscaros:
que quien no calla lo menos,
dirá lo demás, y es claro,
que los favores, de quien
os busca con tal recato,
merece no merecerlos
el que no sabe, callarlos. Vase.

D. JUAN.

Esa reprehension estimo,
y ofrezco:::

Sále Don Diego.

D. DIEGO.

Volved al caso,
Don Juan; que ya despedí,
á quien me buscó.

D. JUAN.

Acabado
está ya: pues que no tengo
otra cosa que contaros
mas, de que no sé, quién es.

D. DIEGO.

¿Y Elvira?

D. JUAN.

Habiendo faltado,
de aquí se fue.

D. DIEGO.

Es muy notable
su encojimiento.

HERNANDO *dentro.*

A este quarto
entrad.

D. DIEGO.

¿Quién vendrá á estas horas
en una silla de manos?

Sale Hernando entrapajada la cabeza.

HERNANDO.

Yo soy (ay de mí!) que vengo
ensillado y enfrenado,
á pediros, que el vestido
sea mortaja.

D. DIEGO.

¡Qué hay, Hernando!

HERNANDO.

Qué ha de haber, gran mal.

D. JUAN.

No hagais
de aquestas locuras caso;
que él habrá buscado esta
industria, para haber dado
el papel.

HERNANDO.

Sí: industria fue,
que se me pegó en los cascos.

D. JUAN.

Ea, dí presto, ¿qué ha habido?

D. DIEGO.

Hernando, no estés burlando.

HERNANDO.

Es verdad, burlando estoy;
pero son burlas de manos
muy pesadas.

D. DIEGO.

¡Tanto esperas,
para contar, qué ha pasado!

HERNANDO.

No espero tanto, señor;
que ya yo me tengo el tanto.

Salen Doña Elvira y Juana al paño.

D. ELVIRA.

Desde aqui podrémos ver,
quién este ruido ha causado.

D. JUAN.

No nos rompas las cabezas.

HERNANDO.

A eso dixo un cortesano:
con ese recado al toro.

D. DIEGO.

¿Qué recado trahes?

HERNANDO.

¡Muy malo;
mas nó diréis por lo menos,
que vengo sin mi recado.

D. JUAN.

Dí, ¿qué trahes?

HERNANDO.

¿Qué he de traher?
Rota la cabeza traygo.

LOS DOS.

¡Qué dices!

HERNANDO.

Si no quereis
creerlo, aqui están los cascos.

D. JUAN.

¿Pues quién te ha herido?

HERNANDO.

Escuchadme
los dos; que no seré largo.
Llegué, llamé, salió Inés,
el papel le daba, quando
un caballero llegó,
y le quitó de las manos;
leyóle todo á la letra,
y dixome luego: Hidalgo,
„¿á quién servis?“ Yo le dixe:
„Don Juan de Silva es mi amo;“
pero, queriendo decirle,
de quién era alli enviado,
oírlo no quiso, y haciendo
un solo compuesto de ambos,
él fue el colérico, y yo
el sanguino, pronunciando
muy hosco, muy fiero, muy
iracundo y temerario:
„decid á Don Juan de Silva,
de quien decís, sois criado,

que Don Felix de Toledo
le dice, que si dá un paso
por esta calle en su vida,
ni aun por todo aqueste barrio,
le matará á cuchilladas,
sustentandolo en el campo,
cuerpo á cuerpo, quando importe:
y en fé de que executarlo
sábrá, llevadle por muestra
aquesta; " y asi os la traygo,
para ver, quál de los dos
se quiere vestir del paño.

D. JUAN.

Calla, Hernando: no prosigas.

D. DIEGO.

Calla: no hables mas, Hernando.

HERNANDO.

No me faltaba ahora mas,
que darme los dos con algo.

D. JUAN.

¡Habiendo dicho mi nombre,
y que eres mi criado,
te ha tratado de esa suerte
Don Felix!

HERNANDO.

Si aquesto es malo,
por lo menos no dirás,
que vengo sin mi recado.

D. DIEGO.

¡Habiendo ido de mi parte,
de esta suerte te ha tratado
Don Felix!

HERNANDO.

Peor me trató
despues:::

D. DIEGO.

¿Quién?

HERNANDO.

El cirujano.

D. JUAN.

A mí, el vengarlo, me toca.

D. DIEGO.

A mí me toca, el vengarlo.

D. JUAN.

Eso no; mi nombre oyó
Don Felix, y el desacato
se hizo á mi nombre, y á mí
es á quien envia el recado,
y asi, yo he de responder.

D. DIEGO.

Donde es el principio falso,
mas fuerza no ha de tener,
que la verdad, y el engaño.
La verdad es, que yo soy
competidor y contrario
suyo, y fue de parte mia;

y asi me toca, el buscarlo.

D. JUAN.

No hareis tal, porque yo estoy,
pues conmigo habló, empeñado,
y me he de satisfacer.

D. DIEGO.

La intencion hace el agravio;
y asi, ahunque con vos habló,
habló, del nombre engañado,
y la intencion es conmigo.
pues soy, quien á Leonor amo.

HERNANDO.

Ahunque yo no os puedo dar
por ahora consejo sano,
os daré un consejo herido.
¿Hay mas de buscarle entrambos,
y darle entrambos á una?

D. JUAN.

Eso no, que estilo es bárbaro,
que, á quien conmigo habló solo,
le busque yo acompañado
fuera, y mas habiendo dicho,
que lo hará bueno en el campo.
¿Sabes, donde vive?

HERNANDO.

No;
donde mata, sí.

D. JUAN.

Buscando
su casa iré.

D. DIEGO.

No me hagais
el desayre, de empeñaros
vos por mí.

D. JUAN.

No le busqueis,
pues que soy el agraviado.

D. DIEGO.

Por un acaso eso fue.

D. JUAN.

Es verdad; pero es bien claro:::

D. ANA.

¿Qué?

D. JUAN.

que á hombres como yo obligan
los empeños de un acaso.

D. DIEGO.

Yo le buscaré primero,
si tanta ventura alcanzo,
que sepa su casa antes.

HERNANDO.

Alcahuetes desdichados,
escarmentad, pues me veis
desnudo y descalabrado. *vanse.*

D. ELVIRA.

¿Haslo oído todo?

JUANA.

Sí.

D. ELVIRA.

Pues, volando, dame el manto.

D. JUAN.

¿Pues qué intentas?

D. ELVIRA.

Ver intento,
si entre mi amante y mi hermano
puedo, Juana, restaurar
los empeños de un acaso.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Doña Elvira y Juana con mantos.

JUANA.

Gran resolucion, señora,
es la que tomas.

D. ELVIRA.

La pena
pocas veces dexa, Juana,
discurrir con mas prudencia.

JUANA.

¿Pues qué es, lo que remediar
con ese disfráz, intentas?

D. ELVIRA.

Una desdicha á mi hermno,
ó á Don Juan; pues de qualquiera
de los dos me toca tanta
parte en su riesgo, ó su ausencia.

JUANA.

¿Y de qué suerte imaginas,

que has de remediarlo?

D. ELVIRA.

Llega,
llama á esa puerta, y sabraslo.

JUANA.

¿Pues quién vive en esa puerta?

D. ELVIRA.

Don Felix.

JUANA.

¿De qué lo sabes?

D. ELVIRA.

De que un dia Leonor bella,
y yo en un coche pasamos
por aqui, y de sus tristezas
dandome parte, me dixo,
que parasemos en ella,
de adonde salió Don Felix,
á hablarla al estrivo.

JUANA.

¿Y esa
es accion digna de tí,
venirte de esta manera
en casa de un hombre mozo?

D. ELVIRA.

Hasta que el efecto sepas,
no culpes la accion.

JUANA.

No sé

qual puede ser, que no sea
culpable.

D. ELVIRA.

La de excusar,
que una desdicha suceda;
que habiendo escuchado yo
de mi hermano la contienda,
y de Don Juan, sobre quál
le ha de dar muerte, ¿no es fuerza,
que por Don Juan, ó mi hermano
embarazarlo pretenda,
ya que el no saber su casa
ellos, dá lugar que pueda
haber yo, antes que ellos lleguen,
prevenido la violencia?

JUANA.

Sí; mas no sé, de qué suerte
hoy embarazarlo intentas.

D. ELVIRA.

Avisandole, de que
se guarde.

JUANA.

Esa diligencia
mas es en favor, señora,
de Don Felix, si le llegas
á avisar, que de tu hermano,
ni Don Juan.

D. ELVIRA.

No es como piensas; que pendencia prevenida nunca llega á ser pendencia tan executiva, como la no prevenida; fuera, de que el modo del aviso saneará esa contingencia.

JUANA.

¿De qué suerte?

D. ELVIRA.

Quando á él se lo diga, lo oirás; llega, y llama.

JUANA.

Escusado ha sido, porque la puerta está abierta.

Entranse por un lado, y salen Don Felix y Lisardo por otro.

D. FELIX.

No hay consuelo para mí.

LISARDO.

¿Tanto te aflige una pena?

D. FELIX.

¿Quándo la pena de zelos aflige con menos fuerza? En fin yo perdí á Leonor,

pues despues de haber:::

LISARDO.

Espera;
que dos mujeres tapadas
hasta esta sala se entran.

D. FELIX.

¡Ay Dios, si ella fuera alguna!

LISARDO.

No dudes, señor, que es ella.

D. FELIX.

¿Cómo no es fuerza, dudarlo?
Que no es posible que sea
Leonor esa dama, pues
no la hace el alma mil fiestas.

Salen Doña Elvira y Juana tapadas.

D. ELVIRA.

¿Sois vos el señor Don Felix?

D. FELIX.

Perdonadme; que ahunque quiera
decir, que para serviros,
no tengo tanta licencia.

D. ELVIRA.

A solas quisiera hablaros.

D. FELIX.

Salte, Lisardo, allá fuera: *Vase Lisardo.*
ya estais sola, ¿Qué mandais?

D. ELVIRA.

¿Si una mujer os viniera
á pedir, señor Don Felix,
que hicierais una fineza
por ella, hicieraisla?

D. FELIX.

Sí;
que, de ser quien soy, es deuda,
servir á qualquiera dama.

D. ELVIRA.

¿Y si esta fineza fuera
fundada en vuestro provecho,
pudieraos pedir por ella
una palabra?

D. FELIX.

Conforme
lo que la palabra fuera;
que, para haber de cumplirla,
fuerza es, haber de saberla.

D. ELVIRA.

Pues yo sé, que dos quexosos
teneis, que vengarse intentan
de vos, porque en una accion
habeis hecho dos ofensas.
Que os guardeis, vengo, á pediros:
esta ha de ser la fineza.

D. FELIX.

¿Quál?

D. ELVIRA.

Mirar por vuesrra vida,
la palabra, que por ella
me habeis de dar, y que habeis
de hacer de Madrid ausencia
unos dias, mientras pasa
esta cólera primera;
pues de qualquier sentimiento
es medicina la ausencia.

D. FELIX.

A vuestra proposicion
no sé qué dar por respuesta.
Porque no sé, si es que debo
sentirla ó agradecerla.
Agradecerla, porque
viene de piedades llena;
ó sentirla, porque viene
en vanos miedos envuelta.
Y asi, entre una y otra duda
partida la diferencia,
digo, que quanto al aviso,
ahunque no sé, lo que os mueva,
lo agradezco; pero en quanto
á que me ausente, licencia
me daréis, para no hacerlo;
porque hombre de mis prendas,
pocas veces ó ninguna,
porque los buscan, se ausentan.

Y ya que os he respondido,
permitidme; que merezca
saber mi agradecimiento,
á quien una atencion deba
tan piadosa, y á quien hoy
mi vida el cuidado cuesta,
de venir con el aviso.

D. ELVIRA.

Avisos, que se desprecian,
no deben de ser piadosos;
y pues, á merecer llegan
tan poco con vos; que vuelven
burladas las diligencias,
quedad con Dios; que no importa,
que sepais el dueño de ellas,
ni qué la obliga.

D. FELIX.

Eso no;
que una cosa es, no temerlas,
y otra cosa es, no estimarlas.

D. ELVIRA.

Yo pensé, que era una mesma,
pues no se dá estimacion,
donde no se dá obediencia.

D. FELIX.

No tienen obligacion
las damas, por mas que sepan,
á saber, en qué consisten

acá ciertas leyes nuestras:
habeis errado vos el modo
de mandar.

D. ELVIRA.

Como eso yerra
una mujer, quando quiere
hablar en estas materias.
Y pues, errado el principio,
tarde los medios se aciertan,
no hay que esperar á los fines;
y asi, á Dios.

D. FELIX.

Antes que ausencia
hagais, tengo de saber,
quien sois.

D. ELVIRA.

Ignorancia fuera,
darme á conocer, despues
de motejada de necia.
Basta saber, que soy una
mujer, á quien hoy le cuesta
esta atencion vuestra vida,
y no quizá por ser vuestra;
que no quiero, que quedeis
tampoco con tal soberbia.

D. FELIX.

Enigmas son, que es forzoso,
que porfie hasta que:::

Salen D. Leonor é Inés, y Lisardo á la puert. como deteniendola.

LISARDO.

Esperad
diréle, que estás aquí.

D. LEONOR.

¡Pues yo he menester licencia!

D. FELIX.

¿Qué es eso, Lisardo?

D. LEONOR.

Yo
lo diré: una inadvertencia,
de quien, sin mirar, que estais
tan bien divertido, intenta
entrar hasta aquí; mas ya,
que á tan mala ocasion llega,
se vuelve, por no estorbaros.

D. FELIX.

Esperad.

D. ELVIRA.

Leonor es ésta.
No ser aquí conocida,
me importa.

D. FELIX.

Porque ahunque pueda
aprovechar la ocasion,
vengado de mis ofensas,

mis quexas me han de deber,
no echar á perder mis quexas.
Aquesta dama:::

D. ELVIRA.

Señor
Don Felix, tened la lengua;
que vais, segun imagino,
á desayrar las finezas,
que me debeis (asi intento, *ap.*
hacer de los dos ausencia)
y antes que vuestros desayres
mi rendimiento padezca,
he de ganaros de mano,
y hacermelos yo. Mi Reyna,
á mí me importa tan poco
Don Felix, que, porque vean
vuestros zelos, que no és
sujeto, de quien los tenga,
me voy, dexandoos con él.
Ahora satisfacedla;
que, una vez ausente yo,
para todo os doy licencia. *vase.*

D. FELIX.

Esperad.

D. LEONOR.

No la sigais.

D. FELIX.

Importa, que:::

D. LEONOR.

Aquesto fuera,
hacerme, señor Don Felix,
el desayre á mí, no á ella.

D. FELIX.

Si lo intento, no es, porque,
verla ir enojada, sienta,
sino porque, como he dicho,
no he de barajar las quexas,
que de vos tengo; y asi
quiero que diga ella mesma,
como yo no la conozco.

D. LEONOR.

¿Tan lindo sois, que se entran
tapadas en vuestro quarto
las damas, sin conocerlas?

D. FELIX.

Sin ser confianza en mí,
puede ser piedad en ellas,
quando vienen á decirme,
que son dos, los que hoy intentan,
zelosos de vos, matarme,
que haga de Madrid ausencia.

D. LEONOR.

¡Lindos frayles capuchinos
para un caso de conciencia!

D. FELIX.

Yo:::

D. LEONOR.

Señor Don Felix; quando
una mujer de mis prendas
tanto decoro aventura,
tanto respeto atropella,
como salir de su casa
disfrazada y encubierta,
y á daros satisfacciones,
se atreve á entrar en la vuestra,
bastantemente acredita,
sobradamente sañéa
el exámen de su fé,
y de su amor la experiencia,
la poca culpa, que tiene
en las pasadas sospechas,
que un embozo y un papel
engañosamente engendran.
A desenojaros vine;
no será la vez primera,
que tropiece en un agravio,
quien vá á hacer una fineza.
Yo vuelvo muy consolada,
muy ufana y muy contenta,
de haber, visto quanto estais
divertido, de manera,
que si me daba cuidado
vuestro disgusto, aqui cesa;
pues si vos no le teneis,

no es justo, que yo lo sienta.

D. FELIX.

Deteneos; que no es bien,
que volvais tan satisfecha,
de que volveis disculpada.

D. LEONOR.

Ya, quando yo no lo vuelva,
importa poco.

D. FELIX.

No importa
sino mucho.

D. LEONOR.

¿De manera,
que ha de ser delito en mí
una falsa ilusion ciega,
y en vos no ha de ser delito
una tan clara evidencia?

D. FELIX.

¿Ilusion fue en vuestra casa,
en la obscura noche negra
hallar un hombre embozado?

D. LEONOR.

¿Y hallar yo en la casa vuestra
en el claro hermoso dia
una mujer encubierta,
será ilusion?

D. FELIX.

Yo no sé,

aquella mujer quien sea.

D. LEONOR.

Ni yo, quién fuese aquel hombre.

D. FELIX.

Allá un papel lo confiesa,
y un criado lo publica.

D. LEONOR.

Aqui tambien ella mesma;
pues dice, que la pagais
mal sus rendidas finezas.

D. FELIX.

Yo no sé, quién es.

D. LEONOR.

¡Qué mal
os disculpais! ¡Que ahun no acierta
vuestro ingenio con los modos
de satisfacer! ¿No fuera
mejor decirme: Leonor,
esta hermosa dama bella,
aborrecida de mí,
despues que ví tu belleza,
me persigue y yo la olbido?
Pudiera ser, que creyera,
á la luz de la verdad,
la disculpa; mas, quien niega
los principios, tarde ó nunca
con el argumento acierta.

D. FELIX.

Eso sí; valeos ahora
vos de mis razones mesmas;
pues con eso quedaréis
mas ayrosamente esenta
de algunas obligaciones,
y podeis amar sin ellas
á aqueste Don Juan de Silva,
que os sirve, y os galantea.

D. LEONOR.

Ya he dicho, que no sé, quién
ese caballero sea.

D. FELIX.

Yo tambien, que no sé, quién
es ésa dama encubierta.

D. LEONOR.

Eso es, herir por los filos,
y, si con eso se vengan
vuestros zelos, yo me doy
por vencida.

D. FELIX.

Considera,
Leonor, que soy yo el quexoso,
y mal los quexosos ruegan.

D. LEONOR.

¿Digo yo, que me rogueis?
No lo hagais; vamos apriesa,
Inés. No me dexes ir. *A Inés.*

D. FELIX.

Id con Dios. Inés, detenla.

INES.

Facil es servir dos amos, *ap.*
mandando una cosa mesma.
Señora, mira que puede
ser verdad:::

D. LEONOR.

¿Qué?

INES.

que no sepa,
quién es aquesta mujer.

D. LEONOR.

¿Tú tambien contra mí alegas?

INES.

Yo digo, lo que ser puede.

D. LEONOR.

¿Cómo puede ser que sea
verdad, que no la conozca?

D. FELIX.

Como pudo ser, que fuera
verdad no conocer vos
aquel hombre.

D. LEONOR.

De manera,
que ya á confesar venís,
que puede ser, que no sepa
yo, quién sea aquel caballero

del papel y la pendencia?

D. FELIX.

No confieso tal, que hay
en los dos gran diferencia.

D. LEONOR.

Es verdad, ser vos mas dama,
y no haber quien se os atreva
á decir su pensamiento
cara á cara; y asi es fuerza,
que de embozo y disfrazadas
á veros y hablaros vengan.
¿No es esto? Vamos, Inés.

D. FELIX.

Idos; que es mucha soberbia
querer, que ruegue un quexoso.

D. LEONOR.

Vamos, Inés.

INES.

Considera:::

D. LEONOR.

No tienes que detenerme;
que ahora lo digo de veras.

D. FELIX.

Yo tambien; no hay que mirarme.
Inés, que se vaya, dexa.

D. LEONOR.

Eso quiero yo.

D. FELIX.

Yo y todo.

INES.

El demonio que os entienda.

D. FELIX.

Pues, para estar disculpado:::

D. LEONOR.

Pues, para que razon tenga:::

D. FELIX.

yo ví un hombre en vuestra casa.

D. LEONOR.

yo una muger en la vuestra.
¿Viene tras nosotras?

INES.

No;
firme que firme se queda.

D. LEONOR.

Pues no ha de quebrar por mí,
ahunque voy de zelos muerta. *vanse.*

D. FELIX.

¿Vuelve, Lisardo?

LISARDO.

No vuelve,
y ya salió de la puerta.

D. FELIX.

Ay de mí. ¡Que á costa mia
intento hacer resistencia
á mis sentimientos; pero

no es posible que los venza!
Saldré tras ella á la calle;
pero dos hombres se entran
dentro de mi mismo quarto.
Perder la ocasion, es fuerza,
hasta saber, lo que quieren.

Salen Don Juan y Hernando.

HERNANDO.

La casa, dicen, que es ésta;
y él, señor, es el que está
aqui.

D. JUAN.

Pues conmigo llega.

HERNANDO.

De mala gana lo haré.

D. JUAN.

¿Por qué?

HERNANDO.

Porque no quisiera
hablar con él; que este es
quebradero de cabeza,

D. JUAN.

¿Sois vos el señor Don Felix
de Toledo?

D. FELIX.

Nunca niegan
sus nombres, á quien los buscan,

caballeros de mis prendas.
Yo soy. ¿Qué mandais?

D. JUAN.

Todo hoy
os buscó mi diligencia,
y hasta ahora ignoré la casa,
con ser la mia tan cerca.

D. FELIX.

Esa es culpa de la Corte.
Mas si yo, señor, supiera,
que me buscabais, presumo,
que hubiera hallado la vuestra.

HERNANDO.

Visita de cortesía
parece, mas que pendencia.

D. JUAN.

¿Conoceis este criado?

D. FELIX.

Bien le conozo; por señas,
que hoy le descalabré.

HERNANDO.

Malas son, pero son ciertas.

D. JUAN.

Pues este criado es mio.

D. FELIX.

Sea muy enhorabuena.

D. JUAN.

Y para ver, si cumplís

aquella grande promesa
de sustentarlo en el campo,
vengo á pediros, que sea
detrás de los Recoletos;
que, ahunque no reñir pudiera,
sino, sin reñir, tomar
satisfaccion de esta ofensa,
siempre yo hago lo mejor.

D. FELIX.

Pues guiad; que yo en qualquiera
parte, lo que dixe entonces,
cumpliré; porque se crea
de mí, que quien se atreviere,
á mirar á Leonor bella,
se atreve, á darme pesar.

D. JUAN.

Aqueso es de otra materia.
Yo vengo á reñir, y no
á averiguar competencias.
Y asi, hasta que háble el acero,
vaya callando la lengua.

D. FELIX.

Decís bien. ¿Estos criados
han de ir allá?

D. JUAN.

No quisiera;
pues solo es, llevar testigos;

D. FELIX.

y es la prevencion muy cuerda.
Despedid al vuestro vos;
que yo haré, que nada entiendan
acá en mi casa los mios.

DON JUAN.

¿Hernando?

HERNANDO.

Muy linda flema
gastas. ¿Quando imaginé,
que llegáras, y le dieras,
te andas en cortesanías,
haciendo mil reverencias?

D. JUAN.

Vuelvete desde aquí á casa,
y en todo hoy no salgas de ella,
porque nadie te pregúnte,
adónde, ó cómo me dexas.
Y mira, lo que te mando;
que de ninguna manera
me sigas; que, vive Dios,
que te cortaré las piernas.

HERNANDO.

Fuera, hacer un disparate,
y aun un dos disparates fueran;
pues al instante quedára,
sin tener pies ni cabeza,
Y asi palabra te doy.

de que el precepto obedezca. *vase.*

LISARDO.

¿Eso has de mandarme?

D. FELIX.

Sí.

LISARDO.

Habiendo oído, que te lleva
á reñir, y adonde vas,
fuera, el dexarte, baxeza.

D. FELIX.

Aquesto importa á mi honor.

LISARDO.

El solo hacerme pudiera
cobarde á mí. *vase.*

D. FELIX.

Ya estoy solo;
guiad ahora, donde os parezca.

Sale Don Diego.

D. DIEGO.

Tarde hallé la casa; pues
está ya Don Juan en ella.

D. JUAN. *ap.*

¡Quánto siento, que Don Diego
á tan mala ocasion venga!

D. DIEGO.

Señor Don Felix, con vos
necesito hablar; y aunque

tarde pienso que llegué,
pues juntos hallo á los dos,
me haced merced, de escucharme.

D. JUAN.

Don Diego, á mal tiempo, infiero,
que venisteis.

D. FELIX.

Caballero,
vos habreis de perdonarme;
que, ahunque el negocio he ignorado
para que me buscais hoy,
no puedo oíros; que voy
en otro lance empeñado
con el señor Don Juan.

D. DIEGO.

Yo,
yendo con él, no os tubiera,
si el mismo caso no fuera,
para el que os busco: y pues no
ha de tener un engaño
mas fuerza que una verdad,
el desengaño escuchad.

D. JUAN.

Tarde llega el desengaño,
Don Diego; que ya conmigo
el señor Don Felix vá.

D. DIEGO.

Ahunque vaya con vos ya,

ha de oír, lo que le digo.
Señor Don Felix, yo soy,
con quien anoche reñisteis.
De aquel papel que leisteis
en casa de Leonor hoy,
dueño fuí tambien; porque
compitiendo vuestro amor,
soy yo, quien sirve á Leonor.
Aquel criado, que fue
con el papel este dia,
y á quien habeis maltratado,
ahunque es de Don Juan criado,
iba allí de parte mia.
Y asi, pues soy el galan,
que los zelos dá, advertir
debeis, si os toca reñir,
ó conmigo, ó con Don Juan.

D. FELIX.

Bien me dixo la mujer
tapada, que de una accion
dos los ofendidos son.
Valgame Dios. ¡Qué he de hacer,
que á la verdad el engaño
no he de preferirle yo!
Y asi, puesto que llegó
tan á tiempo el desengaño,
y que sois quien sois los dos,
y uno solo ha de reñir,

habiendo yo de elegir,
elijo el reñir con vos.

D. JUAN.

Habiendo dicho el criado
mi nombre, á mí me ofendisteis;
pues quando mi nombre oisteis,
no estabades informado,
si iba de mi parte ó no;
luego, si conmigo hablasteis,
el nombre á quien agraviasteis,
fue el mio, y á mí se ofendió.
Conmigo debeis reñir;
pues ahunque otro os dé el pesar,
debeis siempre sustentar,
lo que enviasteis á decir.

D. FELIX.

Es verdad: con vos hablé;
y ahunque allí el dolor me aflige,
cumpliré aqui, lo que dixe.
Guiad; que con vos iré.

D. DIEGO.

Dexar uno de reñir,
por dexar de reñir, fuera
cobardía: mas si espera
sanear y desmentir,
riñendo despues, aquella
opinion yerra la accion;
pues riñe sin ocasion,

pudiendo reñir con ella.
Yo os la doy, que Don Juan no;
ved, quál mas preciosa sea,
pues Don Juan no galantea
vuestra dama, sino yo.

D. FELIX.

Deeís bien, y eso ha de ser;
que vos me haceís el pesar,
y yo no me he de quitar
la razon, para vencer,
y asi con vos he de ir.

D. JUAN.

El duelo primero es mio,
pues primero desafio.
Y si acabais de decir,
que, con quien dá la ocasion,
se ha de reñir; siendo asi,
vos me la habeis dado á mí,
y es mia la obligacion.
Pues en duelo tan cruel,
el mismo empeño en los dos
hay de reñir yo con vos,
que vos de reñir con él.

D. DIEGO.

De aquesa razon se arguya,
que en mi favor viene llena;
pues no ha de reñir la ajena
causa, pudiendo la suya.

D. JUAN.

Suya es, pues quien le llama
pone su amor en recelos:
y no ha de reñir por zelos,
primero que por su fama.

D. DIEGO.

Si vos le desafiais,
yo tambien: con que el honor
queda igual, y es el amor
la ventaja, que me dais.

D. FELIX.

Pues conformaos los dos
en duelo tan importuno;
que, siendo yo solo uno,
no puedo reñir con dos.

D. JUAN.

Eso vos lo habeis de hacer:
y asi, para que acortémos
de réplicas, y lleguémos
al fin, de lo que ha de ser,
vos me teneis ofendido,
teniendo un duelo aceptado,
y habiendo un duelo aplazado,
aceptar no habeis podido
otro. Yó llegué primero;
y para obligaros mas,
vuelvo á decir, que detrás
de San Agustin espero.

Si no salieredes vos,
satisfecho quedaré,
con decir, que os esperé,
y no salisteis, A Dios. *vase.*

D. FELIX.

Oíd.

D. DIEGO.

No le sigais, sin que
primero me oigais á mí.
Quien riñó anoche, yo fuí,
con vos, yo quien adoré
á Leonor hermosa, mio
era el papel, que vos visteis,
para vengar lo que hicisteis,
yo tambien os desafío.
Vos sois discreto y gallardo,
detrás de San Bernardino,
apartado del camino
de las cruces, os aguardo.
Consultad ahora vos,
quien es primero enemigo,
un tercero ó yo, que os digo,
que amo á vuestra dama. A Dios. *vase.*

D. FELIX.

¡Qué he de hacer, valedme cielos,
quando mis contrarios son,
de una parte la razon,
y de otra parte mis zelos!

Sale Don Alonso.

D. ALONSO.

Don Felix, buscandoos vengo;
porque, habiendo anoche dicho,
quando aqui en casa os dexé,
que volveria advertido,
por si quereis, que yo trate
de amistades, solicito
saber, en qué estado están.

D. FELIX.

A buen tiempo habeis venido;
que mas que para las paces,
de vos, señor, necesito,
para tomar un consejo.

D. ALONSO.

Vos vereis, que en todo os sirvo,
puesto que no ignorais quanto
fuí de vuestro padre amigo.

D. FELIX.

Pondré el caso en otro caso, ap.
pero en un propio sentido.
Ya os dixe anoche, que habia
aquella ocasion tenido
sobre el juego, de que vos
salisteis á ser testigo.
Ya os dixe, que acompañado
de un criado y de un amigo,

me siguió el hombre.

D. ALONSO.

¿Sí?

D. FELIX.

Pues,
ó ciego ó inadvertido,
ó ya en la conversacion,
hablando en lo sucedido,
dixe:::

D. ALONSO.

¿Qué?

D. FELIX.

que á cuchilladas
á él y á quien hubiese sido,
quien le hubiese acompañado,
mataria. Tomar quiso
un criado, que alli estaba,
la causa; yo mas mohino,
creyendo, que era un criado
de mi competidor mismo,
le dí una herida, diciendo:
con vuestro amo haré lo mismo.
Es su amo un caballero
de mucho valor y brio,
con quien no tengo disgusto,
ni tenerle solicito;
el qual, viniendo á buscarme,
de esta manera me dixo:

para saber si cumplís
lo que á un criado habeis dicho,
y vengar lo que habeis hecho,
venid, Don Felix, conmigo.
El desafío acepté;
pero quando iba á cumplirlo,
el dueño de la pendencia
llegó á los dos de improviso.
Tubieron entre los dos,
no queriendo ambos conmigo
reñir hoy aventajados,
mil argumentos prolixos.
Y resolvieronse en fin,
á esperarme divididos,
alegando cada uno
de su causa los motivos.
El uno dice, que él es
el principal enemigo:
y el otro, que con él tengo
aceptado el desafío.
Quien es primero en la causa,
segundo en la instancia ha sido:
y quien es segundo en ella,
primero á buscarme vino.
¿A quál de aquestos dos debo,
ir primero, quando á un mismo
tiempo me están esperando
dos en dos distintos sitios?

D. ALONSO.

No es facil, de responder:
y asi antes de hacerlo, os pido,
me satisfagais á una
duda, y luego el voto mio
os diré, que sobre ella
caerá mejor el juicio.
Hablemos, Don Felix, claro.
¿En el primer lance ha habido
algo, que tóque al honor?

D. FELIX.

No; que ya os lo hubiera dicho.

D. ALONSO.

Pues no siendo aquel primero
empeño empeño preciso
de honor, y el segundo sí,
puesto que el segundo vino
de intento á desafiaros,
y el haberseos atrevido
á esto, ya es caso de honor;
y ahunque es verdad, que á lo mismo
vino el otro, fue despues:
asi, Don Felix, os digo,
que, pues el caso no fue
de honor desde su principio,
el que se atrevió á llamaros,
ya caso de honor le hizo.
Y asi debeis ir primero

al primero desafío.

D. FELIX.

Yo estimo el consejo. A Dios.

D. ALONSO.

Esperad. ¿Quién os ha dicho
de mí, que solo soy bueno,
para aconsejar peligros,
y no para hallarme en ellos?
Pues no es, de quien soy, estilo,
aconsejar, que otro riña,
para no reñir.

D. FELIX.

Los brios
de vuestro valor os llevan
trás sus impulsos altivos;
pero ved, que espera solo.

D. ALONSO.

¿No son dos los enemigos?
Juntémoslos, y riñamos
dos á dos.

D. FELIX.

No será digno.
O decidme: ¿fuerais vos
acompañado conmigo,
á ser yo vos?

D. ALONSO.

No por cierto.

D. FELIX.

Pues respondaos eso mismo. *vase.*

D. ALONSO.

El hace bien, y yo mal,
si á lo largo no le sigo.
Pero esto es, llevar las cosas
muy hasta el fin, y es indigno
ya de mi edad tanto duelo;
muden parecer los brios;
si aconsejé como mozo,
como viejo determino
emendarlo; que ya es tiempo,
de que haga la edad su oficio.
¿Lisardo?

Sale Lisardo.

LISARDO.

¿Señor?

D. ALONSO.

Tú y yo,
por criado y por amigo,
hoy habemos de sacar
á tu amo de un peligro.

LISARDO.

¿Adónde vá, que quisiera
seguirle?

D. ALONSO.

Eso es, deslucirlo.

Dame de escribir recado;

Pone Lisardo en un bufete recado de escribir.

que has de llevar un aviso,
á quien el daño remedie;
que no es, de quien soy, indigno,
supuesto que aqueste empeño
no es lance de honor preciso.
Ponte la capa y espada,
mientras un renglon escribo.

Vase Lisardo, escribe Don Alonso, y salen Doña Leonor é Inés.

INES.

¿En fin, vuelves?

D. LEONOR.

¿Qué he de hacer,
si tan descortés le miro,
que saliendo yo quexosa
de su casa, no ha seguido
mis pasos? A verle vuelvo,
para no llevar conmigo,
sin arrancarle del alma,
este mortal basilisco.

INES.

Escribiendo está.

D. LEONOR.

¿Quien duda,
que estará escribiendo fino
satisfacciones, que dá,
á la que hoy á verle vino?
Ciega estoy. Leer tengo, ingrato
Don Felix::: ¡Pero qué miro!

Llega á tomar el papel.

D. ALONSO.

¿Quien asi:::? ¡Pero qué véo!

INES.

¡Valedme, cielos divinos!

D. ALONSO.

¡Tú aqui, Leonor!

D. LEONOR.

Señor, yo:::

D. ALONSO.

¡Cómo mi furor reprimo!
Hoy morirás.

Sale Lisardo.

LISARDO.

¡Qué es aquesto!

D. ALONSO.

Vengar mi honor ofendido.

LISARDO.

Huye, señora; que yo

le tendré.

D. LEONOR.

Cobarde anímo
las plantas; que en cada paso
sombras de mi muerte piso. *vase.*

Saca la daga, y detienele Lisardo.

D. ALONSO.

Suelta, villano.

INES.

No hagas
tal, hasta de aqui á un poquito. *vase.*

D. ALONSO.

Ahunque fueran de diamante
tus brazos, el valor mio
se desenlazára de ellos.

LISARDO.

¿Qué importa eso, si atrevido
al que embaracé abrazado,
con la espada le resisto *riñen.*
el paso?

D. ALONSO.

Yo sabré hacerle.

LISARDO.

¡Oh quien, para darle aviso
de este suceso á mi amo,
le alcanzára!

D. ALONSO.

¡Que haya habido
tal valor en un criado!

LISARDO.

¿No hay criados bien nacidos?

D. ALONSO.

Pues yo he de salir.

LISARDO.

No harás.

D. ALONSO.

¿Cómo podrás impedirlo,
sin tu muerte?

LISARDO.

De esta suerte.

Retírase á la puerta, y vase cerrandola.

D. ALONSO.

Fuese, llevando consigo
la puerta, que con el golpe
dexó cerrado el pestillo;
que como ladron de casa,
haberle en ella, previno;
mas yo la echaré en el suelo.
En vano lo solicito,
si ya no la abre primero
el fuego de mis suspiros,
que la fuerza de mis manos.
¿Habráse algun hombre visto,

de quantos hasta hoy nacieron,
en mas ciego laberinto?
Las cuchilladas de anoche
en mi casa, el desafio
de hoy, y el ver aqui á Leonor,
evidencias son, no indicios,
de que ella es causa de todo:
y por ultimo delirio
de mi fortuna, me veo,
habiendo hasta aqui venido
por un amigo, encerrado
en casa de un enemigo.
Pero pues es imposible,
la puerta abrir, y aqui miro
una ventana sin rexa,
arrojarme determino
por ella, y en seguimiento
de mi siempre honor invicto,
hacer estragos, portentos,
escándalos y prodigios.
Ea, corazon, no temas
este breve precipicio;
qué mayor caída has dado;
pues la mayor siempre ha sido
el verse caer un hombre
del estado de sí mismo. *vase.*

Sale Don Juan.

D. JUAN.

Qüestion fue, no apurada hasta este dia,
¿qual hace mas, aquel que desafia
á otro á un sitio aplazado,
ó el que al sitio salió desafiado?
Y bien ahora pudiera
la qüestion resolver, el que me viera
batallando conmigo;
porque no hay tan cruel fiero enemigo,
como es el pensamiento del que aguarda.
Mucho Don Felix tarda:
sin duda, que ha escojido,
de Don Diego zeloso y ofendido,
verse con él primero.
Mas yo no cumpliré, si no le espero.
¡Quién en el mundo, cielos,
se vió sin dama, sin amor, sin zelos,
en tal lance empeñado!
¡Que el prestar á un amigo mi criado,
de suerte lo disponga,
que mi opinion en tal empeño ponga!
Digo, que aquestos dias
toda mi vida es caballerías;
pues no hallo en ella cosa,
que parecer no pueda fabulosa.
Una dama tapada me ha dexado,

sin decirme quién es, enamorado;
un criado me ha puesto,
porque asi su ignorancia lo ha dispuesto,
en trance de perderme; y un amigo,
sin quererlo, me ha dado un enemigo.
¡Mas qué me admiro, si hallo á cada paso,
que estos son los empeños de un acaso!

Sale Don Felix.

D. FELIX.

Perdonad, si he tardado,
Don Juan; que por haberme aconsejado
de un amigo que tengo,
en lo que debo hacer, tan tarde vengo.

D. JUAN.

De haber, Don Felix, sido
yo el que elijais, estoy agradecido.

D. FELIX.

Siempre en mí era forzoso,
proceder mas honrado, que zeloso;
y por mostrarlo, quiero,
que callando la voz hable el acero.

D. JUAN.

Esperad.

D. FELIX.

¿Qué os detiene?

D. JUAN.

Un hombre, que á los dos siguiendo viene.

D. FELIX.

Bien creereis de mi brío,
que no le traygo, ahunque es criado mio.
Su lealtad le ha obligado;
pero no os dé cuidado,
y hasta que yo le mande, que se vuelva,
á nada vuestro acero se resuelva.

D. JUAN.

En todo sois gallardo.

Sale Lisardo.

LISARDO.

Hácia esta parte la he de hallar.

D. FELIX.

Lisardo,
otro paso no dés mas adelante.
Desde aqui has de volverte, mi arrogante
brio á Don Juan dexando satisfecho,
ó aqueste acero teñirá tu pecho.

LISARDO.

Escuchame primero;
luego, si te ofendí, mancha tu acero
en mi sangre, señor, habiendo oído
la causa, que á seguirte me ha movido,
pensando que mi zelo te alcanzára,
antes que á verte con Don Juan llegára.

D. FELIX.

Porque conste á Don Juan en esta parte
venir sin orden mia, he de escucharte.

LISARDO.

Ya te acuerdas como dentro
de casa, señor, dexaste,
quando de casa saliste,
á Don Alonso, su padre
de Leonor; y ya te acuerdas,
que Leonor bien poco antes
de alli se partió quexosa.

D. FELIX.

Sí.

LISARDO.

Pues volviendo á buscarte
Leonor, vino, á hallarse dentro
de tu qüadra con su padre.
Sacó para ella la daga,
á tiempo que yo abrazarme
pude con él, cuya accion
dió lugar, á que escapase
Leonor huyendo. El entonces
de mis brazos se desase;
y sacando las espadas,
le embarazo, que arrogante
la siga, hasta que previne,
que al empeño de tal lance
le diese lugar el tiempo

con la industria, y sin la sangre;
y asi advertido cerré
tras mí la puerta: ya sabes
cómo aquesto podria ser,
por ser de golpe la llave;
de suerte, que Don Alonso
cerrado queda, y si sale
de allí, rompiendo la puerta,
ó previniendo otra parte,
y vá siguiendo á Leonor,
no dudes, de que la mate.

D. FELIX.

Don Juan, el ser desdichado
un hombre, no es ser cobarde,
pues harto valiente es, quien
á reñir con otro sale.
A reñir vengo con vos:
esto en desengaño baste,
de que no puede ser miedo,
pediros, que se dilate
nuestro duelo. Yo no tengo
en ocasion semejante
accion mia; todo soy
de mi honor, y en esta parte
vos sois el árbitro suyo.
Y pues estár, escuchasteis,
en peligro de la vida,
Leonor, y sois quien sois, dadme

licencia, para que acuda,
donde su riesgo restáure;
que yo mi palabra os doy,
de buscaros al instante,
que ponga en salvo á Leonor.
Y quando aquesto no baste
á obligaros, tomaré
resolucion de arrojarme
á vuestros pies y rendiros
la espada; porque se acábe
con mi desayre este duelo,
para que á esotro no falte.

D. JUAN.

Tened: no rindais la espada;
que á mi no me es importante,
Felix, que mi bizarría
conste de vuestro desayre.
No solo, que vais permito:
mas de Leonor en alcance
iré con vos á ayudaros,
á que su vida se salve,
dandoos palabra, de que
de vuestro lado no falte,
hasta que ella esté segura;
que tengo por hombre infame,
quien vé á su enemigo en riesgo,
y á su enemigo no vale.

D. FELIX.

Felíz mil veces aquel,
á quien, ya que hubo de darle
enemigo su desdicha,
se le dió de buena sangre.

D. JUAN.

Vuestro enemigo y amigo
soy, dividido en dos partes.

D. FELIX.

Sí; mas con tal diferencia,
que diré, quando os lo llame,
mi enemigo por acaso;
pero mi amigo por arte.

D. JUAN.

Con vos voy.

D. FELIX.

Con tal favor
no hay riesgo, que me acobárde.

D. JUAN.

¡Valgate Dios por acaso,
á qué de empeños me trahes!

JORNADA TERCERA.

Salen Don Juan, Don Felix y Lisardo.

D. FELIX.

No hay hombre mas infelíz.

D. JUAN.

¡Un ánimo tan valiente,
un corazon tan constante,
se ha de rendir de esta suerte,
del amor, ni la fortuna,
á ningun grave accidente!
No desconfieis, de hallarla
tan presto. Donde quisiereis,
vamos los dos.

D. FELIX.

Si habeis visto,
que de amigos y parientes
quantas casas supe, he andado;
que á la mia finalmente
no ha vuelto, ni esté en la suya;
que su padre (¡dolor fuerte!)

despues que por el balcon
se arrojó, segun refieren
los criados, tambien anda
buscandola, ¡cómo pueden
consolarse mis desdichas!

D. JUAN.

No digo, que se consuelen;
mas, que no se rindan, digo.

D. FELIX.

¿Pues qué haré?

D. JUAN.

Lo que quisiereis.
Obrad vos: que no me toca,
aconsejaros prudente,
sino ayudaros restado.

D. FELIX.

Solo ese favor le debe
á mi desdicha mi estrella.
¡Oh quiera el cielo, que llegue
ocasion, en que seamos
muy amigos!

D. JUAN.

Tarde, Felix,
eso será; porque yo
en el instante, que os déxe
del lance desempeñado,
en que os hallais, que me vengue,
será preciso, de esotro,

que hemos dexado pendiente.

D. FELIX.

Quando en él llegue á mirarme,
modos habrá, con que os déxe
satisfecho y obligado.

D. JUAN.

Ahora bien, tratemos de este.
Mirad, qué quereis hacer.

D. FELIX.

No sé. Leonor no parece,
ni yo sé, dónde buscarla.

LISARDO.

Si acaso mi lealtad tiene
licencia de hablar, diré
lo que he pensado.

D. FELIX.

Dí.

LISARDO.

Vete
á casa; pues ella es fuerza,
donde quiera que estubiere,
valerse de tí, pues tú,
causa de sus riesgos eres;
y no podrán por acá
hallarte tan fácilmente
sus avisos.

D. JUAN.

Dice bien

D. FELIX.

Sí; mas hay inconveniente,
para estarme yo en mi casa.

D. JUAN.

¿Quál es?

D. FELIX.

Si su padre viene
á ella, el encontrar conmigo.

D. JUAN.

¿Pues habrá mas, de que nieguen,
que estais en ella?

D. FELIX.

Si es eso
lo que mejor os parece,
yo me volveré á mi casa.
Quedad con Dios.

D. JUAN.

Sin que os dexe
en ella, no he de apartarme;
y á la hora que dixereis,
que habeis de salir, vendré:
y en quanto se os ofreciere,
palabra me habeis de dar
de avisarme; no se cuente
de mí, que haciendo lo mas,
lo menos no.

D. FELIX.

De la suerte

que yo esa palabra os doy,
os pido, la de valerme,
en qualquier caso, hasta que
Leonor en mi poder quede.

D. JUAN.

Yo la ofrezco, y de ayudaros,
la doy una y muchas veces
con la mano.

D. FELIX.

Yo lo acepto.

Al darse la mano sale Don Diego.

D. DIEGO.

¡Pues señor Don Juan! ¡Don Felix!
¡Ya tan amigos los dos
estais, quando yo impaciente
esperando hasta ahora estube,
y por pensar, que no fuese
el preferido de todos,
determiné de volverme,
á ver en qué habia parado
vuestro duelo, por si tiene
acaso el mio lugar
de vengarse, de esta suerte
os halló dadas las manos!
Ahunque no es bien, que me pese,
de que vuestro desafío
acabe, y que el mio empiece.

Y, pues á quien esperé
en el campo, se detiene,
bien puedo la muerte darle,
donde quiera que le encuentre.

Vá á sacar la espada.

D. FELIX.

Señor Don Diego, tened
la espada; que ahunque os parece,
que estas son paces, no son
sino treguas solamente.
El señor Don Juan ha sido
primero acreedor en este
pleyto de los dos; y puesto
que él las treguas me concede,
vos no podeis impedirlas.
Las causas, que á ello le mueven,
él os las dirá; que yo
voy á usar de ellas; y hacedme
merced, Don Juan, de decirle
con el modo mas decente
al respeto de Leonor,
de mi amor los accidentes,
para que yo no padezca
el escrupulo mas leve,
de que en el campo le falte,
y que en la calle le dexe. *vase.*

D. DIEGO.

¡Pues cómo así:::!

D. JUAN.

Deteneos.

D. DIEGO.

Yo he de seguirle, hasta verme
vengado.

D. JUAN.

No os empeñeis
porque yo he de defenderle.

D. DIEGO.

¡Tan mudado estais, que ya,
en vez de darle la muerte,
le defendeis!

D. JUAN.

Sí, Don Diego;
que tales acciones debe,
al ser quien soy, mi valor.

D. DIEGO.

¿De qué suerte?

D. JUAN.

De esta suerte.
A reñir salió conmigo;
y al tiempo que ya valientes
y restados las espadas
sacabamos; diligente
un criado le siguió
hasta el campo, para hacerle

sabedor, de que Leonor
estaba en un trance fuerte,
de perder honor y vida.
La causa, no es bien, la cuente,
porque no toca el hacerlo.
Pidióme en fin, que le diese
licencia, para ampararla.
¿Qué noble, honrado y valiente,
viendo humilde á su enemigo,
no le ampara y favorece?
No solo pues la licencia
que me pide, le concedo
mi valor; mas la palabra,
de ayudarle y de valerle,
hasta que á su dama libre.
El caso, Don Diego, es este.
Mirad, ¿como faltar puedo
á su amparo, quando tiene
privilegios de enemigo,
y de amigo en mí Don Felix?

D. DIEGO.

El empeño, en que os hallais,
reconozco; y por no hacerle
mayor, no le sigo; pero
no ha de ser tan facilmente,
que no os ha de costar algo
mi reputacion. Hacedme
merced, de decirme, quál

de Leonor el riesgo fuese;
porque el que siente, dudando
el mismo daño que siente,
lo que sabe y lo que ignora,
le está afligiendo dos veces.

D. JUAN.

De los zelos fue, Don Diego,
errado motivo siempre,
querer uno saber antes,
lo que es fuerza, que le pese,
despues de haberlo sabido;
pero, porque no se quexe
vuestra amistad, de que yo,
quanto me pida, le niegue:
y por vér, si de camino
con desengaños pudiese
curaros una pasion,
que sana con lo que duele:
sabed, que informando ya
Don Alonso, de que fuese
Leonor de estos desafios
causa, y su amante Don Felix,
matarla quiso esta tarde.
Llegó á ocasion tan urgente
un criado, que á él le tubo,
y á ella dió lugar, que huyese.
Donde se fue, no se sabe;
y en fin, como no parece,

su padre y Felix la buscan,
uno, para darla muerte,
y otro, para defenderla.

D. DIEGO.

¡Oh, si tan dichoso fuese ap.
yo, que la hallára primero,
que los dos, para que viese,
quánto son mis zelos nobles,
que amparan á quien me ofende!
Debiérame esta fineza
mi dolor, y pues me ofrece
lo imposible de mis dichas
por remedio solo éste,
y ganadas las criadas
tengo, iré á ver, si pudiese
averiguar, dónde está,
y librarla, pues *no tiene*
otra venganza mas noble
un zeloso, que el ponerse
en ocasion, que su dama
conozca, qué amante pierde. vase.

D. JUAN.

¡En qué extrañas confusiones
la contingencia me tiene
de aquel acaso primero!

Sale Hernando.

HERNANDO.

Señor, dame una y mil veces
los juanetes á besar,
si se besan los juanetes.
¿Qué ha habido? ¿Qué ha sucedido?
Pero, supuesto que vienes
libre, sano y sin cautela,
bien á la clara se infiere,
que el rompe-cabezas no
las rompe tan fácilmente
en el campo como en casa.
Cuentame el suceso en breve,
y en largo te contaré
otro, que á mí me sucede,
no de menor importancia,
porque has de saber, que tienes
una huespeda en tu quarto.

D. JUAN.

Son tantos los accidentes
de mis sucesos, que no
sé, Hernando, por dónde empiece;
y contigo es escusado,
que la memoria renueve
mis pesares. Díme tú,
¿qué mujer es la que viene,
á buscarme; que sería

grande ventura, que fuese
aquella enigma del parque,
que en su fresca estancia verde
hallamos, pues ella sola
es la que mi vida tiene,
si la verdad te confieso,
de su esperanza pendiente?

HERNANDO.

¿Tanto te holgáras, de que ella
la que ahora está en casa, fuese?

D. JUAN.

Sí, Hernando.

HERNANDO.

Qué me darías?

D. JUAN.

Todo quanto me pidieses.

HERNANDO.

Pues:::

D. JUAN.

Dílo presto.

HERNANDO.

no es ella.

D. JUAN.

¿Quién es?

HERNANDO.

Oye atentamente.
Mandásteme, señor, que te dexára
con Don Felix; y yo (¡obediencia rara!)

lo hice asi, con no estar nunca enseñado,
á hacer cosa, de quanto me has mandado.
Fuime á mi casa, donde
mi valor, que á mi miedo corresponde,
tan triste, tan suspenso me tenia,
que no dixera aquesta espada es mia,
ahunque reñir te viera
con treinta mil Don Felix que tubiera.
Entré en casa pensando,
cómo la ropa en salvo pondria, quando
la nueva me llegára [clara
de haber muerto á Don Felix, porque es
cosa, segun colijo, [dixo,
que ahunque el refrán por el nadar se
mas es, que del nadar en toda Europa,
la gala del reñir, guardar la ropa.
En esto pensativo estube un rato
(si es que sabe pensar un mentecato)
y al ver, que nada el discurrir remedia,
como amante zeloso de comedia,
que quando varios soliloquios pasa,
no reposa en la calle, ni en su casa,
quise salirme fuera.
Apenas pues baxaba la escalera,
quando al portal una mujer tapada
entró, de una sirviente acompañada,
sin mas accion, ni intento,
que haber alli faltadole el haliento.

Bien de las dos la turbacion decia,
que algun fracaso sucedido habia,
y que el dicho fracaso
las hacia venir mas que de paso.
Sentandose en el poyo desmayada
se quedó la señora; y la criada,
con turbacion y espanto,
cerró la puerta, y la compuso el manto.
Yo, sus acciones viendo,
llegué á las dos, diciendo:
Este quarto, señora,
podrá mejor serviros por ahora
de albergue; en él, os ruego,
que os entréis. La criada aceptó luego,
y entre ella y yo cargando con el ama,
fuera de pulla, la llevé á la cama,
donde de aquel mortal triste retiro,
de alli á un rato volvió con un suspiro.
Donde estaba, dudando,
satisfice su duda, asegurando,
que estaba en parte, do sería servida.
Mostróseme en extremo agradecida,
y aceptando el cortés ofrecimiento,
dixo con blanda voz y baxo acento:
fuerza será, que la desdicha mia
use, hidalgo, de vuestra cortesía,
en tanto solo que esta
criada tarde en volver con la respuesta

de un recado, á que es fuerza, que la envie;
y pues que es justo, que de vos me fie,
tambien vos habeis de ir á asegurarme,
si un caballero viejo, anda á buscarme,
sabiendo, dónde he entrado,
y en tanto el quarto me dexad cerrado.
Servirla la prometo;
y despues que las dos allá en secreto
hablaron, la criada y yo salimos,
y los dos por distintas sendas fuimos;
yo á ver, si acaso vía
el viejo caballero, que decía;
y ella, segun infiero,
á ver, si vía al mozo caballero.
Una y mil vueltas á la calle he dado,
y con nadie he topado,
sino solo contigo,
á quien si todas mis sospechas digo,
sabrás, que la criada,
alguna vez del manto descuidada,
me pareció la Inés de aquel recado,
de donde yo volví descalabrado.

D. JUAN.

¡Si albricias me pidieras,
ay, Hernando, qué buenas las tubieras!

HERNANDO.

Pues sí, señor: si pido.
¿Pero á tí, que te vá en lo sucedido?

D. JUAN.

Infiero por las señas que estás dando,
que esa es Leonor, en cuya busca ando;
que el ser á las espaldas de mi casa
la de Don Felix, lo que en ella pasa,
haber venido huyendo,
á un caballero viejo estar temiendo,
haberte parecido su criada,
tener siempre tapada
con tan grande recato su hermosura,
de que es Leonor, bien claro me asegura.

HERNANDO.

Sí, señor, y otra causa hay mas fundada,
que es Leonor.

D. JUAN.

¿Quál?

HERNANDO.

Que viene mal tocada.
Vamos á casa pues, y siendo ella,
haya pastel y pella,
que es cena de repente,
y vengate de Felix.

D. JUAN.

Calla, tente,
villano: no pronuncies disparate
igual; que vive el cielo, que te mate.
¿Soy hombre yo de tan cobarde fama,
que de él me habia de vengar su dama?

Antes parte á su casa:::

HERNANDO.

¿Yo?

D. JUAN.

volando,
y dile, que le quedo yo esperando
en la mia.

HERNANDO.

¿Qué dices?

D. JUAN.

que á ella venga
luego, sin que un instante se detenga;
y si te le negaren, que sería
posible, dí, que vás de parte mia.

HERNANDO.

Si otra vez, ahun no yendo de tu parte,
me rompió la cabeza, por nombrarte,
¿qué me romperá ahora, si te nombro,
y de tu parte voy?

D. JUAN.

Como tu asombro
duda, lo que á los dos nos ha pasado,
temes.

HERNANDO.

¿Para temer un hombre honrado,
ha menester achaques?

D. JUAN.

Haz lo que digo.

HERNANDO.

Que el furor aplaques,
te pido ; que yo iré.

D. JUAN.

Dame primero
la llave de mi quarto : en él te espero,
y vén presto.

HERNANDO.

No está en mi mano esto,
sino es en que él me descalabre presto.

D. JUAN.

Segundo acaso, cielos, ha venido
á buscarme. Favor en él os pido:
pues, que me trayga, espero
mayores confusiones que el primero. *vase.*

HERNANDO.

Rota cabeza mia,
pasemonos por una Barbería,
á decir al Chîrurgo, se prevenga
y que estopas y huevo á punto tenga
para la vuelta. ¡Cielos, qué es aquesto,
que hoy á mi amo en ocasion há puesto,
de llamar su enemigo!
¡Si fue á reñir con él, cómo de amigo
hace ahora finezas!
¿No fuera el monstruo yo de dos cabezas?
¡Oh, quánto le estimára mi fortuna,
pues, para discurrir, tubiera una,

y otra, para aparar! Si con bien salgo
de ésta, no mas papeles.

Salen Doña Elvira y Juana.

D. ELVIRA.

Oíd, hidalgo.

HERNANDO.

Mi señora tapada,
si venís de otra parte desmayada,
á que os socorra yo, tarde, sospecho,
que venís; que ese paso está ya hecho.

D. ELVIRA.

¿Habeisme conocido?

HERNANDO.

Si reparo en el talle y el vestido,
vos sois una civil baxa señora.

D. ELVIRA.

¿Cómo asi?

HERNANDO.

Como sois madrugadora.
Del parque me lo dixo la ribera.

D. ELVIRA.

De vos saber quisiera,
¿qué pesadumbre ha sido
una, que vuestro amo hoy ha tenido,
y en qué, hidalgo, ha parado?

HERNANDO.

Yo solo sé, que mal descalabrado

estoy, y que á ir me atrevo,
donde me descalabren hoy de nuevo,
no en qué paró el disgusto;
pero, si de saberlo, teneis gusto,
mi amo vá á casa ahora;
de él mejor lo podréis oír, señora;
que yo voy á un recado muy aprisa,
tan grande, que no es cosa de risa,
si no cosa de llanto;
y asi, quedad con Dios. *Vase.*

D. ELVIRA.

¡Ay, Juana, quánto
imagino, é intento,
para quietar mi loco pensamiento,
en razon de saber, en qué ha parado
este pesar, que tanto me ha costado!
Nada de él saber puedo,
y con la duda tan cabal me quedo,
como antes la tenía;
pero lo he de saber con mi porfia.
Vén en cas de Don Juan.

JUANA.

¡En ella quieres
entrar! ¡Haste olbidado, de quién eres!

D. ELVIRA.

Sí; pues si me acordára
de mis obligaciones, no intentára
acciones semejantes.

Vén, y de nada, Juana mia, te espantes;
puesto que el cielo quiso,
que sirviese de nada aquel aviso,
que le llevé á Don Felix; y en efecto
sin atencion, sin juicio, sin respeto,
pues á un amor, pues á un temor rendida
perdí la libertad, pierda la vida. *vanse.*

Salen por una puerta Doña Leonor tapada, y por la otra Don Juan.

D. LEONOR.

Abrir ya la puerta véo
de esta ignorada prision,
adonde mi confusion
tiene atado mi deseo.
¡Con quántas dudas peléo!
¿Si será Inés, que á avisar
fue á Don Felix mi pesar?
¿Si será él ó el criado,
que de mi llanto obligado,
me dexó aquí, y fue á mirar,
si mi padre me seguia?
¡Más ay de mí! que no es
ninguno de todos tres
el que abre! ¡Desdicha mia,
hasta quándo tu porfia
me ha de perseguir! Ya entró
un caballero, á quien no

conozco. Encubrirme quiero.
¡Ay de quántas veces muero!

D. JUAN.

No, señora, porque yo
éntre, os recateis asi,
ni os dé el mirarme cuidado;
que del suceso informado,
que os tiene encerrada aqui,
vengo, á que os sirvais de mí.
Dueño de esta casa soy,
y espero serviros hoy,
ahun mas de lo que pensais;
pues del riesgo, en que os hallais,
libraros, palabra os doy.
Si bien no teneis, señora,
que agradecerme, por Dios,
que á otro primero, que á vos
se la he dado antes de ahora.

D. LEONOR.

Ni duda, señor, ni ignora
mi temor, que defendida
en vuestro valor mi vida
esté: que es obligacion,
valer, los que nobles son,
á una mujer afligida.
Yo lo estoy tanto, que espero
el amparo vuestro, no
porque lo merezca yo,

quanto por ser caballero
vos : y pues rendida muero,
perdon del recato os pido,
que, el encubrirme, no ha sido
dudar de vuestro valor,
sino mujeril temor,
que, de veros, he tenido.
Y para mas obligaros,
á favorecerme en este
trance, ahunque el vivir me cueste
la vergüenza de informaros,
sabed:::

D. JUAN.

Nada he de escucharos;
que á precio no he de comprar
yo aqui de vuestro pesar,
saber quién sois; y porque
lo escuseis, sabreis, que sé,
quanto me podreis contar.

D. LEONOR.

Si vuestro criado ha sido,
el que de mí os ha informado,
¿qué sabe vuestro criado?

D. JUAN.

Si licencia he merecido,
de darme por entendido,
con ella me atreveré,
á decir, de quién lo sé,

D. LEONOR.

Ahorraréisme un gran temor.

D. JUAN.

Pues ya sé, bella Leonor:::

D. LEONOR.

Ya que mi nombre escuché
en vuestros labios, bien puedo
decir con mas confianza, *descubrese.*
que dueño de mi esperanza
hice:::

D. JUAN.

Pronunciad sin miedo,
á Don Felix de Toledo.

D. LEONOR.

La fortuna siempre avára
del bien, quiso, que adorára
en su competencia otro hombre
mi hermosura:::

D. JUAN.

cuyo nombre
era Don Diego de Lara.

D. LEONOR.

Este, pues (¡lance cruél!)
de noche en mi casa entró,
donde:::

D. JUAN.

Don Felix le halló,
y riñó entonces con él.

D. LEONOR.

Envió otro dia un papel:::

D. JUAN.

y encontró con el criado,
á quien hirió.

D. LEONOR.

Mi cuidado
á satisfacerle fue
á su casa, donde hallé;::

D. JUAN.

á vuestro padre, que ayrado
os viera á sus manos muerta,
si un criado no llegára,
que á vos salir os dexára,
y á él le cerrára la puerta.

D. LEONOR.

Yo, pues, de vivir incierta,
la calle apenas volví:::

D. JUAN.

quando desmayada aqui
os encontró mi criado.

D. LEONOR.

Muy por extenso informado
estais de mi vida.

D. JUAN.

Sí;
porque por acasos raros
tube, antes de conoceros,

el riesgo de defenderos,
sin el merito de amaros.

D. LEONOR.

¿Pues quién sois?

D. JUAN.

Quien ha de daros
vida, honor, y esposo aqui.

D. LEONOR.

¿Pues cómo? *llaman.*

D. JUAN.

Llamaron?

D. LEONOR.

Sí.

D. JUAN.

Retiraos, hasta ver,
quién es.

D. LEONOR.

¡Cielos, qué ha de ser
de mí fortuna y de mí! *retírase.*

D. JUAN.

¿Quién es?

Salen Doña Elvira y Juana.

D. ELVIRA.

Es, señor Don Juan,
una mujer embozada,
que ha remitido á las tardes
la estacion de las mañanas.
La ultima que os hablé,

á vuestro estílo obligada,
porque no fuerais tras mí,
ni supierades mi casa,
palabra os dí, de buscaros,
y vengo á cumplirla, para
desengañaros, de que
soy mujer de mi palabra:
si bien aquesto no es solo
lo que me obliga, á que haga
esta fineza; que hay otras
razones, que aqui me traygan.
Yo he sabido, que hoy habeis
tenido por una dama
un desafio; y ahunque
para la desconfianza
de mis zelos, es temprano,
no lo es, para que salga
del cuidado, en que me ha puesto
vuestra vida. Aquesto aguarda
saber mi curiosidad.
Decidme, en qué estado se halla
el disgusto; porque tengo
pendiente de él vida y alma.

D. LEONOR *al paño.*

Mujer es la que entró, y como
quedo y apartados hablan,
no oygo lo que dicen, pero
bien se dexa ver, que es dama

de este caballero, pues
asi se ha entrado en su casa.

D. JUAN.

Ahunque jamás deseé
cosa con mayor instancia,
que volver, señora, á veros,
en esta ocasión tomára,
que no hubierades venido;
porque es fuerza, que no os haga
agasajos, que merece
una fineza tan rara,
Del disgusto, de que ya
mostrais venir informada,
ahunque no bien, cierto lance
mis discursos embaraza,
tanto, que he de suplicaros,
bien á costa de mis ansias,
me hagais merced de volveros;
sin que por aquesta causa
me atreva, á saber de vos,
quién sois, ni á veros la cara;
que no ha de pedir, quien niega,
ni ha de rogar, quien agravia.

D. ELVIRA.

Si imaginára, que en vos
tan grande despego hallára,
antes que::: ¡Pero qué miró!
Un hombre entra en esta sala,

que importa, que no me vea.

Suena ruido dentro, y vase hácia donde está Leonor.

D. LEONOR.

Ahunque no entendí palabra,
de llegar hácia aqui, infiero,
que son zelos, é informada
de que aqui estoy, quiere darme:::

D. ELVIRA.

Este aposento me valga.
Despedidle.

D. JUAN.

Oíd.

D. LEONOR.

Aqui
no habeis de entrar, que tomada
esta posada está, y no
se puede ver, á quién guarda.

Cierra la puerta Leonor.

D. ELVIRA.

No en vano me recibisteis,
Don Juan, con esquivéz tanta;
pero no es tiempo de quexas.

D. JUAN.

A serlo, bien disculparlas
pudiera.

D. ELVIRA.

Haced, que no éntre
ese hombre en esta quadra,
que importa mas:::

D. JUAN.

¿Cómo puedo,
si ya los umbrales pasa?

Sale Don Diego.

D. ELVIRA.

¡Ay infelice de mí!
¿Si habré yo sido la causa,
de venir aqui mi hermano?

JUANA.

No sé.

D. ELVIRA.

Cubrete bien, Juana.

JUANA.

¿Irme, no será mejor,
pues me dán la puerta franca? *vase.*

D. DIEGO.

Don Juan, si vuestra amistad
ha sido en el mundo tanta,
que á ser en tiempo de Cesar,
la hubieran labrado estatuas,
buena ocasion se os ofrece
ahora, para mostrarla,
pues en vuestra mano está

mi honor, mi vida, y mi fama.
Una hermosura, en quien todo
esto consiste, se halla
en vuestro poder.

D. ELVIRA.

¡Ay triste!

D. DIEGO.

Rendido vengo á buscarla,
informado, de que aqui
entró.

D. ELVIRA.

¡Qué esperan mis ansias!
Buscandome viene.

D. DIEGO.

Bien
vuestra confusion me extraña;
pues vino Don Diego, quando
á Don Felix esperaba.
Ya os dixe, como tenia
secretas espías pagadas;
pues una me ha dicho ahora,
que dentro de vuestra casa
está, y es cierto, que es ella,
pues que tanto se recata
de mí.

D. ELVIRA.

Ya me ha conocido.

D. JUAN.

Pues que él es, quien se engaña, ap.
y que no le engañó yo;
su mismo engaño me valga,
pues así con Felix y él
cumplir mi valor aguarda.
Teneos.

D. DIEGO.

Dexadme llegar,
á hablarla solo.

D. ELVIRA.

El me mata.

D. DIEGO.

No, señora, huyais así
de quien tan rendido os ama,
que os busca, para serviros
con la vida y con el alma.

D. ELVIRA.

¡Qué es esto, cielos! No viene
por mí, pues así me trata.

D. DIEGO.

No á hablaros vengo en mi amor;
que no aspira mi esperanza
á mas merito, á mas dicha,
que á serviros, pues me basta,
si otro tiene los favores,
que tenga yo las desgracias.

D. ELVIRA.

Que me enamore mi hermano,
es solo lo que me falta.

D. JUAN.

Don Diego, esperad; que, antes
que os responda aquesa dama,
me toca á mí, responderos.
Las espías fueron falsas,
que os dixeron, que era quien
buscais, quien conmigo estaba;
pues es aquesta señora
aquella dama tapada,
cuya novela os conté
delante de vuestra hermana.
A verme ha venido, haciendo
hoy por mí fineza tanta;
y así pues dichas de amor
los discretos no embarazan,
idos con Dios, y advertid,
que cubierta y congojada
teneis á aquesta señora.

D. DIEGO.

Don Juan, si no imaginára,
que esa es desecha, que haceis,
para que os dexe, y me vaya,
dando lugar, á cumplir
á Don Felix la palabra,
yo lo hiciera: claro está;

mas si es tan cruel, tan rara
mi desdicha, que mi amigo
por mi enemigo me falta,
fuerza será, que el dolor
de las razones se valga.
Vuestro enemigo es Don Felix:
no diga de vos la fama,
que sois mejor, para ser
el dia de la desgracia
enemigo, que no amigo.
Dadme lugar, de que haga
yo por Leonor la fineza
de servirla y ampararla.

D. JUAN.

Quando ella fuera Leonor,
el caso se disputára,
de quál era mejor, ser
en ocasion tan hidalga,
ó mi amigo ó mi enemigo.
No siendolo, es escusada
la qüestion.

D. DIEGO.

¿Cómo ser puede,
no ser ella? La criada
misma, que aqui la dexó,
me lo dixo.

D. JUAN.

Ella os engaña,

porque no es ella.

D. DIEGO.

Haced algo
por mí, para que yo vaya
consolado, sin la duda
de haberla hallado, y dexarla.
Si no quiere descubrirse,
hable solo una palabra;
despidame ella.

D. JUAN.

Señora,
bien teneis noticias hartas,
de quanto mi cortesía
la ley, que le ponen, guarda.
De un empeño me sacais,
y bien grande, con que salga
de aquesta duda Don Diego,
porque me importa se vaya,
antes que venga aqui un hombre,
que ya por instantes tarda.
Despedidle pues.

D. ELVIRA.

El mismo
hay, en el verme la cara,
que en escucharme la voz.

D. JUAN.

¿Por qué?

D. ELVIRA.

Por esto. *descubrese.*

D. JUAN.

Sin alma
he quedado.

D. ELVIRA.

Yo, Don Juan,
soy, la que encubierta os ama.
Ved ahora, si os está bien,
que Don Diego en vuestra casa
ni me oyga, ni me véa.

D. JUAN.

Cubrís; no hableis palabra;
pierdase todo, y no un solo
átomo de vuestra fama:
Don Diego, esta dama ahun no
quiere hablar, y si arriesgára
mil vidas, no la han de hacer
fuerza alguna; y así basta,
que yo os diga, que no es ella.

D. DIEGO.

¿Cómo quereis, que yo haga
fineza de creeros, si:::

Salen Don Felix y Lisardo.

D. FELIX.

Bien creereis, que mi tardanza,
Don Juan, fue, por prevenir

casa, adonde Leonor vayà,
y una silla, que la lleve.

D. DIEGO.

Mirad, si es ella.

D. JUAN.

¡Qué extrañas
son mis penas!

D. FELIX.

¡Mas qué véo!
¡Don Diego aqui! No pensára
de vos jamás, que teniendo
á Leonor en vuestra casa,
habiendome dado á mí,
como tan noble palabra
de ayudarme, hasta tenerla
en mi poder, fuera tanta
de Don Diego la amistad,
que diera lugar de hablarla.

Abre Doña Leonor.

D. LEONOR.

La voz de Felix hę oído;
y asi no importa, que abra.

D. JUAN.

Decir ahora, que es Leonor,
porque de este riesgo salga
Elvira, es bien; que no véo
la hora, que de aqui se vaya,
y despues habrá ocasion,

de que el trueque se deshaga.
Yo sé, Don Felix, muy bien,
qué debo hacer. Si se halla
aquí Don Diego, no ha sido
llamado; y antes estaba
negandole, que es Leonor
esta señora.

D. ELVIRA.

¿Qué trazas?

D. JUAN.

Echarte de aquí; tú luego,
que á la calle con él salgas,
dile, que vuelva. Y porque
veais, si cumplo mi palabra,
llevadla, donde quisiereis.

D. DIEGO.

¡Cómo se entiende, llevarla!

D. LEONOR.

¡Cielos, qué traycion es ésta!
Mi sufrimiento á qué aguarda!

D. FELIX.

Venid, señora, conmigo;
que á riesgo de vida y alma,
pondré en salvo vuestra vida.

D. ELVIRA.

¡Quién vió confusiones tantas!

D. DIEGO.

Don Felix, que haya venido

yo aqui llamado, ó que haya
venido, sin que me llamen,
ya estoy aqui, y á esa dama,
ahunque me aborrezca, no
he de consentir llevarla,
mientras ella no me diga
que la dexe; pues es clara
cosa, que me está mejor
que ella el desayre me haga
que vos ni Don Juan, ó tengo
de morir en la demanda.

D. FELIX.

¿Qué dificultad habrá,
que ella os lo diga? ¿Qué aguardas,
Leonor? Si soy yo, á quien quieres,
¿por qué, dí, no te declaras?
Respondé, Leonor.

D. ELVIRA.

Mirad,
que soy de Don Diego hermana,
y soy la que os avisó,
de que los dos os buscaban.
Supuesto, que me debeis
finezas anticipadas,
sacadme de aqui; que luego
volveréis por vuestra dama.

D. FELIX.

Noble soy; si haré. Don Diego,

ni hablaros una palabra
quiere Leonor; y asi aquesto
para desengaño basta.

D. DIEGO.

No basta; Leonor es, quien
lo ha de decir.

Sale Doña Leonor.

D. LEONOR.

Si eso falta,
Leonor lo dirá, sacando
tres efectos de una causa.
Uno, emendar la traycion,
de quien con otro te engaña;
otro, dar satisfacciones,
de que Don Diego me cansa,
y nunca tubo licencia
para reñir en mi casa;
y otro, en fin, irme contigo.

D. DIEGO.

Aqui hay mas que yo pensaba.

D. JUAN.

Felix, en vuestro poder
está Leonor; esto basta,
para que contento vais,
y gustoso de mi casa.
Y pues es fuerza, volver
á cumplirme la palabra

de que en librando á Leonor,
medirémos las espadas,
de mí á vos yo os diré entonces
de aqueste engaño la causa.

D. FELIX.

Yo voy, á que tome solo
la silla, porque se vaya;
que no haré ausencia de aqui,
hasta que mi valor haga,
quanto sabe, que le toca.

Vase con Doña Leonor.

D. JUAN.

Yo os guardaré las espaldas.

D. DIEGO.

¿De quién, si yo no la sigo,
viendo que me desengaña
Leonor, y que no le queda
á mi amor otra esperanza?

D. JUAN.

Ese es el mejor consejo;
y pues vuestro amor acaba,
permitid, que empiece el mio.
Dexadme con esta dama.

D. DIEGO.

Hay mucho, que ver en eso.

D. JUAN.

¿Qué hay qué ver?

D. DIEGO.

Sospechas hartas;
negarme á solas, quién era,
primero, luego trocada
verla, que se entrega á otro,
y de mí solo se guarda
tanto, que ahun no ha permitido,
que la oyga una palabra,
me obliga:::

Dentro ruido de cuchilladas.

D. ALONSO *dentro.*

Muere traydor.

LOS DOS.

¡Qué es aquello!

HERNANDO.

Cuchilladas
á la puerta de la calle.

D. JUAN.

Fuerza es, que á ver lo que es salga.
Vamos á este empeño, que es
el que con prisa me llama;
que yo os satisfaré luego.

D. DIEGO.

Sí haré, por no dexar nada,
que hacer nunca mi valor:
vive Dios, que antes que salga
de aqui, he de saber, quién es.

D. JUAN.

Elvira, dentro te aguarda;
que yo guardaré tu vida. *vanse.*

D. ELVIRA.

¡Hay mujer mas desdichada!
¡Quién se vió en mayor peligro
que yo!

HERNANDO.

Buena vá la danza.
Puesto que mi amo quedarme,
quando vá á reñir, me manda,
Retírare Doña Elvira donde estaba
Doña Leonor.
quiero obedecer. Señores,
¡qué es esto!
Sale Doña Leonor.

D. LEONOR.

El Cielo me valga,
pues son mis desdichas tales,
pues son tantas mis desgracias,
que al salir Felix conmigo,
mi padre (¡ay de mí!) pasaba
por la calle, y para él
sacó, en viendole, la espada,
y impidiendome á mí el paso,
riñendo allá todos andan.

HERNANDO.

Y ahun acá; que todos se entran.

Encierrase Doña Elvira.

D. LEONOR.

Este aposento, en que estaba,
me oculte.

D. ELVIRA.

Tarde venís;
que esta posada tomada
está ya.

D. LEONOR.

¡Ay de mí! ¡Qué presto
tomasteis de mí venganza!
Pero en esta parte intento
esconderme retirada. *escondese.*

Salen riñendo Don Alonso y los tres.

D. ALONSO.

Vive Dios, que atropellando
por todas vuestras espadas,
de una ingrata y de un traydor
tengo de tomar venganza.

D. FELIX.

Señor Don Alonso, quien
ostenta cordura tanta,
mejor con la conveniencia
remedia, que con la espada,
los lances de honor. Leonor
es mi esposa.

D. ALONSO.

Si se casa
con vos, diré, que me obliga,
el que dixe, que me agravia.

D. JUAN.

Pues ese ha de ser el medio,
remitanse las espadas
á la razon.

D. ALONSO.

¿Dónde está
una mujer, que turbada
se volvió á entrar aquí dentro?

D. JUAN.

¿Hernando, por qué no hablas?

HERNANDO.

¿Qué he de hablar?

D. JUAN.

¿No te quedaste
aquí?

HERNANDO.

Sí.

D. JUAN.

¿Dónde se guarda
Leonor?

HERNANDO.

No sé, si preguntas
por la buena ó por la mala,
por la cierta ó la fingida,

por la fina ó por la falsa;
y asi, por no errar respondo,
que aquí y aquí están entrambas.

D. JUAN.

Sin duda aquí está Leonor,
que es la parte, donde estaba
primero, y aquí habrá vuelto.
Señora, ya es bien que salgas
sin temor, de que te vean
los mismos, de quien te guardas;
pues ya eres felíz esposa
del que tú quieres y amas.

Sale Doña Elvira.

D. ELVIRA.

Contenta, ufana, y alegre,
salgo en esa confianza,
que claro está, que sois vos.

D. DIEGO.

Bien sospeché. Vil hermana:::

HERNANDO.

¿Ahun no habemos acabado?

D. DIEGO.

¿Asi mi amistad se agravia?

D. JUAN.

¿En qué agravio la amistad?

D. DIEGO.

En el honor y en la fama.

D. ALONSO.

Si de mi ofensa, Don Diego,
la misma parte os alcanza,
la misma satisfaccion
es la mas cuerda venganza.

D. JUAN.

Esa yo se la daré
con la mano y con el alma.

Danse las manos D. Juan y Doña Elvira.

D. DIEGO.

Y yo quedaré contento.

D. FELIX.

Que parezca Leonor, falta.

HERNANDO.

Si me dán hallazgo, yo
les diré, que aqui se guarda.

Sale Doña Leonor.

D. LEONOR.

Humildemente, señor,
arrojandome á tus plantas.

D. ALONSO.

Dale la mano á Don Felix.

Danse las manos D. Felix y Doña Leonor.

HERNANDO.

Pensarán, que está acabada

la comedia, con casarse
los galanes y las damas;
pues escuchen vuesarcedes,
que otro pecadito falta.

D. FELIX.

Don Juan, yo os tengo ofendido,
y vos en la mesma instancia
me teneis á mí obligado:
yo he de cumplir mi palabra,
de que en cobrando á Leonor,
volver tengo á la campaña;
mas si el ir yo, allá ha de ser,
para rendiros la espada,
pues no he de reñir con quien
debo honor, sér, vida y alma,
mejor es, que aquí os la rinda
los dos quedando en tal causa
bien puestos, vos amparando,
y yo rindiendoos las armas.

D. ALONSO.

Todo queda así compuesto.

D. DIEGO.

No todo; que ahora falta,
si con Don Juan ha cumplido,
que á reñir conmigo salga.

D. LEONOR.

Ese duelo, yo, Don Diego,
seré, quien le satisfaga.

Eso fue una competencia
de amor, á que nunca causa
dí yo, permitida entonces,
que era de Don Felix dama;
pero ahora, que soy tu esposa,
no será bien, que la haya;
y asi cesará el efecto,
pues ha cesado la causa.

HERNANDO.

A pagar de mi dinero;
la suerte está bien jugada,
y nadie queda mal puesto
sino yo en estas demandas,
pues quedo descalabrado:
con cuyos duelos acaban
los empeños de un acaso.
Perdonad sus muchas faltas.

AUG 1 0 1936